

Medicina de la Universidad de Boston y en 1951 me había convertido en profesor ayudante de bioquímica. Me hallaba todavía bajo la falsa idea de que ése era mi trabajo vital y que el escribir no era sino una

Publicada en el número 26 de esta misma colección. (N. del T. )

~ ~ Bó vedas de acero, publicada en el número 48 de esta misma colección. (N. del T. )

128

~

129

9 Cuentos paralelos

ocupación accesorua..., pero seguía escribiendo igual, a raros perdidos.

De vez en cuando me era preciso visitar la biblioteca de la Universidad de Boston en el campus principal (esos eran los días pre-Cotlieb) y el 17 de noviembre de 1953, mientras curioseaba las estanterías, me topé con una hilera de volúmenes encuadernados del T, me.

Empecé a hojear los primeros y, naturalmente, me divirtió el comprobar como yo era mucho más inteligente que los escritores de Time, con su estilo cuidadosamente cultivado de arrogancia sabelotodo (por supuesto, era porque yo tenía la ventaja de ver las cosas a posteriori). Sin demasiadas esperanzas, pregunté a los bibliotecarios si era posible sacar esos volúmenes para leerlos en casa. Descubrí entonces que los miembros de la facultad tenían algunos privilegios extraordinarios. Ellos podían llevarse esos volúmenes, aunque los estudiantes no podían.

Me llevé rápidamente el primero de los volúmenes de su colección (que cubría la primera mitad de 1928) y seguí avanzando a buen ritmo. Me costó casi un año abrimme paso a través de todos los volúmenes y los bibliotecarios me llamaban, espero que con afectuosa diversión, "el profesor de Tirne".

Todo ese procedimiento fue meramente cuestión de satisfacer un impulso, excepto por el hecho de que en uno de los primeros volúmenes me llamó la atención un dibujo en un pequeño anuncio. Lo percibí por el rabillo del ojo y tuve la fugaz impresión de algo que se parecía a la ahora familiar nube en forma de hongo de una bomba nuclear. Eso me sorprendió, pues el volumen de Time databa de unos quince años antes de Hiroshima. Le eché otra mirada. Era solamente el géiser Old Faithful del parque nacional de Yellowstone, y el anuncio era de lo más corriente.

Pero, ¿de qué sirve ser un escritor de ciencia ficción si no saca una ventaja de pequeñas cosas raras como ésa? ("¿De dónde saca usted sus locas ideas?", me preguntan con frecuencia. Una respuesta podría ser: ~De números antiguos de la revista Tirne".)

Después de todo, ¿y si el anuncio fuese lo que yo creí que era... realmente, la nube en forma de hongo? ¿Podía el texto del anuncio dar una sutil pista en cuanto a la auténtica naturaleza del dibujo? De ser así, ¿cómo llegó hasta ahí? ¿Y porqué?

Estaba claro que el asunto impacaba necesariamente el viaje en el tiempo, lo que era inmediatamente interesante, pues nunca había escrito un relato largo en el que el viaje temporal estuviese implicado. Así pues, el 7 de diciembre de 1953 empecé a escribir una novela corta a la que llamé "El fin de la eternidad". Al final, resultó tener unas 25.000 palabras y acabé con ella el 6 de febrero de 1954. Estaba muy contento de ella y se la envié inmediatamente por correo a Galaxy.

El 9 de febrero Horace Gold me llamó por teléfono. Se trataba de un rechazo total. Habló de revisión, pero de una revisión completa. Al final la cosa habría sido aprovechar el título y poner bajo él una nueva historia. Me negué rotundamente y eso fue todo.

Me parece que entonces debí probar con Astounding, pero no lo hice. Ya no recuerdo la razón, y no tengo ninguna indicación en mi diario en cuanto al porqué no lo hice. (Me he dado cuenta muchas veces de que cuando sucede algo desagradable no hablo mucho de ello en mi diario. Por lo tanto, es posible que mi diario le dé a mi vida un aspecto más feliz y despreocupado del que debería tener, según los hechos. . ., aunque la verdad es que mi vida ha sido lo bastante feliz y ni tan siquiera sueño con quejarme.)

Puede ser (y ahora no estoy sino haciendo suposiciones) que de mi conversación telefónica con Gold sacase la idea de que pasaban demasiadas cosas en la novela corta y de que tenía entre manos una novela deshidratada. Dado que Doubleday había publicado hasta el momento cuatro novelas más y tenía en prensa dos más, me sentía como un escritor bien establecido en la Doubleday que podía hacer uso de las prerrogativas que lleva consigo el puesto. Es posible, por lo tanto, que me pareciese razonable pedirle a Walter Bradbury que leyese la novelita y me dijese si creía que en ella se escondía una verdadera novela.

El 17 de marzo de 1954, mientras yo estaba en Nueva York, le dejé la novela corta a Bradbury el cual, amablemente, accedió a mi petición. Esta vez había juzgado acertadamente. Bradbury dijo que ahí había una novela valiosa y el 7 de abril me llamó para decirme que tenía un contrato en marcha.

Firmé el contrato el 21 de abril y me enfrenté entonces a la perspectiva de contar de nuevo la historia con una longitud triple. Me llevó exactamente medio año el hacerlo y acabé el 5 de diciembre de 1954. Una semana después sometí el resultado a Doubleday y el 4 de agosto de 1955 recibí un ejemplar de prueba del libro.

Aquí, pues, está la novela corta original a partir de la cual se preparó la verdadera novela.

### El fin de la eternidad

La sección de la eternidad entregada al siglo 575 está orientada hacia la materia. Los vórtices de energía del 300 han desaparecido; la dinámica de campos del 600 no ha llegado aún. En los veinte milenios que van de la primera a la última, la materia se usa para todo, desde paredes hasta sartenes. Tampoco los cambios registrados en la realidad han afectado eso. Considerada como un todo, en la eternidad la orientación hacia la energía ha sido siempre la excepción.

Ello no quiere decir que Brinsley Sheridan Cooper (siglo 28), nacido en otro tiempo orientado hacia la materia, se encontrase como en su casa cuando entró en la antesala que se extendía después de una puerta transparente para seguir luego, indefinida, a través de todo el 575. Después de todo, también en la materia hay modas. Para un "energético", la materia tiende a ser materia y nada más. Toda la materia es tosca, pesada y bárbara. Para un "matricial", sin embargo, existe la madera, el metal (subdivisiones, pesado y ligero), el plástico, los silicatos, el cemento y el cuero en innumerables combinaciones y variedades.

A Cooper, cuya noción de un mundo estaba construida alrededor de estructuras de aleaciones de metales ligeros, la visión de un océano de cristal y porcelana, mirase donde mirase (aún más impresionante porque en esos momentos no se veía a ningún ser humano), le había dejado con la boca abierta.

Pemmaneció así hasta que una voz áspera, cargada de un acento del milenio cuarenta, dijo:

—Preséntese, maldita sea.

Cooper parpadeó.

—Lo siento, señor, pero creo que no...

En su confusión, usó su propio dialecto del siglo 28.

La expresión algo airada de su interlocutor se suavizó al oírlo y la nariz aquilina que asomaba bajo unas cejas gruesas y algo canosas se hizo un poco menos impresionante. La puerta que había tras él y a través de la que había entrado, seguía haciendo girar suavemente su pesado cristal sobre la bisagra formada por un campo longitudinal, una concesión a la energética no demasiado extraña en un tiempo orientado hacia la materia.

Tendió una ancha mano para detener la puerta y dijo:

—Lo siento, hijo. Pensé que eras un nativo de este tiempo.

—No, señor—dijo Cooper, intentando parecer resuelto—. Soy B. S. Cooper, del 28. Mis credenciales.

Se había pasado ya a la lengua del milenio sesenta que había estado practicando durante días.

Le alargó la cápsula personal pero él no examinó la película puesta al descubierto sino que la apartó a un lado y se rió.

—Mis disculpas—dijo—. Estábamos esperando a un nativo para que se encargase del mostrador de recepción y saqué conclusiones apresuradas. Estamos teniendo problemas para encontrar a un nuevo hombre, y acabamos con el antiguo algo más pronto de lo que esperábamos. Ya sabe cómo son estas cosas.

Lo dijo con una facilidad de veterano que Cooper intentó imitar en su gesto de asentimiento. Después de todo, los nativos eran sujetos de observación y experimento aparte de los trabajos que pudiesen desempeñar. Tendría que acostumbrarse a eso.

El otro siguió hablando.

—Hay que estar siempre vigilando a los nativos. Nunca entienden realmente la etemidad, nunca se les mete en la cabeza que no se puede tratar el tiempo como si fuera una pelota de fútbol. A veces tardan segundos antes de registrar su entrada. Si tienen que registrar su salida lo hacen y luego se van a los aseos, a este lado de la cortina. Cuando vuelven al tiempo, se encuentran en el lado equivocado de un agujero de dos minutos y entonces los computadores montan un escándalo... ¿De dónde eres?

—Veintiocho.—Luego, ansiosamente, le preguntó—: ¿Es usted de alguna época cercana?

—Soy del 413. ¿Qué te trae aquí, hijo?

El rostro de Cooper se ensombreció. Podría haber adivinado el tiempo del hombre por su acento pero, ¿dónde está el Etemo que, en su primera misión en un nuevo sector de la etemidad, pueda resistirse a preguntar a gritos: "Hay alguien aquí del viejo 123", o de su tiempo natal, sea cual sea? O, si es demasiado joven y tímido, o demasiado viejo y consciente de su dignidad como para decirlo en voz alta, al menos puede pensarlo. Hay algo en el compartir un conjunto común de tropismos y prejuicios sociales que ni todo el lavado y entrenamiento de la escuela de novatos pueden eliminar por completo. Y la persona más insoportable del mundo, si está ataviada con un traje

que uno reconoce como el traje correcto, el que en lo más hondo del corazón de uno es apreciado toda la vida como el único traje correcto, se convierte en un príncipe y un compañero al que apreciar.

Pero 413 era solamente un número para Cooper. En ese instante no podía recordar nada más respecto a él que el ser parte de un milenio marcado por la subpoblación y que exportaba árboles y semillas a varios siglos desprovistos de bosques. Así mismo, lo hacía en vastas cantidades, dado que los árboles y las semillas no eran tan sensibles con respecto a la realidad como los sueros antivirales, los embriones humanos o los relés de vórtice.

—Tengo que ver a Laban Twissell—dijo Cooper, sin poder evitar subir un poco el tono de voz al decir eso.

Las cejas del otro se alzaron un poco y recogió la cápsula personal que antes había pasado por alto, examinándola cuidadosamente.

—¿El jefe programador Twissell?

—Eso es.

—Bueno, Cooper, siéntese y yo me pondré en contacto con él. Por cierto, mi nombre es Nero Attrell.

El toque anterior de condescendencia había desaparecido de su voz.

Cooper tomó asiento y sus labios temblaron un poco ante el deleite reprimido que sentía. Estaba aquí a petición del jefe programador Laban Twissell, y Twissell era un miembro del Gran Consejo Pantemporal y estaba considerado en toda la eternidad como el más grande de los ejecutores.

Y era Twissell quien había pedido que Cooper le fuese asignado. No había dado razones para ello y, con todo, Cooper estaba convencido de que conocía la razón. No le había hablado a nadie de su convicción, ni tan siquiera a Genro Manfield, su instructor y el hombre a quien, hasta el momento, más había respetado en su corta vida.

Después de todo, desde hacía bastante tiempo había llegado a ser obvio para él que se le estaba preparando para una misión especial. Había tenido sus primeros atisbos de lo que debía ser tal misión hacía

educación, la diferencia entre los años, que no existían en la etemidad, y los fisioaños, que representaban meramente la medida del envejecimiento del cuerpo humano.)

Había sucedido de este modo. Había cinco “novatos” en la clase del siglo 28, dos de la segunda década y uno de la quinta, otro de la séptima y otro de la novena. Él era el estudiante de la novena década, habiendo nacido en el 2784 y entrado en la escuela en el 2798. Si hubiese permanecido en el tiempo, llevaría ahora siete años perteneciendo al siglo 29; pero los siglos se contaban siempre desde el momento en que uno abandonaba el tiempo y pasaba al entrenamiento. Sería del 28 hasta el día en que muriese. (Mentalmente, cambió la frase por un “hasta que muera, >. ¿De qué servía hablar de “días” en la etemidad aunque, por supuesto, todos lo hiciesen? Decían “ayer” y “puede que el año próximo”, como si eso significase algo )

Pero de los cinco novatos sólo él se especializó. Le hicieron pasar a través de las matemáticas de computación todo lo deprisa que pudo y, excepto por eso, todo el resto del esfuerzo fue consagrado a la Historia Primitiva. Se quejó una vez. Los otros, señaló, estaban recibiendo cursos bien equilibrados.

El instructor Manfield se había frotado su castaña cabellera hasta convertirla en U!l confuso revoltijo y había dicho:

—Son órdenes directas del Gran Consejo Pantemporal, hijo. No sé el porqué.

(La gente tenía siempre tendencia a llamarle “hijo” a Cooper, quizás a causa de que su cabellera y sus ojos claros junto con su rostro de mentón poco pronunciado le hacían parecer bastante más joven de lo que era.)

No había nada que hacer salvo volver a examinar los viejos periódicos (impresos sobre papel en los días anteriores a ponerse de moda la peUcula), hasta que las vidas, los hechos y los nombres muertos haáa mucho fuesen para ambos cosas vivas.

Pero creyó saber lo que le estaba sucediendo y la razón; y aguardó, con más o menos irnpaciencia, la llamada de Twissell. Había llegado.

Antes de partir tuvo una última conversación con Manfield y fue incapaz de no hacer alusión a ello. Con toda seguridad Manfield debía saber algo y Cooper deseaba ver corroboradas sus ideas. Lo deseaba enommemente.

—¿Para qué puede querer vemme, señor?—preguntó—. Me he estado especializando en Historia Primitiva.

—Lo sé. Lo sé.—Manfield le sonrió—. Me temo que durante los años que hemos pasado con ella ha llegado a interesarme demasiado. Probablemente continuaré en ese campo después de que te hayas ido.

Cooper sabía a qué se estaba refiriendo. Las revistas de noticias de los siglos primitivos, con sus crónicas de sangre incontrolable, crimen y pasión, dejaban un sello indeleble, el de una realidad que no podía ser alterada, constituyendo una lectura fascinante. Echaría de menos las horas que él y Manfield habían pasado juntos ocupándose de ellas.

Cooper se acercó un poco más a lo que estaba seguro que era la verdad.

—Pero yo quiero trabajar sobre los siglos primitivos. Quiero hacer una investigación original sobre ellos. Trabajar sobre los 500 no sería exactamente lo que quiero.

En ese momento, si Manfield sabía algo, no podría resistir la tentación de hacer alguna alusión. Pero o Manfield no sabía nada o era demasiado listo para caer en una trampa, o—y esto Cooper lo rechazaba con amargura—todas las especulaciones de Cooper estaban equivocadas.

—Siempre habrá tiempo libre para que puedas dedicarlo a tu afición, hijo—le dijo Manfield.

Sonrió de nuevo, pero hasta sus sonrisas parecían esconder un matiz de pena. Sus estudiantes, todos los cuales le querían, no sabían nada de su pasado. Jamás hablaba de él, ni tan siquiera con Cooper, que había pasado con él la mayor parte de su tiempo. De algún modo se había filtrado hasta los estudiantes la información de que había nacido en los milenios más adelantados (“los cuandos altos”, como decía la frase hecha). y lo aceptaban sin demasiado interés por buscar una prueba de ello. Se decía que en tiempos había sido programador, un matemático muy destacado, un buen candidato para el Gran Consejo Pantemporal y que lo había tirado todo por la borda para convertirse en instructor de novatos en los lejanos siglos de los cuandos bajos.

—¿Cómo te encuentras?—preguntó Manfield.

—Un poco asustado. Un poco nervioso—dijo Cooper con sinceridad—. Ya sabes que nunca he estado en ningún cuando, excepto el viaje de estudios al 40, y eso fue solamente un informe de dos días acerca de la vida municipal bajo condiciones descentralizadas.

Lo que no añadió fue que sólo mediante muchas súplicas consi-

guió que se le permitiese ir, aunque se trataba de un trabajo elemental para el resto de la clase.

Y a la mañana siguiente, Brinsley Sheridan Cooper había cogido una pequeña cabina cronomóvil unipersonal y había pasado, en solitario, por los corredores de la eternidad. La cabina no cruzaba el espacio en el sentido usual del término y, por supuesto, no cruzaba el tiempo ya que la eternidad cortocircuitaba todo el tiempo desde el siglo 28 (el primer siglo de la eternidad, un hecho que constituía el título de fama más grande y orgullosamente proclamado por el 28) hasta la insondable muerte entrópica que se hallaba hacia delante.

Pero, ¡santo Cronos!, la cabina cruzaba, sobrevolaba o bordeaba algo. Cooper seguía careciendo del entrenamiento necesario y era lo bastante joven como para preguntarse qué era ese algo.

Sus preguntas no le ayudaron. Fuese lo que fuese, siguió sin saber

134

!

135

de qué se trataba, pero pasó, y luego hubo un pulcro y pequeño cartel en el que se podía leer 575 en el sistema de numeración local al igual que en estándar atemporal. (Había incluso una lengua estándar atemporal que, fuese por lo que fuese, raramente se usaba fuera de los informes oficiales. Los dialectos locales, parecía, eran más satisfactorios y Manfield solía explicar eso calificándolo de una expresión inconsciente del impulso de “volver-al-tiempo” . )

Unos instantes más y Cooper vería a Twissell. ¡Twissell! El jefe programador más viejo de todos los que vivían; el hombre que había autorizado más cambios cuánticos en la realidad que cualquier otro jefe programador que hubiese vivido jamás; el hombre que era la mayor autoridad sobre Harvey Mallon, el primitivo del siglo 24 que había hecho posible la Eternidad.

Harvey Mallon, la lliave a su propio.. .

La voz de Attrell interrumpió sus divagaciones.

—El jefe programador Twissell estará dispuesto a recibirle pronto, hijo.

—Gracias, señor.

A Cooper nunca le ofendía la palabra “hijo”. Si él y Attrell existiesen en el tiempo, él tendría unos cuarenta mil años más que Attrell. Podría ser el tatara-tatara-tatara-tatara-muchas-veces-tatara-buelo de Attrell. Pero esto no era el tiempo; esto era la eternidad. Aquí la palabra “hijo” no significaba nada. Realmente nada, dado que ningún eterno podía tener un hijo. Todos los eternos debían nacer en el tiempo de padres pertenecientes a él. Sólo de ese modo



podía seguirse asegurando el que los eternos retendrían la conexión espiritual con la humanidad que tan necesaria era para su trabajo. Que los eternos tuviesen hijos propios, eternos desde el nacimiento, y muy pronto se formarían dinastías divorciadas de la Tierra. De ser los sabios directores y moldeadores de la humanidad, los eternos se convertirían en sus tiranos.

(Cooper seguía siendo lo bastante joven y tenía aún el recuerdo de la escuela lo bastante fresco como para no sentir ninguna punzada de vanidad por ser idealista. )

—¿Le gustaba echarle una mirada al Siglo mientras espera?—preguntó Attrell.

—¡Sí! —contestó Cooper, sonriendo de pronto—. ¿Puede arreglarse?

—No hay problema. Tienen un observador trucado aquí cuando. Lo usan centrándolo en el 61-0 y luego cambian a foco de campo. Hay uno en el laboratorio de al lado que puedo sintonizar para usted.

—¡Bueno, gracias!

Nero Attrell lanzó una cautelosa ojeada al joven que tenía al lado. Llevaba veinte años siendo un eterno y no sentía ninguna afición a darle gusto a novatos que, en sus primeras misiones, nadaban en océanos de salvar mundos.

Pero, de algún modo, éste tenía que ser distinto. Twissell le había mandado a buscar. Twissell era un hombre difícil de conocer, pero Nero Attrell había conocido buena parte de la vida del viejo caballero como para saber cuándo estaba nervioso.

Y Twissell estaba nervioso.

Sólo unos instantes antes su voz había gorjeado suavemente en el oído de Attrell a través del comuno.

—Sí, he estado esperando a ese joven. Estaré listo pronto. Me daré prisa. Es solamente un cambio cuántico del que debo asegurarme antes.

El nerviosismo era obvio. Se hallaba en la palabra "prisa".

Twissell jamás se había dado prisa por los demás. Una vez había hecho esperar cinco horas a un comité del Gran Consejo Pantemporal, y jamás se había tomado la molestia de dar una explicación. Pero ahora iba a darse prisa por un novato delgado y pálido que estaba abrumado por hallarse en un otrocundo tan lejano de su hogar.

Todo ello dotaba al recién llegado, Cooper, de un extraño interés y Attrell se descubrió sintiendo en su interior el principio de una amistad hacia el muchacho.

Attrell no tardó demasiado en sintonizar el observador. El 575 era preciso y lógico en sus técnicas. El observador parecía solamente una mesa con la superficie de cristal pero, de pronto, el cristal no estaba allí y en su lugar había una ciudad, con el aspecto de una excelente fotografía tridimensional en color. Attrell sonrió levemente cuando a Cooper se le escapó una leve exclamación. Había estado esperándola. Siempre surge cuando un espectador desprevenido notaba por primera vez que había movimiento dentro de la "fotografía".

El novato se inclinó sobre el observador, intentando meterlo en sus ojos todo a la vez. Luego retrocedió un paso, frunciendo el ceño.

—Si desea verlo más de cerca—dijo Attrell—, le enseñaré cómo funcionan los controles. Son muy sencillos.

El novato meneó la cabeza.

—Está bien. Yo..., no es tan diferente, ¿verdad? Pensé que, de algún modo, sería distinto.

—¿Distinto de cuándo?

—De. . . del 28. De casa, ya sabe.

—¿Deben serlo?

—Bueno, son cincuenta mil años en el futuro... eh..., cincuenta mil años en un cuando más alto.

Attrell sonrió con tolerancia.

—Sabe—dijo—, creo que no se ha inventado nunca al novato que no haya tenido la misma sensación la primera vez que veía el tiempo de su primera asignación. Sea como sea, las cosas nunca son distintas.

l

l

l

—¿Lo dice de veras, señor Attreri?

—Bueno, puede que esté exagerando un poco. Mire, ¿le importa

que le explique algo?

—Lo agradecena, senior Attrell.

Bueno, pensó AttrerFi, es cortés. A menudo le habían dicho a Attrell (una vez incluso Twissell se lo había dicho) que era un hombre de los siglos subpoblados y que, por lo tanto, estaba destinado a no hallarse a gusto en compañía de desconocidos. Puede que fuese así, pero estaba empezando a sentir simpatía por el chico.

—Muy bien, entonces, esto es lo que quiero explicar—dijo con amabilidad—. Va a encontrarse con que el modelo humano de la historia no es una línea, es una curva sinusoidal irregular. El progreso no continúa en una sola curva de modo que todos los tiempos difieran del suyo. Una era dada es probable que sea tan parecida a la suya como que sea distinta.

—Me han enseñado eso.

—Sí, le han enseñado eso. Pero alguien del 28 no lo cree realmente hasta que lo ve. No me entienda mal; no tengo nada contra el 28, pero debe admitir que el 28 es solamente el primer siglo completo de la eternidad. ¿Correcto?

—Ciertamente.

—Y el 28 es siempre muy consciente de los tiempos primitivos; los siglos antes de que empiece la eternidad.

—Sí. De hecho, la Historia Primitiva es mi campo de especialización.

—Ahí tiene. El último milenio de los tiempos primitivos fue una especie de desarrollo en línea recta con una tecnología en progreso continuo. Naturalmente, se cae en el hábito de pensar que una línea recta como ésta continuará. No tengo que decirle a un graduado en Historia Primitiva que a veces la raza humana no progresa, si es que una palabra tal tiene algún significado; a veces retrocede.

—Es cierto—dijo Cooper, frunciendo algo afectadamente los labios—, durante un milenio después del primer siglo hubo un declive tecnológico tal que los estándares del medio milenio anterior al primer siglo no se recuperaron realmente hasta que. . .

Attrell, que había estado prestando atención a las maneras levemente pomposas con las que Cooper exhibía su recién adquirido saber, sufrió un repentino espasmo de sospecha. ¿Acaso era él quien estaba siendo tomado a broma?

—¿El medio milenio anterior al primer siglo?—preguntó.

—Sí. De veras. El primer siglo no fue el primero.

—¿Así que lo llaman el primer siglo sin razón?

—Es un poco complicado. Mire, es como si.. .

—Bueno, no importa.—Attrell decidió que el muchacho hablaba en serio y no sentía deseo alguno de profundizar en las paradojas del tiempo—. Es su especialidad, así que aceptaré su palabra—dijo—. Yo me gradué en tramas vitales. Lo que estoy intentando dejar claro es lo siguiente: la ~ente se mueve en círculos. Puede que estén muy lejos, en un cuando arriba o en un cuando abajo, y puede que sigan siendo muy parecidos a usted. O puede que estén justo en el cuando de al lado, y sean completamente distintos. No se deje impresionar tampoco por esa diferencia. Lo que a usted puede parecerle decadencia o barbarie, para otras personas puede suponer el descubrimiento de unos valores nuevos y mejores. ¿Está familiarizado con el 413?

Contra su voluntad, Attrell descubrió en su fuero interno que empezaba a ponerse a la defensiva, casi de un modo beligerante.

Cooper meneó la cabeza.

—No en detalle.

—Sólo tenemos cien millones de personas en él. Es un buen tiempo.

De pronto, le invadió la añoranza. Había pasado mucho tiempo desde que visitó el 410 y el 420. Podía oler el aire fresco con su aroma a pinos y ver el azul de los glaciares recortándose en el horizonte. Casi podía sentir el espacio despejado, las vastas extensiones abiertas de su mundo.

—Supongo que su 28 está algo congestionado—dijo melancólicamente.

—Bastante. Cinco mil millones.

—Igual que este 575. Como casi todos los cuandos. En mi tiempo había una pequeña era glacial, ya sabe. Los bosques lo cubrieron todo y las ciudades se disgregaron en agrupaciones más pequeñas donde la vida era más fácil. Nos gustaba, ya puede suponerlo, pero cada vez que hay un cambio cuántico las eras subpobladas quedan un poco encogidas. Ése es el único nombre que les da el Gran Consejo Pantemporal, "las eras subpobladas,>. En las otras edades glaciares había ciudades subterráneas o desarrollaban la energía solar. La mayor parte mantenían alta la población.

“Pero yo creo que la subpoblación es excelente. No la considero subpoblación; la considero población inteligente. La gente de casi todos los cuandos se queda horrorizada ante eso. Ahí tiene...

Attrell se estaba emocionando y, por supuesto, como siempre que se ponía así se mordió los labios y hubo un silencio repentino que duró un lapso incómodo de tiempo.

—¿Cuándo dijo el ejecutor Twissell que iba a verme?—preguntó finalmente Cooper.

—Con Twissell nunca se sabe—dijo Attrell. Luego, incapaz de resistir el impulso, le preguntó—: ¿Supongo que está en el proyecto Harvey Mallon?

Attrell se divirtió al ver cómo surgía la alarma en los ojos del joven. Eso confirmaba también una sospecha.

—¿Qué proyecto Harvey Mallon?—preguntó Cooper—. No sé nada de eso.

—Si no sabe nada, ya se enterará. Eso es todo lo que le interesa ahora a Twissell. De vez en cuando da seminarios y nos habla de Harvey Mallon hasta la muerte. Todo lo que hace tiene algo que ver con Mallon.

—¿Y por qué no, planeador asociado?—dijo una voz amable programador se volvió hacia el novato. ~ El jefe

quitándole cualquier énfasis al título que acababa de mencionar. usted algo sobre Harvey Mallon? Está más cerca de su —¿Sabe

Attrell disimuló su sorpresa. No había oído entrar a Twissell. estudiado a los primitivos. tiempo. Ha

—Por nada, jefe programador. documentación sobre su vida, señor. —Hay escasa

Cooper se puso rígido. Sus pálidas mejillas se ruborizaron y sus sonrió. Twissell

delgados rasgos parecieron más afilados que nunca. todo lo que puede decir, muchacho? —¿Eso es

—¿El jefe programador Twissell?—preguntó tartamudeando. cigarrillo que tenía entre los dedos se había consumido hasta el El punto

Attrell observó la reacción de Cooper y en una comisura de sus que sólo quedaba la colilla y, en su lugar, apareció otro encen- punto

labios aleteó por unos instantes la sombra de un temblor. Tenía una dido.

El intercambio fue realizado con la engañosa facilidad que idea bastante buena de lo que sentía Cooper. Había visto una mirada

revelaba toda una vida de práctica, pero a Attrell le pareció, como se similar, mitad incredulidad y mitad decepción, en los ojos de una lo

parecía siempre, una exhibición gratuita de habilidad. docena de novatos cuando sus ojos se encontraban por primera vez —Le

ofrecería un cigarrillo—le dijo Twissell a Cooper—, pero sé

con el gran hombre de la eternidad. que no fuma.  
Casi en ningún cuando de la eternidad está bien visto fumar.  
Pero, cuando la reputación de un hombre es colosal y su nombre  
Sólo en el 72 hacen buenos cigarrillos, y los míos los importo  
mágico, es difícil encararse con la realidad física de una figura encor-  
especialmente desde allí. Es una pena. La semana pasada tuve que  
vada, un rostro pequeño y regordete, una calva lisa y pronunciada, | estar  
dos días en el 123 sin fumar. En el 123 no les importa el incesto.  
unos ojillos que se perdían dentro de un millar de pequeñas arrugas, | pero  
se habrían desmayado como solteronas si hubiese sacado un  
una sonrisa benevolente y un cigarrillo. Por encima de todo, el ci- |  
cigarrillo. A veces pienso que debería disponer un cambio cuántico y |  
garrillo. ~ acabar con todos los tabúes  
sobre el no fumar de la eternidad entera,  
Cooper tenía el aspecto de ver por primera vez en su vida un ~ pero  
cada vez que intento imaginarlo me encuentro que causa gue- ~  
cigarrillo. Cuando una nubecilla de humo le alcanzó, se encogió vi- ~ rras en  
el 58 o una sociedad esclavista en el 1000. Siempre hay algo.  
siblemente. | “¿Le gustaría ver un  
cambio cuántico, muchacho?—prosiguió  
—¿Es usted mi muchacho? ¿Mi jovencito? con el mismo  
tono monótono de voz—. He dispuesto uno para usted.  
Twissell se acercó a Cooper, alzando la vista hacia su rostro, ~  
Cogióalnovatoporelcodoylehizosalir.  
Los ojos de Attrell les  
siguieron con gravedad. Nunca había visto  
a Twissell actuar de un modo  
tan excéntrico ni hablar tanto.  
Se encogió de hombros. No  
iba a descubrir nada, así que ¿para  
qué romperse la cabeza?  
Volvió a su oficina y tomó asiento para  
trazar mapas vitales del  
mismo modo concienzudo que había usado  
durante fisioaños enteros. En  
tiempos había tramado las rutas vitales  
alternativas (incluyendo todas  
las de probabilidad superior al 0,01) de  
572 individuos en cuyos siglos  
no había ningún tipo de tratamiento  
decente para el cáncer. Eso  
incluía desde el 27 hasta el 35, que no  
había logrado desarrollar una  
tecnología genética manejable, y partes  
de los bastante excéntricos 52  
y 53, que habían reaccionado violenta-  
mente a la medicina física  
(incluyendo el uso de exploraciones psíqui-  
cas y otras ayudas físicas al  
psicoanálisis), retrocediendo a un tipo de

bastantes puntos de contacto con la curación vitales había tramado, exactamente como resultado de ello. O, al menos, la 17 no había implicado cambios cuánticos muertes prematuras de cáncer habían sido caro, pero los miembros de los gobiernos pidiendo más a gritos; más sueros anticáncer al coste que fuese, más vidas que salvar. los que se salvan'an serían más bien TwisseU: con cada cambio cuántico en

como si intentase ver claro a través de la neblina creada por el cigarrillo, hablando con un espantoso acento dialectal del tercer milenio.

—Soy Brinsley Sheridan Cooper, señor—dijo Cooper—, en misión y esperando órdenes.

Habló en lengua del milenio sesenta, con la trabajosa lentitud del que acaba de salir de la escuela.

—¡Oh, formalidades!—El jefe programador agitó la mano que sostenía el cigarrillo y unas cenizas, ligeras como plumas, cayeron sobre el suelo pulimentado—. Y no se tome la molestia de hablar en milenio sesenta. He estudiado mucho su propia lengua. La hablo maravillosamente bieri... Y ahora, dígame, ¿qué tiene de malo el interés en Harvey Mallon, planeador asociado Attrell?

Attrell la reconoció como lo que era, una pregunta retórica y de todos modos, no creía que pudiese hablar milenio tres con la fluidez suficiente, así que mantuvo un silencio estratégico.

—¿Acaso no es digno de estudio?—dijo Twisselll . Es un primitivo, así que no se puede llegar personalmente hasta él en una cabina. Y, con todo, inventó el campo temporal en el 2354 y eso hizo posibles las cabinas cuatrocientos años después. Allanó el terreno para la eternidad y seguimos sin saber a ciencia cierta cuándo nació o cuándo murió. Preguntemos a mi muchacho.

(Esta última palabra la Fonunció como "muishasho", con el

psiquiatría que tenía mediante la fe.

De todos los 572 cuyas rutas 17 se habían beneficiado extensión de las vidas de los de valor negativo, y sus evitadas. El tratamiento era de esos siglos seguían enviados a través del tiempo

Attrell sabía muy bien que pocos. Era la tesis favorita de

acento en la tercera sílaba, y en los oídos de Attrell eso sonaba como una vil perversión de lo que la palabra debía ser.)

140

1

141

beneficio de la humanidad, sería más difícil encontrar el siguiente. Nunca imposible; pero siempre más difícil.

Attrell suspiró. ¿Llegaría el día en que ninguna vida pudiese ser alterada en todo el tiempo? ¿Cuando la historia humana siguiese finalmente su camino ideal?

El Gran Consejo Pantemporal decía que no. No podía haber ideai alguno en un número infinito de caminos. Lo único que podía hacerse era aproximarse asintóticamente a él. Acercarse, eternamente. Llegar, nunca.

Volvió a inclinarse sobre la vida de Lyman Hugh Shapur del siglo 29 y trazó otra vez la extraña bifurcación doble que aún no había conseguido interpretar del todo. Veamos, si. ..

Anders Horemm, nativo del siglo 29 (muy rígido y restrictivo en cuanto a la energía atómica, levemente rústico, amante de la madera natural como material estructural, exportadores de ciertos tipos de potables destilados a casi todos los cuandos, e importadores de trébol), tomó la cabina hacia el siglo 2456.

Su rostro cetrino, con las mejillas pronunciadas y los labios delgados, estaba tranquilo. No mostraba nerviosismo alguno frente a un delicado trabajo en el que no era posible ningún error. Jamás se le había ocurrido que pudiese cometer un error en un cambio cuántico. Hasta el momento, su confianza en sí mismo no había estado fuera de lugar.

Horemm había empezado su carrera en la eternidad como observador. En tanto que los programadores permanecían en la atmósfera rarificada de sus trabajos matemáticos y los planeadores de vidas se internaban en la agotadora e interminable jungla de la posibilidad infinita, y los sociales tejían sus frágiles teorías concernientes a los hombres y las cosas, el observador salía decididamente al tiempo y traía de vuelta los datos, sin analizar, que los alimentaban a todos.

El observador no obtiene gran reconocimiento por ello. La literatura de la eternidad resuena con los aplausos a la brillantez de la computación, las delicadezas del tramado, la inteligencia de la socialización, pero muy poco se dice del observador que recoge los hechos y aún menos del técnico, cuyas manos tiran de las cuerdas que cambian miles de millones de vidas.

Horemm llevaba cinco años siendo un técnico. La mayor parte de ese tiempo había trabajado directamente con Twissell. Twissell le



había dicho lo que debía hacer y por eso Twissell recibía honores. Horem haá lo que Twissell le decía y por hacerlo no era apreciado. Era como si los eternos, incapaces de evitar la culpa colectiva que implicaba el hecho de jugar a ser Dios con las vidas de generaciones enteras, la evitasen colocando sobre los hombros de los técnicos el peso de dicha culpabilidad.

En sus observaciones de las sociedades que practicaban la pena capital, Horem había notado la misma distinción social entre el respetado juez que ordenaba que se realizase la ejecución y el empleado del gobierno que llevaba a cabo la orden pagando el precio del ostracismo social.

Horem no sentía amargura por eso. Sentía una austera alegría siendo un técnico y trabajando para Twissell. No habría cambiado su posición por nada.

Por encima de todo, sentía una extrema complacencia al trabajar en lo que Twissell llamaba "el misterio Mallon". Era el mismo Horem quien había penetrado ciertas eras durante misiones cuyos resultados no habían sido registrados en ningún libro de acceso público. Era él quien había seguido vidas que Twissell no le habría confiado a ningún planeador profesional. Era él, en persona, quien había localizado por primera vez a Brinsley Sheridan Cooper, y su lenta sangre se había inflamado al enterarse de que aquí, al fin, estaba la persona que Twissell había buscado. Él, personalmente, había ido hacia abajo en el cuando (todo lo atrás en la vida de Cooper que Twissell había osado llegar) para meter a Cooper primero en la escuela de novatos y luego en la clase adecuada de entrenamiento especializado. Luego, cuando había transcurrido el entrenamiento mínimo, era Horem quien había enviado el mensaje en nombre de Twissell, ordenando a Cooper que fuese al 575.

Todc) estaba bien. Si Horem fuese un hombre dado a sonreír, ahora habría sonreído. En el hiperaislamiento de una cabina que ascendía por los corredores interminables de los siglos, hasta podría haber reído en voz alta. Pero sólo sentía la fría satisfacción de una fisiodécada de laborioso trabajo que se acercaba a su clímax mientras veía desvanecerse los siglos a través y más allá de su cabina.

La cabina se detuvo al fin, suavemente, de modo automático, y la realidad se solidificó partiendo de las borrosas neblinas que la habían rodeado.

Horem no hizo ni una pausa para percibir las nuevas facetas que todo siglo le ofrece a unos ojos nuevos, incluso en el primero y más trivial de los encuentros. Llevaba demasiado tiempo en su profesión como para perder el tiempo con observaciones que no fuesen de utilidad inmediata.

En cualquier caso, se hallaba sólo en esa sección de la eternidad entregada al 2456, y no en el tiempo propiamente dicho. La barrera que separaba la eternidad del tiempo se oscurecía con las tinieblas del caos primigenio y su aterciopelada no-luz se hallaba característicamente punteada con los huidizos puntos de luz que reflejaban imperfecciones submicroscópicas de la materia que no podían ser erradicadas en tanto perdurase el principio de incertidumbre.

Horamm ajustó con delicadeza la posición de la barrera y la cruzó después en el segundo exacto del tiempo indicado por el análisis espacio-temporal como óptimo para su propósito. La barrera llameó con una brillantez intangible mientras la masa viajaba a través de ella, moviéndose de la eternidad al tiempo.

Un millón de toneladas de materia se desintegraban cada segundo para alimentar las barreras que circundaban a la eternidad, pero la energía no era problema. A veinte mil millones de años ascendiendo en el cuando ardía la nova definitiva que fue una vez el Sol, y la potencia energética de un millón de soles estaba allí para ser tomada.

Eso, al menos, era constante. Ningún cambio concebible de la realidad, ninguna alteración posible en los insignificantes asuntos humanos del tiempo podría alterar jamás la llegada de esa nova.

Horem se encontró en un cuarto de máquinas. Estaba vacío y lo seguiría estando durante dos horas y treinta y seis minutos bajo la realidad presente; por dos minutos más bajo la realidad venidera. Su propia presencia aquí, como había probado un cuidadoso cálculo, era neutral. En tanto que ninguna entrada en el tiempo, por casual que fuese, podía dejar de suponer una distorsión finita en la textura de la realidad, no todas las distorsiones llegaban al nivel mínimo requerido como para que se realizase un cambio cuántico.

Lo que Horem hizo luego fue, aparentemente, aún más trivial que el simple hecho de su presencia. Cogió un pequeño recipiente de su posición sobre una estantería y lo movió hasta un lugar vacío en la estantería que había debajo.

Habiendo hecho esto, volvió a entrar en la eternidad de un modo que le pareció tan prosaico como hubiese podido serlo el cruzar una puerta cualquiera. Para un observador clavado en el tiempo, habría sido como si hubiese desaparecido.

El pequeño recipiente permaneció allí, donde lo había puesto. No jugaba un papel inmediato en la historia del mundo. La mano de un hombre se tendió hacia él y no lo encontró. La búsqueda realizada lo encontró media hora después, pero, entre tanto, un campo de fuerza se había extinguido y un hombre había perdido los estribos. Una decisión que en una realidad previa habría seguido sin ser adoptada, fue tomada ahora a causa de la ira. Un encuentro no tuvo lugar, un hombre que habría muerto vivió un año más, y uno que habría vivido

un día más murió un día más pronto.

Las ondulaciones fueron ensanchándose.

Desde el instante en que el recipiente había sido cambiado de sitio hasta todo el tiempo posterior, existió una nueva realidad. En algunos siglos el cambio fue muy pronunciado, con culturas enteras sutilmente alteradas. En algunos siglos el cambio fue muy leve. En ningún caso fue de cero.

Mas, por supuesto, ningún ser humano que se hallase en el tiempo podía ser consciente de que algún cambio hubiese tenido lugar. Y, aunque millones de hombres que hubiesen vivido no llegasen a hacerlo a causa del gesto de Horem, los eternos comprendían y, excepto por un instinto irracional, nadie habría considerado a Horem un asesino.

Excepto, por supuesto, el propio Horem.

Laban Twissell había sido parte del paisaje de la eternidad tanto tiempo que pocas eran las personas con vida capaces de recordar una eternidad sin él. Era del dominio público que había estado tanto tiempo sumergido en los problemas de la humanidad que había olvidado el número exacto del siglo en que había nacido. Se decía también que a temprana edad se le había atrofiado el corazón y que una computadora manual, similar al modelo que llevaba siempre en el bolsillo del pantalón, había ocupado su lugar.

Twissell no hacía nada por negar esos rumores. De hecho, tendía a creerlos él mismo. Le habría mortificado que le dijese que una parte de su nerviosismo interno era visible; que su corazón computadora quizás estaba latiendo a un ritmo inapropiado, como si, después de todo, no fuese más que un conjunto de músculos y válvulas.

Estaba mirando a Brinsley Sheridan Cooper. Al fin estaba mirándole. Y nadie sabía, salvo él mismo y ese tipo raro, Horem, que este joven nervioso y carente de toda particularidad era..., todo.

Estaban subiendo a la cabina. Sus costados eran perfectamente redondos y encajaban cómodamente en el pozo vertical. Twissell dispuso los controles con una mano; la otra, por supuesto, manipulaba su cigarrillo. Se produjo la leve conmoción, no un giro, no un movimiento, que significaba que la cabina estaba moviéndose a través de la eternidad.

Miró a Cooper y le sonrió.

—¿Inquieto, jovencito?

Los ojos de Cooper seguían el discurrir de los números giratorios.

j~ —¿A cuánto vamos, señor?

—Dos-siete-ocho-uno. No muy lejos. Un paseo. Un pequeño paseo—dijo Twissell.

—¿El 2781?

—¿No ha estado nunca tan lejos?

—Hasta el día de hoy, ejecutor Twissell, nunca había estado en un cuando más alto que el 40.

—¿Y? ¿Está asustado?

Cooper se removió en su asiento.

—Son unos doscientos mil años de distancia de casa.

—Un eterno no tiene casa. Debería aprender eso, muchacho—dijo Twissell con suavidad.

Los números iban y venían, aumentando cada vez más.

—¿Hasta dónde ha remontado en los cuandos, señor?—dijo Cooper.

—Creo que doscientos mil siglos, más o menos. No vale la pena ir más lejos, excepto los ingenieros que se aprovisionan de la nova Sol. Para entonces, hacia el doscientos mil, la humanidad abandona la Tierra.

El viejo ejecutor estudió el rostro intranquilo del otro.

—Supongo que eso no se lo enseñaron en la escuela, ¿no?

1(1. Cuentos paralelos

—Estaba muy especializado en otra dirección, señor—replicó Cooper, sopesando sus palabras.

Pero Twissell no les prestó atención.

—Pero el hombre acaba por abandonar este viejo mundo—dijo.

—¿Por qué?

—No se sabe con exactitud. La entrada en el tiempo se detiene algunos siglos antes de la partida. Algunos dicen que es la evolución; el hombre se convierte en algo distinto al hombre. Algunos dicen que es la ciencia, los hombres aprenden al fin el secreto del impulso hiperespacial y pueden llegar a las estrellas.

—on todo, no hay razón para que deban abandonar la Tierra.

—Algunos piensan que se van para escapar de nosotros y nuestros eternos manijos de la realidad—dijo Twissell.

—¿No podemos hacer que se queden?

—¿Por qué deberíamos hacerlo? ¿No hay trabajo suficiente en nuestros doscientos mil siglos de eternidad?

—¿Qué sucede después de que se van?

—Nada. La eternidad continúa sin seres humanos hasta que el Sol estalla y luego continúa sin el Sol hasta que la entropía llega al máximo y todas las estrellas están muertas y luego, simplemente, continúa. La eternidad no tiene fin.

Los números se detuvieron y Twissell encabezó la marcha hacia una antesala cubierta de espejos.

—Películas moleculares, muy de moda aquí—dijo Twissell con disgusto—. Pseudolíquidos.

Condujo a Cooper más allá de unos respetuosos eternos a los que no prestó ninguna atención y entró en una pequeña sala de observación.

Cooper se quedó mirando su propio reflejo, duplicado con una frecuencia desconcertante.

—¿Todo son espejos?—dijo.

—Casi todo. Una generación a la que le encanta mirarse. Sin embargo, pueden ajustarse para un reflejo menor.

Con un gesto de su mano sobre unos controles bien disimulados, moduló los espejos hasta un difuso tono gris pizarra en el cual él y Cooper apenas si eran meras sombras.

Tomó asiento y dijo:

—Aún hemos de esperar un poco.

Cuando el cuerpo del jefe programador se acercó al esqueleto desnudo de la silla, brotó un tapizado, un suave tapizado rojo que se amoldó hasta encajar en la anatomía de Twissell.

Cooper se sentó cautelosamente y el tapizado creció igualmente a su espalda.

La arrugada mano de Twissell se cerró alrededor de un contacto y la pared más cercana se derritió hasta convertirse en cristal. Las figuras y los objetos se fueron definiendo.

Cooper boqueó, sorprendido.

—¿Qué es eso, señor?

—Un espaciopuerto. Naves espaciales salen de aquí y se mueven a través del sistema solar a lo largo de líneas electrogravíticas. Totalmente inútil.

—Pero es magnífico.

—Nada es magnífico si se compra al precio de la miseria. Este es un siglo infeliz, y los últimos y escasos cambios cuánticos han tendido a hacerlo más infeliz. Ahora, finalmente, hay que hacer algo. Esos pobres seres van a Marte, pero no hay nada en Marte. Nunca lo hubo. Nunca lo habrá. En la Tierra, se vuelve hacia las drogas. El 2781 tiene el índice de adicción a las drogas más alto de toda la eternidad.

—Deben de estar tremendamente avanzados en su tecnología.

—Usted es del 28. También un siglo tecnológico, así que está impresionado. Oiga, niño, ¿sabe cuántas veces ha tenido lugar el viaje espacial a lo largo de los siglos? ¡Veintisiete! Nunca dura más de uno o dos milenios. La gente se cansa. Vuelven a casa. Las colonias se van muriendo. Entonces otros cuatro o cinco milenios, o cuarenta o cincuenta, y vuelven a intentarlo. Cuando llegué por primera vez a la eternidad, había treinta y cuatro pedos con viaje espacial.

—¿Acaso los computadores están eliminando mediante los cuánticos el viaje espacial de la realidad?

—En absoluto. ¿Por qué deberíamos hacerlo? Hubo una época en la que sólo había catorce períodos con viaje espacial, y luego la cifra volvió a subir. En la eternidad nos limitamos a mejorar la realidad. Seguimos la dirección en la que nos lleve esa mejora. Puede que una vez barra el viaje espacial aquí; puede que luego lo restaure ahí.

Cooper observó el brillante metal verdoso de los hangares y el reluciente destello de los navíos de acero, alzándose silenciosa y suavemente sobre las líneas de fuerza libres-de-masa que ataban los planetas entre sí. Twissell observó más a Cooper que la escena que tenía ante él, y dejó que el humo de su cigarrillo se alzase suavemente para que así no le molestase.

—Aquí se está tan lejos del cuando natal—dijo Cooper, la voz

trémula. Y, bruscamente, añadió—: Aquí mi madre lleva muerta más de un cuarto de millón de años.

Twissell miró secamente al muchacho y dijo:

—¿Su madre existe?

Cooper se encogió de hombros y dijo con voz apagada:

—No lo sé. Los cambios cuánticos rara vez se acercan tanto al inicio de la eternidad. Puede que sí exista. Pero después de que llegué a la eternidad, Manfield me dijo que no lo comprobaba nunca.

—Manfield tenía toda la razón. Es usted un tonto sólo por pensar en esas cosas.

—Lo siento, señor.

—Bien, está perdonado. ¡Ahora, mire! Tres siglos en el abajo-cuando, Horem está desplazando los cristales de mezolita. El momento en fisiotiempo está encima de nosotros, ¿eh?

—¡El espaciopuerto!—fue el agudo grito de Cooper.

147

l

,

El resplandor había desaparecido; los edificios se encogían. Una nave espacial se oxidó. El movimiento había cesado.

—¿Es eso lo que esperaba, señor?—preguntó Cooper.

—En efecto. El viaje espacial decayó un siglo más pronto de lo que lo habría hecho. Pero no hay drogas. La gente es más feliz. Mejoras en otras áreas de las que usted no sabe nada.

Inconscientemente, Twissell había vuelto a su propio dialecto. Se dio cuenta de ello y volvió a la lengua de Cooper, y su irritación ante el desliz hizo más hirientes sus palabras.

—¡Idiota! ¿Derrama Lágrimas por el metal? ¿No le importa la gente? Le advierto que si valora la materia por encima del hombre, no tiene usted lugar en la eternidad.

Luego, con un arrepentimiento instantáneo, su tono cambió de modo radical.

—No, no, Cooper, le estoy dando una reprimenda por algo que

no puede evitar. Ahora, venga conmigo. Quen'a que viese esto sólo para darle un poco de perspectiva, para que pudiese entender más. Pero ahora venga. Tenemos por delante nuestro asuntos más importantes, el asunto más importante de toda la eternidad.

Anders Horemme regresaba en una cabina del 2456.

La antesala del 2456, a través de la que había pasado para ir de la cabina al tiempo y del tiempo a la cabina, había estado Llamativa y obviamente vacía. Los eternos de esa sección de la eternidad sabían que había un técnico trabajando y preferían no verle ni hablar con él.

Con su frialdad habitual, Horemme entendía las razones. Ninguno de los eternos de esa sección eran nativos del 2456. ¡Naturalmente! Una de las reglas primarias de la eternidad era que ningún hombre podía estar oficialmente asociado con su cuando natal. Si no existiese esa regla, las posibilidades de corrupción eran demasiado obvias como para discutir las. Con todo, el paso de un técnico a través de una barrera le recordaría agudamente a todos los hombres que su propio cuando natal podía sufrir en el siguiente cambio cuántico. Y aunque las mentes de todos los eternos se hallaban educadas para saber que si ello ocurría era inevitable y hasta deseable, los corazones (incluso los de los eternos) no estaban siempre dispuestos a dejarse educar.

A menos, por supuesto, que se tratase del corazón de un hombre como él, pensó el técnico y, al pensarlo, frunció el ceño. Muchas veces le habían puesto como ejemplo a los novatos. La devoción al deber y la conciencia de una misión que trascendía toda consideración personal eran todo lo que debía entrar en la formación de un eterno, solía decirse.

Horemme había vivido en tiempos siguiendo con entusiasmo tal regla, en los días en que era un simple observador, abandonando cautelosamente la eternidad para recoger datos, en silencio, sin hacerse notar, eficientemente. Cada vez que era posible, utilizaba las casas ~ los empleados del tiempo en la eternidad como base. Cuando no era conveniente hacerlo, residía en hoteles, si lo permitían los mapas espaciotemporales; y, si insistían en ello, dormía debajo de un seto.

En cada penetración, los mapas eran siempre de lo más meticuloso acerca de dónde podía ir y cuándo podía hacerlo, lo que podía hacer y lo que no. Nunca, con una eficiencia que ahora le había convertido en el técnico más apreciado por Twissell, había invadido áreas prohibidas de gente, espacio o tiempo. En ningún momento de su carrera la textura de la realidad se había tambaleado porque él hubiese rebasado los límites.

Lo que acababa de hacer era un ejemplo. Sus acciones habían sido delimitadas en el espacio-tiempo para conseguir resultados ópti-



mos. Era el equivalente de la incisión segura del cirujano, el diestro giro del ingeniero.

Era él quien originaba la CMN (ningún eteno pensaba en la "Causa Mínima Necesaria" de otro modo que no fuese CMN), usando su propio método después de que el computador hubiese indicado la naturaleza general de la CMN requerida. Era Twissell, tres siglos después en el tiempo, quien observaba el MRS (Máximo Resultado Significativo, te enseñaban a decir en la escuela).

¡Típico! El técnico producía la pequeña y deshonrosa causa. El computador observaba el considerable y honroso resultado.

No importaba. Nada tenía importancia excepto la gran obra que ahora ya se hallaba muy cerca del novato, Cooper, más cerca de lo que nunca había llegado.

Sintió un levísimo estremecimiento. De pronto, sin querer, había pensado en su primer fisioño en el 482.

No sabía cómo era la época ahora. Rehuía leer sobre ella. Había evitado las misiones en su proximidad. Pero recordaba con extrema claridad cómo había sido cuando terminó la escuela y recibió su primera misión en la eternidad.

Observador en el 482 y los siglos vecinos.

¡Observador! ¡Objetivo y fn'o! ¡Incapaz de ver nada distinto a como era en realidad

¡Observador! El hombre cuyo trabajo no terminaba nunca, dado que cada cambio cuántico vaciaba de sentido en mayor o menor medida todos los datos observacionales en los siglos implicados.

Había vuelto con su primer informe sobre el 482 y se había asegurado de continuar con su actitud fn'a y objetiva. Se aseguró de no poner al descubierto ni una fracción de la desaprobación que sentía en su fuero interno. Era una era sin ética ni principios, tal y como él estaba acostumbrado a concebirlos. Era hedonista, materialista, considerablemente matriarcal. Era la única era en que había florecido el nacimiento ectogénico y en su momento cumbre el 40 por cien de sus mujeres daban a luz entregando meramente un óvulo fertilizado a los depósitos de óvulos. El matrimonio se hacía y deshacía por mutuo acuerdo y era considerado como una cuestión puramente emocional.

La unión destinada a engendrar niños se hallaba, por supuesto, separada de las funciones meramente sociales del matrimonio y era decidida sobre principios puramente eugenésicos.

Horemm creía que, de otros cien modos distintos, aquella sociedad estaba enferma y anhelaba un cambio cuántico. Se le endurecía la mandíbula con una excitada anticipación al pensar en los millones de mujeres dedicadas a buscar el placer (la verdad es que con los hombres no había que contar) que se encontrarían convertidas en auténticas madres de corazón puro en otra realidad, con todos los recuerdos que ello implicase, incapaces de decir, soñar o imaginar que alguna vez hubiesen sido alguna otra cosa. Millones de seres vivientes jamás habrían vivido, en un instante, y millones de otros seres entrarían en la existencia convencidos, como si se tratase de algo incuestionable, de que poseían antepasados e infancias. Y, en su realidad, sería cierto.

Pero sus informes no revelaban ninguno de sus sentimientos y sabía que no debían hacerlo. La desaprobación que sentía hacia lá era y toda su obra no salió a la luz hasta que Noys Lambent entró por primera vez en su sector de la eternidad como secretana del programador Hobbe Finge.

Horemm miraba con cierta sospecha a todos los empleados del tiempo. Idealmente, pensaba, en la eternidad sólo deberían estar los e-ernos. La presencia de individuos corrientes del tiempo hacía precisas mil precauciones. Pero, naturalmente, los programadores siempre insistían en que había mil razones para su uso.

Noys Lambent, sin embargo, superaba las diez mil razones..., o así le parecía a Horemm.

Dos días después, entró decididamente en la oficina de Hobbe Finge, programador asociado. (Finge estaba muerto ya; un hombre sonnente y regordete, algo miope, procedente de un siglo centrado en la energía alrededor del 600, que siempre parecía sorprendido de hallarse sentado en algo hecho de simple y frágil materia y que pisaba con cautela el suelo por miedo a que se rompiese bajo su peso. )

Horemm en seguida dejó claro lo que pretendía.

—Programador Finge, protesto porque se haya contratado a la señorita Lambent.

—Ah, Horemm.—Finge alzó la vista, sonriendo—. Siéntese. Siéntese. Encuentra a la señorita Lambent incompetente, inadecuada...

—No puedo decir si es incompetente o no—dijo secamente Horemm—. No he hecho uso de sus servicios. ni pienso hacerlo. Es su secretaria. Pero, ciertamente, es inadecuada.

No era muy adecuado hablarle así a un superior, pero Horemm, en su juventud, había sido un idealista en lo tocante a la eternidad y sentía necesario protestar costase lo que costase.

Finge se lo quedó mirando con aspecto distante, como si su mente de programador sopesase abstracciones más allá del alcance de un eterno corriente.

—¿En qué sentido es inadecuada, Horem?

—Me asombra que deba usted preguntarlo, programador. Su vestimenta es absolutamente lamentable.

—Oh, vamos.

—No he podido evitar el notar que lleva muy poco por encima de la cintura.—Sus manos se movieron vagamente a la altura del pecho—. Aparte de eso, la levedad de sus maneras es repugnante.

—Horem, estoy seguro de que sus ropas y su actitud son parte de las costumbres de su tiempo. Usted, como observador, debería ser consciente de ello.

—En su propio ambiente, en su propio medio cultural, no hallaría falta alguna en su carácter. Sin embargo, aquí, en la eternidad, una persona como ella está fuera de lugar.

Finge sonrió. Efectivamente, sonrió, y si a Horem le hubiese quedado algún músculo en el cuerpo que no estuviese tenso, lo habría tensado entonces.

—La contraté deliberadamente—dijo Finge—. Está desempeñando una función esencial. Es sólo temporal. Intente soportarla mientras tanto.

A Horem se le endureció la mandíbula. Había protestado y su protesta había sido rechazada. No serviría de nada preguntar cuál era esa "función esencial". Un programador jamás daba explicaciones y, ciertamente, menos a un observador. No se podía molestar a la aristocracia mental que gobernaba la eternidad.

Se volvió envaradamente y caminó hacia la puerta. La voz de Finge le detuvo.

—Observador, ¿ha tenido usted alguna vez...—dijo Finge, vacilando, pareciendo querer escoger con cuidado sus palabras—..., una amiga?

Con laboriosa e insultante precisión Horem citó:

—Con el propósito de evitar complicaciones emocionales con el tiempo, un eterno no puede casarse. Con ese mismo propósito, con respecto a la familia, un eterno no puede tener hijos.

—No le he preguntado acerca del matrimonio o los hijos—dijo gravemente el programador.

Horemam amplió su lista.

—Pueden establecerse relaciones temporales con moradores del tiempo sólo después de haber entrado en contacto con la Oficina Cartográfica Central para un mapa espaciotemporal adecuado.

—Totalmente cierto. ¿Se ha puesto alguna vez en contacto, observador?

—No, programador.

—Bien, Horemam, quizá debería hacerlo. Le daría una perspectiva más amplia de la vida. Le interesarían menos los detalles instrumentarios de una mujer.

Horemam se fue, enmudecido por la rabia. Después de aquello, trabajó con más ahínco que nunca, y odió aún más a la era. Ignoró la ofensiva presencia de la empleada, pero siempre era consciente de ella. De algún modo, sin preguntarlo nunca directamente, se enteró de que su nombre era Noys Lambent y que era lo bastante rica como para ser independiente, que no tenía que rendirle cuentas a nadie, que en su tiempo era una aristócrata.

Entonces, ¿por qué iba a desear trabajar en la eternidad? ¿Cómo podía desempeñar los deberes de una secretaria?

Tenía grandes sospechas sobre Finge. Finge hablaba con descaro de relaciones, llegaba incluso a recomendarlas. La eternidad siempre había sido consciente de la necesidad de llegar a compromisos con los apetitos humanos (para Horemam, la frase implicaba un estrechamiento de repulsión), pero las restricciones que conllevaba el escoger amantes hacían que el compromiso pudiese calificarse de todo excepto de generoso.

Entre los grupos inferiores de eternos había siempre rumores (medio esperanzados, medio resentidos) sobre mujeres importadas sobre una base más o menos permanente por razones obvias. El rumor señalaba siempre a los programadores como el grupo beneficiado. Ellos y sólo ellos podían decidir qué mujeres podían ser abstraídas del tiempo sin un cambio cuántico de la realidad.

Los rumores seguían siendo rumores. En ningún caso se habían comprobado ni encontrado a unos culpables determinados, y Horemam había descartado siempre esas cosas como vaporosas especulaciones de mentes ociosas.

Pero ahora sospechaba de Finge. ¿Una mujer como ésa su secretaria? Conocía otras palabras para calificarla.

Un día, se topó con la mujer en un pasillo y se echó a un lado para dejarla pasar y apartando la vista.

Pero ella se quedó inmóvil, mirándole.

—Usted es el observador Horemme ¿verdad?

Él asintió brevemente, con frialdad.

—Me han dicho que es todo un experto en nuestro tiempo.

—Por favor, ¿va a dejarme pasar o pasa usted?

No pudo evitar el mirarla y ella le sonrió moviéndose con un lento balanceo de caderas que hizo ascender su fina sangre, con un cosquilleo, hacia sus mejillas enrojecidas de furia.

Furia hacia sí mismo por ruborizarse, hacia ella por hablarle y, por encima de todo, por alguna oscura razón, hacia Finge.

Finge le llamó dos semanas después. Sobre su escritorio estaban las familiares películas perforadas que el Gran Consejo Pantemporal enviaba periódicamente. Bajo la adecuada observación por el instrumento de Horemme, se convertirían en el mapa espaciotemporal que le enviaría al tiempo y a otra misión.

—¿Quiere sentarse, Horemme?—dijo Finge—. Mírelas ahora mismo .

Horemme hizo lo que se le decía, se detuvo a la mitad y sacó

152

bruscamente las películas de su observador como si estuviesen a punto de explotar. Las sostuvo entre los dedos índice y pulgar.

—Programador Finge, ¿hay algún error?

—Creo que no—dijo Finge—. ¿Por qué lo dice?

—Con seguridad, no se espera de mí que utilice el hogar de esa mujer, Lambent, como base.

El programador frunció los labios.

—Eso es lo que tengo entendido. Normalmente, observador, esperaría de usted que llevase a cabo su misión sin hacer preguntas. En

este caso, dado que ha llegado hasta el extremo de expresar oficialmente su desagrado hacia la señorita Lambent, creí mejor explicarle algunos de los aspectos del actual problema.

Finge hablaba cuidadosamente, con cierta rigidez, y Horemme permaneció sentado e inmóvil, sin mirar a su superior. "No se lo pongas fácil", pensó.

Normalmente, el orgullo profesional habría obligado a Horemme a rechazar tal aclaración. No era cosa suya el replicar, el argumentar y todo lo demás. Pero en este asunto sentía un cierto afán de venganza que le sugería que una cierta desviación de la honra profesional podría hallarse en todo ese asunto.

Horemme se había quejado, eso era lo que había hecho. Finge temía que la queja pudiese ir más lejos, que el Gran Consejo Pan-temporal pudiese investigar la función exacta de la aparatosa secretaria de Finge. Finge estaba obligado a darle a Horemme esta nueva misión, ya que Horemme era su mejor hombre. Pero si Horemme permanecía demasiado cerca de la muchacha, quizá descubriese demasiadas cosas.

Finge temía eso, así que intentaría explicarlo todo de antemano. Horemme, sintiendo una austera diversión ante esa perspectiva, estaba dispuesto a escuchar pero no a creer.

—Por supuesto, los siglos son conscientes de la existencia de la eternidad—dijo Finge—. Saben que supervisamos el comercio intertemporal y consideran que esa es nuestra función principal, lo cual es bueno. Tienen un leve conocimiento de que también estamos aquí para evitar que le ocurran catástrofes a la humanidad, lo cual es más o menos correcto. Le proporcionamos a las generaciones una imagen paterna de masas y un cierto sentimiento de seguridad, así que en ningún caso deseamos ocultarnos de ellos.

"Con todo, hay ciertas cosas que no deben saber. La principal es nuestra función de alterar la realidad mediante cambios cuánticos. Se estableció hace mucho tiempo que la inseguridad que surgiría de cualquier tipo de conocimiento de que la realidad puede ser alterada a voluntad nos produciría grandes desventajas. Así pues, siempre hemos eliminado todo conocimiento posible de ese tipo de la realidad y nunca hemos tenido problemas con él.

"Sin embargo, hay otras creencias indeseables acerca de la eternidad que brotan de vez en cuando en un siglo u otro. Normalmente, las creencias peligrosas son las que se concentran particularmente en

l

i

i

:

j.i

,li

:

1',~

~;

las clases gobernantes de una era, las clases que tienen un contacto mayor con nosotros y que vehiculan el importante peso de lo que se llama opinión pública. Eso es siempre inquietante, pues al eliminar esas creencias religiosas debemos inducir cambios en la realidad que a menudo niegan avances duramente ganados en otros campos, los cuales deben entonces ser reconquistados por medios a veces complicados.

Finge hizo una pausa como si esperase que Horemme hiciera algún comentario o formulase alguna pregunta. Horemme no hizo ni lo uno ni lo otro.

Finge prosiguió.

—Desde el último cambio cuántico que afectó seriamente al 482, el Gran Consejo Pantemporal ha sido consciente de ciertos aspectos indeseables de la nueva realidad aquí presente. No era nada de una naturaleza lo suficientemente grande como para hacerse aparente incluso en extrapolaciones del quinto orden, que es todo lo lejos que podemos ir en este caso sin incrementar el error de probabilidad hasta un grado prohibitivo. Por esa razón, nos hemos estado concentrando aquí en nuevas observaciones y por eso ha estado usted tan ocupado, Horemme.

“Puedo decirle que las nuevas computaciones muestran que el foco de la perturbación reside en una actitud bastante carente de precedentes de la gente del tiempo hacia la eternidad. La he mantenido bajo estrecha observación para ver si era adecuada a nuestro propósito. . .

¡Concluyente observación! ¡Sí!, pensó Horemme.

De nuevo su ira se centró más sobre Finge que sobre la mujer.

Finge seguía hablando.

—Desde todos los puntos de vista, resulta muy adecuada. Ahora la devolveremos a su tiempo. Usando su residencia como base, usted

podrá estudiar la vida social de su círculo, prestando la debida atención a las precauciones señaladas en el mapa. No puedo sino recalcarle que está usted observando al medio cultural de un círculo pequeño y específico y que la señorita Lambent resulta un instrumento ideal para ese propósito. ¿Entiende ahora su función aquí?

Horemm tenía una respuesta para una pregunta tan directa.

—La entiendo, programador.

—¿Está dispuesto a aceptar la misión?

Horemm no pudo resistir la tentación de lanzarle un último aguijonazo.

—Soy un observador y tengo un deber. Mi modo de llevarlo a cabo es independiente de las explicaciones.

Horemm se fue con el pensamiento consolador de que, en tanto que se había expresado con el elevado idealismo que se esperaba de un eterno, con todo, había logrado dejar bien claro que la complicada explicación de Finge (¿cuánto tiempo le había llevado el desarrollarla por completo?) no le había conmovido en lo más mínimo.

Casi enterrado por ese pensamiento había otro: que quizá se estuviese aproximando un nuevo cambio cuántico para el 482, uno que quizá barriese toda la inmoralidad de esos tiempos e instalase la decencia en su lugar.

La casa de Noys Lambent estaba bastante aislada pero su acceso, desde una de las mayores ciudades del siglo, era sencillo. Horemm había memorizado el mapa de la ciudad, al igual que había memorizado otros. Conocía sus avenidas y edificios; sus líneas de transporte; los hábitos de su vida. Sabía qué partes exactas debía observar en cada uno de los días de su misión, cuándo podía realizar cada viaje, cuándo debía permanecer en la base.

Su primera conversación con Noys Lambent en su propio tiempo se produjo como resultado del nerviosismo que ella sintió al descubrir su ligero desplazamiento temporal.

Se le acercó casi sin aliento.

—Estamos en junio, observador Horemm.

—No use mi título aquí—dijo secamente él—. Y si es así, ¿qué?

—Pero cuando ocupé mi puesto era febrero...—Hizo una larga pausa—. Mi puesto en ese lugar, y hace sólo un mes de ello.



Horem frunció el ceño.

—¿En qué año estamos ahora?

—Oh, el año es el mismo.

—¿Está segura?

—Absolutamente .

Noys tenía la maia costumbre de permanecer muy cerca de él cuando hablaban, y su ligero ceceo (un rasgo del siglo antes que de su propia personalidad), hacia que pareciese una niña pequeña y más bien indefensa. Horem no dejó que eso le engañase. Se apartó un poco.

—¿Suele permanecer en esta casa durante la primavera?

—No. Tengo una residencia en el Mar Medio.

(Horem conocía la región bajo su nombre antiguo de Mediterráneo. )

—Entonces, sus amigos esperarían que estuviese ausente durante ese tiempo, ¿no?—dijo él.

—Ya veo—respondió ella, pensativa—, quiere decir que parecería raro que volviese en abril.

—Exactamente. En la eternidad cuidamos mucho de esas cosas.

Lo dijo con orgullo, como si él mismo fuese un jefe programador.

—Pero, entonces—dijo ella—, ¿he perdido tres meses de mi vida ?

—Sus movimientos a través del tiempo nada tienen que ver con su edad fisiológica.

—¿Significa eso que los he perdido o que no?

—No los ha perdido.

—¿Por qué está siempre tan enfadado conmigo?—le preguntó Noys Lambent la segunda tarde.

Llevaba los brazos y los hombros al descubierto y sus largas piernas parecían brillar envueltas en la débil luminiscencia del foamite.

El mapa espaciotemporal confinaba a Horemme en la casa durante las últimas horas del día, y era allí donde había comido, picoteando sin gran interés los platos que habían figurado en anteriores informes suyos sobre la dieta de la época pero que hasta ahora se había abstenido de comer en persona. En contra de su voluntad, le gustaban. Y, también en contra de su voluntad, estaba disfrutando de la bebida espumosa, ligeramente verde y con sabor a menta que acompañaba los alimentos.

—No estoy enfadado—dijo—. No siento nada hacia usted.

En ese momento, le parecía que esa frase era totalmente cierta.

Estaban solos en la casa. En esa era, con la hembra de la especie económicamente independiente y capaz de lograr la maternidad, si lo deseaba, sin necesidad de acoger físicamente al nido o en su seno, las relaciones entre los sexos no llevaban implícitas “reglas” dignas de tal nombre. No había nada de notable en que una mujer joven albergase huéspedes varones; si no lo hacía, era más bien digna de compasión.

Horemme sabía todo eso perfectamente pero, con todo, se sentía comprometido.

La comida había terminado; ella le sirvió nuevamente uno de los vasos alargados que contenía la bebida ligeramente espumosa. Tenía un poco de calor y le faltaba levemente el aliento, y se removió en su blando asiento intentando hallar una postura más cómoda.

La muchacha estaba tendida en el sofá de enfrente, apoyándose en el codo. La cubierta decorada del sofá se hundía bajo ella como si desease ávidamente abrazarla. Se había quitado los transparentes zapatos que llevaba y los dedos de sus pies se encogían y estiraban como si fuesen las suaves garras de una gata perezosa.

—Trabajar para la eternidad fue divertido—dijo, suspirando—, y estuve esperando mucho tiempo para poder entrar en ella.

Le estaba observando. En algún momento de la tarde su oscura cabellera se había soltado, cayendo sobre su cuello y sus hombros desnudos, a los que el contraste hacía resaltar dándoles un aspecto cremoso.

Él no respondió.

—¿Cuántos años tiene?—preguntó ella.

Ciertamente, no debía haberle contestado. Era una pregunta personal y la respuesta no era asunto suyo. “Veinticinco años”, se oyó decir. Queda decir fisioaños, por supuesto.

—Yo sólo tengo veintidós—dijo ella—, pero usted vivirá y vivirá y será joven, y yo habré desaparecido muchos años antes.

—¿De qué está hablando?

Se apretó la frente intentando despejarse.

—Usted vive eternamente—dijo ella—. Es un eterno.

¿Era una pregunta o una afirmación?

—Está loca—dijo él—. Envejecemos y morimos como cualquier otra persona.

—¿Puede contármelo?—inquirió ella.

Hablaba en voz baja, en un tono lleno de promesas. La lengua del

156

milenio cincuenta que él siempre había creído áspera y desagradable ahora le parecía eufónica. ¿O era, simplemente, que un estómago lleno y el aire perfumado le habían embotado el oído?

—Puede ver todos los tiempos, visitar todos los lugares ~ijo ella—. Me encantaría ser una eterna. ¿Por qué no hay más mujeres eternas?

No se atrevía a hablar. ¿Qué podía decir? Que los miembros de la eternidad eran elegidos con todo cuidado, ya que debían cumplir dos requisitos. Primero: debían estar equipados para el trabajo; segundo: su retirada del tiempo no debía tener efectos deletéreos sobre la realidad.

¡La realidad! ¡No debía mencionarla!

Cuantos sujetos que tenían una excelente perspectiva habían dejado de ser contactados a causa de que llevarlos a la eternidad significaba el no-nacimiento de niños, la no-muerte de hombres y mujeres, los no-matrimonios y no-acontecimientos, las no-circunstancias que habrían desviado la realidad en direcciones que el Gran Consejo Pantemporal no permitía.

¿Podía decirle que las mujeres casi nunca lograban calificarse para la eternidad porque, por alguna razón que no entendía (puede que los programadores la entendiesen, pero él era meramente un observador), su abstracción del tiempo iba a distorsionar probablemente unas diez veces más la realidad que la abstracción de un hombre?

(Las ideas se confundían en su mente hasta que le fue imposible distinguir una de otra. Parecían haberse perdido, recubiertas por un confuso zumbido que no era totalmente desagradable. Ella se había acercado más, sonriendo.)

Oyó su voz, como una brisa vagabunda.

—¡Oh, los eternos! ¡Conviértame en eterna!

Quería decírselo, anhelaba hacerlo: la eternidad no es divertida, señora. ¡Trabajamos! Trabajamos para tramar todos los detalles de todos los cuandos, desde el inicio de la eternidad hasta aquel en que la Tierra queda vacía, e intentamos tramar todas las infinitas posibilidades de lo que podría-haber-sido y escoger un podría-haber-sido mejor que el existente y decidir en qué lugar del tiempo podemos hacer un pequeño y minúsculo cambio para desviar el es hacia el podría-ser, y tenemos un nuevo es y buscamos un nuevo podna-ser, siempre, siempre, siempre...

Meneó la cabeza, pero el torbellino de pensamientos siguió girando. ¿La bebida?

¿La bebida con sabor a menta?

Estaba aún más cerca, no podía distinguir claramente su rostro. Podía sentir su cabello en la mejilla, la cálida y leve presión de su aliento. Hubiese tenido que apartarse, pero, ¡qué extraño, qué extraño!, descubrió que no quería hacerlo.

—Si me convirtiese en eterna...—susurró ella, casi en su ddo, aunque las palabras sonaban muy lejos por encima del latir de su

l

l

157

l

:

corazón. Ella tenía los labios húmedos y entreabiertos—. Si fuese una eterna...

É! alargó los brazos, con torpeza, tanteando a ciegas. Ella no se resistió, pareciendo derretirse en su abrazo, fundirse con él.

Todo sucedió como en un sueño, como si le estuviese ocurriendo a otra persona.

No era lo repulsivo que él había imaginado siempre que debía ser.

Y luego ella se apoyó en él, los ojos brillantes, musitando, “eternidad... eternidad...”, una y otra vez.

El mapa espaciotemporal no permitía esto. Pero, por alguna razón, lo único que en esos momentos despertaba una fuerte emoción en el pecho de Horemn era el pensar en Finge. No se trataba de culpabilidad. Era más bien... satisfacción, incluso triunfo.

Acabó volviendo a la eternidad, pero antes de abandonar a Noys besó sus manos y la abrazó con fuerza.

Estuvo a punto de sonreír a Finge cuando le presentó su informe. Finge no alzó la vista y se limitó a mirar las líneas del informe, como si sus ojos bien entrenados estuviesen convirtiendo palabras y frases en símbolos; como si en algún lugar de su mente matemática empezase a cobrar forma el entramado de las ecuaciones.

—Se comprobará—dijo, como sin darle importancia—. ¿Y a usted qué le sucedió, Horemn?

—¿A mí, programador?—murmuró Horemn, su sensación de seguridad se le esfumó bruscamente.

—Sí. Pasó una noche a solas en la casa de la dama... Lo hizo, ¿verdad? Siguió el mapa.

—Lo hice, señor.

—¿Bien? ¿Están todos los detalles pertinentes incluidos en su informe?

Los ojos de Finge se clavaban en él y la costumbre del deber tiraba de Horemn. Un observador debe informar acerca de todo. Idealmente, un observador no era más que un pseudópodo dotado de percepción sensorial extendido por la eternidad. Carecía de toda individualidad propia en el desempeño de su deber.

El labio inferior de Horemn tembló un instante, no a causa de la ira, el miedo o el embarazo, sino a causa del recuerdo repentino de aquella inolvidable noche.

Empezó a contar los acontecimientos que había dejado fuera de su informe.

Y luego Finge levantó un dedo y dijo secamente:

—Gracias. Es suficiente.

Horemm volvió a su escritorio colmado de un vino espiritual. Por supuesto, Finge había tenido que preguntárselo y, por supuesto, no había podido soportar el oírlo.

¡Finge estaba celoso! Para Horemm eso resultaba obvio, y por primera vez en su vida supo que contaba con una meta más importante para él que el helado cumplimiento de los deberes de la eternidad. Haría que Finge siguiese celoso y, si tenía que hacerlo, que lo estuviese todo el mundo, porque iba a conservar a Noys aunque tuviese que enfrentarse con Finge, con el Gran Consejo Pantemporal y con la eternidad entera.

El primer permiso solicitado por Horemm para visitar el siglo para un asunto particular fue presentado dos días después. Había pretendido aguardar un discreto período de cinco días, pero fue incapaz.

Su solicitud fue rechazada.

En cierto modo, lo había esperado. Entró en la oficina del programador Finge temblando a causa de todo lo que tenía que decirle.

—Ha sido rechazada una petición mía para visitar el siglo. . .—empezó a decir.

Finge le interrumpió de inmediato.

—Quiere ver a la señorita Lambent.

—Sí.

Puso en ese monosílabo todo el desafío de que era capaz.

—Se ha producido un cambio cuántico. Pensé que se había dado cuenta de ello.

Horemm se puso lívido. Lo había olvidado.

—¿Un cambio cuántico?

—, Para qué otra cosa cree que necesitábamos la información?

—, Un cambio cuántico?

—Uno pequeño, comparativamente hablando.

—Entonces. . .

—Pero la señorita Lambent ya no existe. Excepto en las mentes de aquellos de nosotros que la conocimos en la eternidad, no existió

jamás. La nueva realidad la ha excluido. Nunca nació.

Horemm retrocedió tambaleándose hasta derrumbarse en una silla.

—Se lo expliqué ~ijo Finge—. Le hablé de las dificultades que teníamos con los tiempos en que estaban desarrollándose ideas inconvenientes acerca de la eternidad. El 482 era uno de ellos. Por la información que teníamos llegamos indirectamente a la conclusión de que entre las clases superiores de la era, particularmente entre las mujeres, estaba creciendo la idea de que los eternos eran realmente eternos, que vivían para siempre...

(Horemm recordó la frase de Noys, breve y directa: “Vivís para siempre”. Pero él lo había negado... Sólo un tremendo esfuerzo le impidió gritar. )

Finge seguía hablando.

—Peor que eso, había surgido la superstición de que la intimidad con Ull eterno haría a una mujer mortal, tal y como ellas se concebían, capaz de vivir para siempre.

(Horemm podía oír nuevamente su voz, con tal claridad: “Si fuese una eterna”. “Hazme eterna.” Las palabras se veían ahogadas por el recuerdo mucho más potente de sus besos.)

158

Finge prosiguió:

159

—Eso era difícil de creer, Horemm. Carecía de precedentes. Si era cierto, la creencia y las causas que daban origen a ella debían ser eliminadas. Pero antes de que pudiésemos actuar, necesitábamos una comprobación directa. Escogimos a la señorita Lambent como un buen ejemplo de su clase. Le escogimos a usted como el otro sujeto...

Horemm se incorporó vacilante.

—Me escogieron... a mí... como sujeto.

—Era algo fuera de lo normal. La necesidad...

—¡Maldita necesidad! ¡Está mintiendo!

Ya no le importaba lo que pudiese decir.

Finge abrió desmesuradamente los ojos. Sus labios gordezuelos se estremecieron.

—Observador, ¿cómo se atreve?

—Digo que miente—gritó Horemm—. Está celoso. Tenía sus propios planes para Noys, pero ella me escogió a mí. ¡A mí! Está intentando decirme que ella. . ., que actuó como lo hizo porque quería vivir para siempre y yo le digo que no. No fue así, y sus mentiras no conseguirán estropearlo y usted no podrá ocultarla. Existe, y yo iré ahí fuera... y...

Las palabras parecieron desvanecerse en los oídos de Horemm, aunque estaba gritando con toda la potencia de que sus pulmones eran capaces. La niebla roja que flotaba ante sus ojos se hizo más oscura y empezó a girar. Notó la presión del suelo en su mejilla aunque, en los primeros instantes, no fue consciente del dolor.

Luego llegó el dolor. Sus dedos se retorcían en el suelo como intentando aferrarlo. La odiada voz de Finge sonaba en sus oídos, pero las palabras no iban dirigidas a él. Finge estaba hablando por un comuno. Horemm era capaz de entender eso, incluso en su actual estado de impotencia.

Horemm oyó lo que dijo sin tener fuerzas suficientes para levantarse del suelo y estrangularle.

Finge estaba diciendo:

—. . . ni la más ligera idea de que pudiese tener tal efecto. Sí, era la elección lógica, casi la única. Inhibido, tímido, poco atractivo. El hecho de que la muchacha deliberadamente. . . Ella lo hizo. Fue inequívocamente deliberado. Su informe lo dejó muy claro. Le indico que vea las adiciones. . . Sí, hospitalización y rehabilitación, ciertamente. A su manera, es uno de nuestros mejores hombres. No querría perderle.

¡Hospitalización y rehabilitación! Llevó meses de fisiotiempo pero cuando terminó cualquiera que hubiese conocido a Horemm habría jurado que volvía a ser el mismo.

Y podría haberlo sido, excepto por el hecho de que ahora existía algo que no había existido antes. ¡Noys!

¿De qué servía decir que no existía? Existía en su mente. Y en tanto que él viviese existiría siempre en su mente, y no habría ninguna otra mujer.

Nunca se apartó de esa decisión.

A duras penas, sacó del fondo de su alma la fuerza suficiente para que la eficiencia en su trabajo fuese aún más firme e impersonal de lo que había sido antes. Trepó a través de los varios niveles de la clasificación de observador hasta la de técnico.



Atrajo la atención nada menos que del jefe programador Twissell y, a petición del propio Twissell, le fue asignado como técnico personal. En los últimos tres años él, personalmente, había cambiado de lugar objetos, había apagado luces, manipulado interruptores, se había apoderado de comunicaciones personales y había llevado a cabo ciento una cosas sin importancia, cada una de las cuales había acarreado la no-existencia de muchísimas personas y objetos y la nueva existencia de muchísimos otros.

Pero ya no le importaba lo que dejaba de existir en la realidad y, de todas las cosas que en ella aparecían, ninguna era Noys. En el primer año posterior a la catástrofe, de algún modo había logrado engañarse a sí mismo con la esperanza de que en algún lugar del tiempo, a medida que se sucedían los cambios cuánticos, Noys Lambert sería nuevamente recreada. Pero un conocimiento más profundo le decía que no y, a medida que pasaba el fisiotiempo, tuvo que admitir ese no. Del infinito número de realidades posibles, la oportunidad de que fuese escogida una con Noys dentro de ella era una entre un número infinito, o (dicho sin rodeos, de un modo horrible) cero.

Y entonces, cuando el peso de la futilidad podía haber hecho que todo se derrumbase, le llegó una nueva meta vital. De inmediato no se dio cuenta de cuál era. La idea fue creciendo lentamente pero, gracias a ella, Horemme pudo soportar la vida, el trabajo y al ejecutor Twissell. Aguantó todas las nimiedades triviales del jefe programador. Toleró todas las estupideces a las que parecía autorizarle la calidad de genio. Por encima de todo, aguantó los humeantes cilindros de papel y hierba que se consumían en sus manos..., un vicio del que nunca había oído hablar, y menos aún experimentado, en todos sus años de vida. Respiró el humo pestilente, atragantándose y ahogándose con él, y jamás tuvo una palabra o una mirada de queja (y, muy raramente, sólo un pensamiento). Todo en bien del gran proyecto de Twissell.

Hoy, ese mismo día, mientras volvía de su misión en el 2456, ese proyecto iba a dar fruto.

Hoy iba a suceder, con la llegada del joven Brinsley Sheridan Cooper, a quien el mismo Horemme había ido rastreando esforzadamente entre los incontables quintillones de posibilidades con un ardor y una vocación que trascendían el simple deber.

Cooper permaneció callado en el viaje de vuelta del 2781. Sentía cierta incomodidad física. Ese espaciopuerto había estado repleto de

11. ~'uenlo~ paralelo~ gente. Después, estaba vacío. Eso no significaba necesariamente que hubiesen dejado de existir. Estaban en otro lugar, con vidas y recuerdos distintos; y si algunos nunca habían existido, había otros que

acababan de surgir a la existencia.

Todo era para mejorar, se dijo, para mejorar.

La cabina giró descendiendo por los cuandos, deslizándose a través de los siglos.

Cuando la cabina se detuvo y estuvieron de vuelta en el 575, el viejo ejecutor frunció el ceño convirtiendo su frente en una sucesión de arrugas horizontales y preguntó:

—¿No se encuentra bien, jovencito?

—Estoy bien, señor—logró decir Cooper, aunque su tono resultó muy poco convincente.

—Venga a mi oficina, por aquí—dijo Twissell.

Pasaron junto a grupos que se apartaban para dejarles paso. Sus saludos formaban un continuo murmullo, pero Twissell no respondió a ninguno. Cooper, incómodo, mantuvo los ojos clavados en el suelo y se apresuró en pos de los talones del gran hombre.

Agradeció el que entrasen en una habitación y una puerta se cerrase a sus espaldas. Límpidas porcelanas formaban un recinto antiséptico. Un muro de la oficina estaba atiborrado, del suelo hasta el techo, con las pequeñas unidades de computación que, juntas, formaban el mayor Computaplex operado privadamente en toda la eternidad, y, realmente, uno de los mayores de toda ella. El muro de enfrente estaba lleno de películas de consulta. Entre los dos, lo que quedaba de la habitación era casi un pasillo interrumpido por un escritorio, dos sillas, equipo de proyección y grabación y un objeto extraño para el que Cooper fue incapaz de imaginar uso alguno hasta que vio cómo Twissell arrojaba en su interior los malolientes restos de un cigarrillo.

El cigarrillo se desvaneció sin un solo ruido y Twissell, con sus habituales maneras de prestidigitador, ya estaba sosteniendo otro entre los dedos.

Cooper se preguntó cómo sería el que, algún día, su propio trabajo fuese usado como la base para un cambio cuántico- si algún día llegaría a decir: "¡Aquí y ahora! ¡Cambio!". ¿Podn'a soportarlo?

Su instructor, Manfield, les había advertido una vez:

—Ningún hombre—dijo—, puede controlar las vidas de toda la humanidad y no sentir culpabilidad. Por esa razón hasta los más grandes programadores tienen buen cuidado de someter las más sencillas extrapolaciones analógicas a los análisis de la máquina. La má-

quina debe cargar con toda la culpa y todas las responsabilidades. E incluso entonces...

Manfield pareció ensimismarse y no llegó a completar la frase.

Otra vez, en una de las sesiones informales que celebraba regularmente después de comer con sus cinco muchachos, Manfield dijo:

—¿Por qué deben ser tan radicales los cambios en la realidad, eh? ¿Por qué no alteraciones ultradeicadas que cambiasen una vida aquí, otra allá, y no más? ¿Por qué deben arrancarse siglos enteros de sus cimientos?

Su rostro plácido y triste se enrojeció y llegó a parecerse extrañamente al de un hombre apasionado, cosa que no era.

—Piensen en ello, caballeros—dijo—. Algún día recitarán fórmulas para explicarlo, pero ¿será eso suficiente? Cuando diez generaciones de hombres han sido retorcidas y vueltas a modelar a instancias suyas para deshacer o volver a hacer el trabajo de media docena de individuos, ¿basta con musitar piadosamente una ecuación?

"Por lo tanto, deben entender la necesidad de todo ello. Es fácil pensar que cada pequeño gesto introducido en la realidad la cambiará, cada paso adicional, cada mirada, cada tos, cada gesto de asentimiento. Esos estímulos tan diminutos deberían producir cambios igualmente minúsculos. Pero no es así.

"Caballeros, no es así. La realidad tiene su propia estabilidad. Empújenla un poco y, al igual que un bote de remos en un estanque, puede que oscile un poco, pero no volcará. Para cambiar verdaderamente la realidad hay que empujarla con la suficiente fuerza como para que descarrile, si me permiten utilizar estas metáforas. Al igual que la materia y la energía existen en forma de partículas discretas o cuantos, lo mismo sucede con la realidad.

"Y los cambios cuánticos son grandes. Deben serlo. Así que, caballeros, jamás podrán escoger. Si van a ayudar de algún modo a la humanidad, deben estar preparados para interferir en miles de millones de vidas de un golpe. La barca de re"s debe volcar, no oscilar simplemente.

Entonces, de pronto, y sin mirar a los estudiantes, sin aguardar a que le hiciesen preguntas, abandonó la habitación. Los estudiantes comentaron ávidamente el hecho entre ellos, pero no llegaron a ninguna conclusión. Manfield era un buen profesor y eran de la opinión de que todos los buenos profesores tenían sus propias manías.

Manfield volvió al cabo de media hora, sereno y un poco pálido. La discusión prosiguió con fría deliberación, pero se confinó estricta-

mente a las matemáticas.

—Ah—dijo de repente Twissel~, aquí está Horem.

Cooper salió de sus ensueños, se puso apresuradamente en pie y aguardó respetuosamente a ser presentado.

—Mi técnico, Anders Horem—dijo Twissel~. Este es Brinsley Cooper, del 28.—Y añadió, dirigiéndose a Cooper—: El técnico Horem arregló el cambio cuántico que acaba de presentar.

La mano que Cooper había extendido se retiró de modo involuntario. ¿Este era el hombre? Sintió un escalofrío al contemplar las manos alargadas y llenas de venas que habían llevado a cabo aquella acción. Con seguridad que el rostro de aquel hombre debía de ser siempre amargado y poco atractivo y no se trataba, sencillamente, de que se lo pareciese a causa de su trabajo.

l

—Venga, muchacho, no se quede así—dijo Twissel—. No tendrá usted supersticiones acerca de los cambios cuánticos, ¿verdad?

—No... no, señor—dijo Cooper—. En absoluto. Me complace mucho el conocerle, señor, mucho.

Volvió a tender su mano, esta vez ansiosamente.

El técnico la estrechó por un instante, le miró con frialdad y dijo:

—Estoy seguro de que le complace. No hace falta que exagere.

Cooper sintió que acababa de recibir un desaire y pensó, con rebeldía: "Bueno, pues no me gusta".

Twissel se frotó las manos, dejando que el cigarrillo le colgase de una comisura de la boca.

—¿Todo listo, Horem?

—Por completo, ejecutor.

Twissel estaba mirando a Cooper. Se frotaba las manos con nerviosismo y tenía los ojos llenos de un deleite algo malsano, como si estuviese reservándose el clímax de toda una vida sólo unos instantes más.

—Este joven ha estado estudiando los tiempos primitivos, Horem—le dijo—, el extraño tiempo anterior a la eternidad. Estudió su inmutable realidad; el único e inalterable curso de su historia; su

locura, sufrimiento, pobreza, enfermedades, guerra y hambre que nadie puede cambiar o mejorar.

Cooper miró con sorpresa a Horem. El labio inferior de éste estaba lleno de mordeduras y él temblaba.

—Ya lo sé, ejecutor. Queda poco tiempo.

Twissell agitó la mano con impaciencia.

—Sé cuánto tiempo hay... Bien, jovencito, ¿tiene alguna idea acerca de en qué consiste todo esto?

Cooper tenía la garganta irritada a causa del humo de los cigarrillos de Twissell y notó que su corazón empezaba a acelerar el ritmo de sus latidos. Encontró la voz suficiente para decir, con la firmeza precisa:

—Creo que sí.

En los días en que se entretenía preveiendo una escena como ésta, Cooper solía imaginarse pronunciando esa frase y a Twissell quedándose atónito.

Pero no ocurrió nada de eso y Cooper sintió una cierta decepción. Sencillamente, a Twissell se le iluminó el rostro y dijo:

—Cuéntemelo.

Cooper, luchando con una sensación de anticlimax, dijo:

—Me especialicé en Historia Primitiva, como usted dice. El instructor Manfield me separó de los demás y me dijo que actuaba siguiendo órdenes. Mis estudios fueron particularmente concienzudos respecto al siglo 24, y en el siglo 24 vivió Harvey Mallon.

—Bien, bien—dijo Twissell, su rostro convertido, a causa de un mohín, en el de un duendecillo benévolo.

Cooper prosiguió, haciendo acopio de todo el valor que le fue posible.

—Era asombroso que se supiese tan poco acerca del inventor del viaje temporal. En uno de mis trabajos me encontré con un artículo suyo. Me interesó y busqué algunos otros en mi tiempo libre. Me pareció que sus investigaciones sólo podían llevar a una conclusión, aunque usted nunca la declaró de modo explícito.

—¿Oye eso, Horem?—le interrumpió Twissell, deleitado.

—Lo oigo—dijo Horem.

—Parecía que no había modo de evitar la conclusión de que Harvey Mallon no podía haber inventado de ningún modo el campo temporal en el siglo 24. Y nadie podría haberlo inventado. No existían las bases matemáticas para ello. Las ecuaciones fundamentales de Lefebvre no existían, ni podían existir hasta las investigaciones de Jan Verdeer en el siglo 27.

—¿Y si Mallon tropezó casualmente con el campo temporal sin ser consciente de su justificación matemática?—dijo Twissell. ¿Y si fue un simple descubrimiento empírico?

—Pero, si su análisis de las especificaciones originales sobre ingeniería del primer campo temporal es correcto, no podía serlo. Las ecuaciones de Lefebvre fueron usadas de cien modos distintos. La coincidencia o la suerte no podían de ninguna de las maneras explicar el modo en que Mallon diseñó la máquina con una economía y una racionalidad perfectas.

—Sí. Sí.

La confianza de Cooper creció.

—Sólo pudo haber un modo por el que Mallon llegase a conocer las ecuaciones de Lefebvre—dijo con un tono triunfante—. Se las contó un hombre del futuro, alguien de la eternidad... ¿Estoy en lo cierto, señor?

—Totalmente, muchacho. Confiaba en que llegaría a descubrirlo por usted mismo sobre la base de lo que había experimentado. Si era el hombre adecuado, tenía que hacerlo. Era una prueba necesaria, ¿eh, Horem?

Horem miró de soslayo a Twissell y en sus ojos oscuros y mediatibundos hubo un destello.

—Usted es el ejecutor, señor. Pero, ¿qué otra razón podía haber para no advertirle nunca durante el entrenamiento de cuál era su misión final? Con seguridad que no podía haber otra razón.

—Por supuesto que no la hay—respondió con brusquedad Twissell, irritado.

Tiró al suelo su cigarrillo, aplastándolo con su zapato hasta apagarlo.

Horem se inclinó humildemente, lo cogió con dos dedos y lo dejó caer en el receptáculo de las colillas. Lentamente, durante los minutos siguientes, se limpió los dedos, frotándose los una y otra vez, sin cesar.

Cooper se dio cuenta de ello, pero su mente no estaba interesada en esas cosas. Ahora que por fin se hallaba cara a cara con el final, le invadía una enfermiza sensación de mareo. Conocía el nombre de esa sensación; era el miedo.

164

1

165

—Entonces, es cierto—dijo—; he de ser yo quien vaya al 24. . .

—Ha sido concienzudamente entrenado en la cultura de esos siglos—dijo Twissell . Será capaz de aclimatarse y llevar a cabo su tarea.

—Pero, ¿y si no lo hago?—De pronto comprendió cuál era su insoportable responsabilidad y eso hizo que le flaqueasen las piernas, haciéndole derrumbarse en una silla—. Si cometo un error, si trastorno la creación del campo temporal... Haré imposibles las investigaciones de Verdeer. Invalidaré toda la base del desarrollo de la eterni. . .

La voz de Twissell le interrumpió, suave y amable.

—No puede cometer un error, hijo. No hay más que una realidad en los tiempos primitivos. Ya ha estado allí. Ya ha hecho su trabajo, y ha triunfado. Debe tener eso presente en su mente. Va a un cuando muy lejano para realizar un trabajo que ya está hecho... Ahora tengo aquí las especificaciones de ingeniería del campo temporal...

Cooper alzó la vista. Se quedó mirando el pequeño rollo de película dentro de su recipiente traslúcido.

—Pero, ¿ése es el de Mallon?—dijo, aturdido.

No podía ser otro. Había visto el objeto en el Museo de Ciencia y Arte Primitivo en su propia era. El recipiente traslúcido, con su mapa grabado de una parte de América del Norte. ..

—El mismo de Mallon.

—Pero no puede ser. Es el suyo. Si se lo llevo para que lo use, y si nos lo deja para que lo cojamos y se lo llevemos para que lo use...

—Cooper rió débilmente—. Es un círculo. No puede ser. ¿Quién trazó los planos en primer lugar? ¿Dónde empieza todo? Es imposi-

—En el tiempo no hay paradojas, hijo—dijo Twissell . Lo irá descubriendo poco a poco a medida que vaya envejeciendo. Yo, un nativo del siglo 1025, he ordenado cambios cu~nticos que pueden haber matado a mi abuelo cuando era un bebé, y, pese a todo, aquí estoy. Todas las aparentes paradojas son el resultado de un pensamiento centrado en el tiempo en vez de en la eternidad. Los tiempos

existen todos a la vez, al igual que el espacio. Son solamente nuestras limitaciones humanas, incluso aquí, en la eternidad, las que nos hacen persistir en concebirlo como si sucediese en instantes consecutivos. Suponga que los planos de Mallon oscilan en el tiempo de ahora a entonces y luego de vuelta. ¿Y qué? Un péndulo oscila en el espacio. ¿Y qué?

La mano del ejecutor se apoyaba muy suavemente en su hombro. Cooper alzó la mirada y el rostro lleno de arrugas que le contemplaba estaba borroso. El joven pestañeó, pero siguió viéndolo borroso.

—Hora de ir al 24, hijo—dijo Twissell.

—Estoy listo—dijo Cooper. Y, con una débil sonrisa, añadió—: Tengo que estarlo. Ya he ido allí.

Cooper aprendió mucho en dos horas.

Aprendió algo acerca de las herramientas de la eternidad. Aprendió que además de las cabinas que se movían dentro de la eternidad, había algo más que podía ser propulsado fuera de ella. Pareía una cabina, pero llevaba unido a ella un complejo mecanismo cuyas barras parecían capaces de manipular la transferencia de energía a ritmos que Cooper ni tan siquiera intentó imaginar.

Horem se inclinó sobre las entrañas del mecanismo, comprobando, haciendo ajustes..., todo ello sin mover ni uno solo de los músculos de su cara.

Cooper aprendió mucho sobre su misión. Twissell hablaba rápidamente y no siempre de un modo coherente. Con todo, invariablemente, sus palabras volvían a las películas que sostenía.

—Se hallará en un punto protegido y aislado en el año que ha sido calculado como óptimo. Con usted enviaremos alimentos, agua y medios para cobijarse y defenderse. Las películas carecerán de significado para nadie excepto para usted. Se le darán instrucciones más detalladas. Cuando llegue el momento de volver. . .

—¿Cuánto tardará, señor?—preguntó Cooper.

Twissell vaciló.

—No estoy seguro. Dos años. Veinte años. Dos días.—Su tono se hizo algo más seco—. Jovencito, le digo que no lo sé. Cuando haya terminado; cuando regrese a las coordenadas a las que llegó..., como parte de su equipo tendrá un localizador Barr de punto fijo..., entonces, se activará esta cabina.

Su vieja y cansada voz de anciano siguió hablando y hablando.



Horem se enderezó, puso la diestra sobre uno de los diales de porcelana y esperó.

El tono de Twissell se hizo cada vez más apremiante.

—No podemos intentar falsificar su medio de cambio o ninguno de sus valores negociables. Le proveeremos de oro en forma de pequeñas pepitas...

Cooper, cada vez más aturdido, pensó: “¿Por qué no me lo dijeron antes? No puedo hacerlo. No lo haré...”.

Cooper descubrió algo sobre él mismo. Descubrió que imaginar alguna gran hazaña, romántica y peligrosa, no tenía nada que ver con encontrársela en el regazo, mirándote fijamente. Descubrió que no era tan viejo como pensaba, y que no era tan valiente como había creído, y que tampoco era tan devotamente idealista.

Y descubrió también que, pese a todo, se las arreglaría para hacerlo.

Twissell le estaba previniendo sobre el dar información que no debía dar y sobre la información que debía dar y, luego, contradiciéndose para afirmar que no podía hacer nada mal, ya que los tiempos primitivos no podían variar y que ya lo había hecho todo bien.

En esos momentos Cooper apenas si le escuchaba. Se hallaba en la cabina, fijándose, con un leve interés, en la economía del espacio y el modo en que, pese a todo, se había logrado colocar las provisiones. —¿Está listo?—preguntó finalmente Twissell, inmóvil delante de Cooper, las piernas separadas, el cigarrillo por una vez inmóvil entre sus dedos manchados, el humo alzándose en lentos remolinos.

Cooper, de pronto, pensó, muy sorprendido, que él estaba mucho más asustado.

De un modo extraño, eso le dio valor. Recobró el ánimo y contestó:

—Estoy listo.

Lo último que vio, antes de que una extrarala y borrosa neblina gris se cerrase momentáneamente sobre sus ojos, fue la mano izquierda de Horem bajando un interruptor hasta la posición de contacto, en tanto que los dedos de su mano derecha, que el técnico ni tan siquiera miraba, hacían girar bruscamente el dial de porcelana hasta el máximo.

El jefe programador Twissell veía que le temblaban las manos y eso le molestaba. El muchacho se había ido. Todo estaba hecho. La

manipulación había sido perfecta. Se había acabado.

Cuando se llevó la mano a la frente, entonces, ¿por qué la tenía pegajosa y llena de sudor? ¿Acaso era un programador novato, lleno de inquietud ante su primer cambio cuántico. o era Twissell? Se había acabado, maldita sea, acabado.

Lo dijo en voz alta, irritado.

—Se acabó.

—Sí, programador Twissell—dijo Horem.

Twissell se sobresaltó.

—¿Qué?

Por lo que fuese, jamás había esperado que Horem le contestase excepto ante una pregunta directa. Cuando hablaba, Twissell siempre tenía la sensación momentánea de que una extensión de su propio ser un brazo, una pierna, habían sido repentinamente dotados (como el asno de Balaam en el viejo mito), con el milagroso don del habla.

Pero Horem no se limitaba a hablar. Estaba sonriendo.

Durante todo el tiempo que hacía que lo conocía, Twissell jamás había visto sonreír a Horem. Se quedó mirando sorprendido la boca abierta y los dientes súbitamente puestos al descubierto que parecían remedar una sonrisa sin el menor atisbo de la emoción que podía esperarse de ella. Percibió la malsana alegría que brillaba en los ojos del técnico.

Y, con aspereza (pues se encontraba muy cansado), dijo:

—¿Qué le sucede, Horem?

—Se acabó—dijo Horem—. Todo se acabó. Me siento feliz.

—Bien. Yo también me siento feliz. Y ahora, por favor, deje de mirarme así. Tómese unos días de reposo. Se los ha ganado.

—Más de lo que usted se imagina, ejecutor—dijo Horem, que seguía sonriendo.

168

Twissell aspiró ferozmente el humo de su cigarrillo, consumiéndolo hasta quemarse casi la punta de los dedos antes de tirarlo. Dejó que el humo llegase hasta lo más hondo de sus pulmones y lo expelió con fuerza por los labios.

—¿Qué es lo que ignoro, Horem?

Se estaba enfadando, pues no se encontraba de humor para conversaciones estúpidas.

—Bueno, el que todo ha terminado. Esto. Usted. Yo. ¡Toda la eternidad!

—En el nombre del tiempo, ¿de qué está usted hablando? ¿Sabe de qué está hablando?

—¡Lo sé!

Horem se acercó a él.

Twissell se apresuró a retroceder. Con una repentina y aguda incomodidad, se acordó de algo que normalmente no tenía presente. Aquel hombre tenía un historial de problemas mentales. Twissell lo sabía cuando requirió que se le asignase a Horem como técnico personal pero, naturalmente, la eficacia de Horem y su fanática devoción a los ideales de la eternidad debían basarse en una neurosis semejante. Horem necesitaba para sus propósitos personales una personalidad tan rígidamente constreñida. Y, ciertamente, en sus años con Twissell, Horem se había portado siempre del modo más satisfactorio posible. Era bastante raro (y, se preguntó Twissell, ¿quién no era raro?), y nadie pensaría de él que fuese una persona encantadora, pero seguía siendo cierto que sin su absoluta lealtad era muy dudoso que el proyecto hubiese podido llegar a buen fin.

Pero ahora Twissell era incapaz de reconocer a este Horem, cada vez acercándose más a él y alargando una delgada mano como ansioso por tocar la carne de Twissell, como para asegurarse de que Twissell se encontraba realmente ahí, de que no se trataba de un sueño.

Sólo de ese modo podía explicarse Twissell la expresión de Horem. Aquel hombre era tan feliz que a duras penas si podía creer en que su propia felicidad fuese real. ¿Se trataba acaso de la liberación final de una personalidad durante demasiado tiempo constreñida en un largo proyecto?

—Horem, ha trabajado demasiado—dijo Twissell.

Pero Horem se limitó a negar con la cabeza.

—Quiero que lo entienda, ejecutor. La eternidad se ha terminado. Se acabó. ¿Piensa que la eternidad no puede tener fin? ¿Que es realmente eterna? Piénselo de nuevo. Puede que la eternidad carezca de final en el tiempo, pero quizá tenga uno en la realidad. Lo ve, ¿no es

cierto? Usted es un programador. Usted es muy inteligente.

Twissell estaba empezando a entenderlo. Todo su cuerpo se estremeció.

—¡ Horemm !—gritó .

Aunque la sonrisa de Horemm se esfumó, el feroz brillo de alegría en sus ojos siguió presente.

i  
l  
i

—Sí, Horemm. Nada más que un observador y un técnico. Alguien con el que Finge pudiese experimentar. Un millar de realidades han pasado desde que empezó la eternidad. ¿Puede recordar todas las realidades que usted ha hecho cambiar, ejecutor? Yo puedo recordar una. Cambió el 482 hace diez fisioaños. Usted firmó el análisis de Finge. Aprendí mucho sobre ese cambio cuántico después, pero me pregunto si lo recuerda usted. Finge murió. Maldito sea, murió demasiado pronto. Pero usted vive. Usted debe recordar.

Twissell interrumpió el jadeante torrente de palabras de su interlocutor.

—¿Cómo puedo. . . ?

Lo que faltaba de la frase nunca llegó a nacer.

—¿Cómo puede recordar?—gritó Horemm—. Hubo tantos cambios que mil millones de vidas más o menos son algo demasiado minúsculo para que su mente se tome la molestia de recordarlo. ¿Qué son las generaciones del hombre para un ejecutor que puede borrarlas de la existencia con un simple soplido? ¡Hagan esto! ¡Ya está! Nada en la Tierra perdura sin cambios... ¿Quién le dio el derecho? ¿Quién le dio el derecho?

El técnico alzó los puños al aire.

Twissell se acercó a la puerta y Horemm bajó los brazos, moviéndose rápidamente para impedirle la retirada.

—Tendrá que escucharme, ejecutor. Yo le escuché durante cinco años y con toda seguridad usted puede concederme cinco minutos. ¿Se le ocurrió alguna vez que una víctima de sus manejos podría algún día desear cobrarse su deuda?

—¿Qué ha hecho?—preguntó Twissell, la voz convertida en un graznido.

—He cambiado la realidad yo solo—dijo Horem— . Y no solamente para los pobres seres que viven en el tiempo. La he cambiado incluso para nosotros. Piénselo. Debe comprenderlo. Viva con esa idea. Pronto, mañana, el año próximo, puede que dentro de un minuto, la eternidad llegará a su fin.

—Es imposible—susurró Twissell1.

—Es posible. ¡Es cierto!—gritó Horem—. Mandó a ese muchacho al 24 para que inspirase el invento que condujo a la eternidad. ¿Qué sucedería si la inspiración para ese invento no llegase? ¿Existiría alguna eternidad? El muchacho preguntó de dónde procedían los planos del campo temporal. Usted dijo que oscilaban en el tiempo como un péndulo lo hacía en el espacio. ¿Y si alguien cortase la cuerda del péndulo, eh? ¿Qué ocurriría si alguien interfiriese con las oscilaciones temporales de esos preciosos planos?

—¿Qué ha hecho?—preguntó nuevamente Twissell.

—Creo que puede imaginarlo. En el mismo instante en que cerraba el interruptor que enviaba a Cooper atrás en el tiempo, hice girar el crono-control. No fue enviado al 24, sino a un tiempo anterior. Unos siglos antes. El año en concreto no lo sé. Ni tan siquiera el siglo. No miré los controles al hacerlos girar, y volví a hacerlos girar

170

antes de soltarlos. Y eso hizo saltar el mecanismo retroalimentador automático de la cabina al mismo punto en el tiempo que habría tenido lugar si y cuando Cooper intentase retroactivarla para un viaje de regreso.

“Está perdido, ejecutor; perdido para siempre en la era primitiva. Ya la textura de la realidad debe tensarse a cada instante que Cooper permanece en un siglo que no es el suyo. Más pronto o más tarde, los cambios que está introduciendo en él llegarán al nivel cuántico. Usted y yo sabemos acerca de los cambios cuánticos, ¿verdad, computador? Y toda la realidad perderá sus cimientos. Sólo que éste no será como los cambios cuánticos que hasta ahora ha ido usted introduciendo en ella. Esta vez todo se verá envuelto, la eternidad incluida, porque el cambio cuántico implicará la no-invencción del campo temporal. Y entonces, al fin, estaré en paz con usted y con Finge, y yo viviré de nuevo en la realidad sin cambios, y volveré a encontrar a Noys. . .

Tendió los brazos y luego se dejó caer al suelo riendo agónica e interminablemente, una ronca carcajada que siguió y siguió en tanto que sus hombros temblaban convulsivamente.

Twissell se le quedó mirando durante un instante, paralizado por

el horror. La risa de Horem se fue quebrando hasta detenerse. Se quedó tendido, inmóvil.

Twissell salió corriendo del laboratorio y su aguda voz estuvo a punto de quebrarse mientras gritaba:

—Que alguien busque al instructor Manfield del 28 en el comuno.  
¡Manfield, del 28! ¡Y una ambulancia! ¡Maldita sea, muévanse!  
¡Manfield! ¡Instructordel28! ¡Búsquenle!

8

Genro Manfield se había descrito una vez como un “pacifista” ante nada menos que un grupo como el Comité de Personal del Gran Consejo Pantemporal. Había permanecido en pie ante ellos, unos nueve fisioaños antes, caminando con un paso nervioso y algo parecido al de un oso, sus anchos hombros encorvados, sus cabellos morenos despeinados como de costumbre y su macizo rostro marcado con tozudas arrugas de incomodidad.

—Estamos librando una guerra en la eternidad—había dicho, mientras explicaba y defendía la petición que había presentado hacía un mes al comité—. No estoy exactamente seguro de contra qué la estamos librando. Supongo que contra la realidad, o contra los pulidos y maquinales conceptos que tenemos sobre lo que constituye la miseria humana. Creemos que nuestros fines son buenos, pero sé que nuestros medios son implacables.

“En tanto que programador, he sido oficial en esa guerra; por b que he hecho hasta el momento, creo que me corresponde el grado de coronel.

(Hablabá con lentitud y sus palabras parecían aún más lentas al rumiar su mente la arcaica metáfora que había utilizado, moviéndose luego por etapas de un modo automático y carente de esfuerzo hasta los inicios de una consideración de la Historia Primitiva, cuyo estudio era su diversión y su vía de escape.)

Volvió en sí con un esfuerzo visible, pasándose una vez más la mano por el pelo.

—Por temperamento, ese papel no es adecuado para mí. Si lo que estamos librando es una guerra, no puedo seguir participando en ella. No sirve de nada que me diga a mí mismo que se trata de una guerra justa y que debe ser librada. Soy un pacifista y no puedo combatir.

El presidente del comité le preguntó qué pretendía hacer. Con toda seguridad debía saber que abandonar la eternidad y volver a su tiempo original era imposible. Otorgarle una pensión a los cuarenta fisioaños de edad significaría sentar un precedente peligroso. ¿De-

seaba acaso retirar su petición y pedir un período de hospitalización y rehabilitación?

Las objeciones de Manfield fueron violentas. Sabía muy bien que un programador de su categoría no tenía que sujetarse a un programa tal sin, primero, su propio consentimiento o, segundo, un peligro claro y actual de psicosis. Lo segundo era siempre difícil de probar, y lo primero no iban a conseguirlo nunca.

Señaló con un gesto su petición y dijo:

—No estoy pidiendo el retiro completo—meramente el relevo de la línea del frente. Una misión en el siglo 28 me permitiría proseguir en paz mis investigaciones y me colocaría en un sector tranquilo donde los asaltos de la realidad no son ni frecuentes ni serios.

No podía resignarse a abandonar su propia metáfora.

El presidente del comité le interrogó acerca de si se daba cuenta del valor que tenía el entrenamiento de un programador y sus conocimientos; si era consciente de la pérdida que sufriría la eternidad si él se retiraba voluntariamente de la categoría de programador; si había pensado en las dificultades que implicaba hallar a alguien que lo reemplazase.

—En mi estado actual no soy de ninguna utilidad como programador—dijo Manfield—. Con todo, estaría dispuesto a ser instructor. Con toda seguridad, los instructores deben ser tan valiosos para la eternidad como cualquier otra categoría, y uno tan competente como yo sería difícil de encontrar.

Es dudoso que el comité hubiese llegado a aprobar ni tan siquiera dicho compromiso de no ser porque Laban Twissell, que en esos momentos se hallaba en el comité y que hasta entonces se había limitado a fumar y permanecer en silencio, no hubiese expresado repentinamente su acuerdo de un modo francamente explícito.

Al día siguiente, durante una entrevista con Twissell, Manfield, con ~a notificación oficial de su categoría y su misión en el bolsillo, hizo todo lo que pudo para darle las gracias.

Twissell le quitó importancia al asunto. Los gestos de su mano, veloces y semejantes a los de un pájaro, su ancha y despejada frente y sus ojos, inteligentes y vivaces, le eran tan familiares a Manfield como se lo eran ya a todos los programadores de la eternidad.

—Tengo el germen de una idea—dijo Twissel~; una gran idea; puede que una idea ridícula. No le hablaré de ella. Pero me gustaría que hubiese alguien sólido y de confianza como usted en los lejanos cuandos de abajo. Y, además, que fuese un instructor. Puede que no

llegue a nada pero, con todo...

Manfield no intentó comprender del todo tales observaciones. Sólo tenía ganas de marcharse. Su cabina cronomóvil le estaba esperando y quería alejarse todo lo posible a los inicios de la eternidad. Quizá dentro de esa quietud le fuese posible olvidar su propio y enorme crimen.

Estaba en la cabina, con Twissell estrechándole la mano por última vez y diciendo:

—Se acordará, ¿verdad?, si alguna vez le necesito...

—Me acordaré—musitó, con apenas un matiz de impaciencia—. Siempre le estaré agradecido, ejecutor.

Pero lo olvidó.

No del todo, naturalmente. A medida que transcurrían los fisioaños no olvidó que en tiempos había sido un programador. No olvidó una noche horrible, una petición que había cursado a la mañana siguiente. Ni tan siquiera olvidó que Twissell le había ayudado.

Sin embargo, olvidó las vagas insinuaciones de Twissell acerca de que el apoyo que le había prestado no estaba motivado por la simpatía sino por unas previsiones totalmente prácticas. Olvidó—o, mejor dicho, nunca volvió a pensar en ello—, que se había colocado en una situación de deuda con Twissell.

Incluso cuando Twissell le mandó la petición de que aceptase en su clase a Brinsley Sheridan Cooper, pidiéndole además que el novato se especializase en Historia Primitiva, en su mente no se removió ningún recuerdo. No se le ocurrió a Manfield que aquello era parte de lo que Twissell ya tenía en mente cuando le ayudó a colocarse como instructor en el 28.

Manfield era un reconocido experto en Historia Primitiva, y no consideró extraño que le enviaran a un estudiante para que lo entrenase en dicha disciplina.

Cuando Cooper se marchó con destino al 575 y, apenas unas doce horas después llegó la llamada de Twissell, se dirigió tranquilamente al comuno.

Llegó incluso a protestar, considerablemente agitado, cuando Twissell le pidió por primera vez que tomase inmediatamente una cabina para el 575. El no era un programador, explicó indignado. Preferina no...

—¡Por el gran Cronos, hombre!—había exclamado roncamente Twissell—, aún seguiría de programador si no hubiese sido por mí.



Ahora le necesito.

Y entonces Manfield se acordó.

—Estaré ahí—dijo apagadamente.

Manfield tardó más de quince minutos en tener una vaga idea de lo que iba mal. Al principio le pareció que Twissell tan sólo se estaba lamentando por la pérdida de un técnico mentalmente inestable (Manfield había oído hablar de Horem, el llamado “príncipe de los técnicos”).

O quizá tardase en comprender a causa de que no se encontraba a gusto en aquel ambiente. En todos los años transcurridos desde que había tomado la cabina cronómetro en dirección del abajo cuando, hacia el 28, no había vuelto a un cuando más elevado que el periódico viaje de estudios al 48. Y ahora, estaba aquí, sumergido en el milenio sesenta de la eternidad, contemplando al hombre que resumía en su persona el papel vital que a él le parecía más repulsivo y aborrecible. A menos de cinco siglos..., cinco siglos...

Con un esfuerzo, arrancó de su mente el pozo de recuerdos en el que siempre estaba dispuesto a sumergirse y trató de concentrarse en lo que Twissell estaba diciendo.

La voz del viejo ejecutor se fue haciendo más fría y firme y el auténtico significado de lo que estaba diciendo empezó a penetrar en su conciencia. Los ojos de Manfield se entrecerraron y su ansiedad por volver al útero que se había ido construyendo en el 28 disminuyó a medida que escuchaba.

—Ejecutor—dijo finalmente—, ¿estuvo de acuerdo el Gran Consejo Pantemporal en permitir que se mandase una cabina al inicio de. . .?

Twissell dio una palmada, irritado.

—¿Qué tiene eso que ver con todo el asunto? Esa cabina la construimos Horem y yo para cumplir cierto propósito. Por desgracia, el propósito de Horem no era el mío. ¿Quiere dejar de poner esa cara, Manfield? La teoría de penetrar en el pasado de la eternidad es de sobra conocida. Por razones obvias, se trata de materia restringida pero, de todos modos, logré arreglármelas... Muy bien, no informé al Gran Consejo Pantemporal. ¿Qué significado tiene eso ahora?

—Entonces, yo debería informar acerca de usted—dijo Manfield.

—¿Y de qué servirá eso ahora? ¿Entiende usted lo que estoy diciendo? Estamos enfrentándonos con el fin de la eternidad.

Sí, la idea estaba empezando a quedar muy clara para Manfield. ¿El fin de la eternidad? Una idea extraña; casi agradable. ¿Acaso él, y todos los eternos, iban a sufrir el destino que tan fn'amente le habían infligido a tantos otros? De pronto, se preguntó: "¿Duele un cambio de la realidad? ¿Cambian los recuerdos de un modo limpio y rápido? ¿No queda nada? ¿No quedaría en ninguna mente el fantasma de una eternidad desvanecida?".

Sonrió levemente. Era como si, finalmente, le estuviesen ofreciendo una expiación por su crimen, y sonrió.

—No se quede ahú sentado sonriendo, Manfield—exclamó Twissell, casi a gritos—. ¿No entiende lo que estoy diciendo?

174

—Lo entiendo, pero...

—Pero está atónito porque yo haya dejado de lado al Gran Consejo. ¿Se trata de eso? Oiga, Manfield—dijo con violencia—, tenía que trabajar sin ellos. Era mi idea, totalmente mía. No podía esperar sus confabulaciones y sus retrasos. Aun así, tardé diez fisioaños. Ahora tengo sesenta y cinco. Puede que a Cooper le hagan falta diez años, incluso quince, para completar su misión. Quiero estar vivo cuando regrese. Quiero ser capaz de decir que yo hice posible a Harvey Mallon. Yo, y sólo yo, fui el auténtico originador de la eternidad. Quiero decirlo; quiero que los eternos lo sepan. Entonces, podré morir.

Pese a toda su ardiente energía, la auténtica edad del cuerpo de Twissell no podía ser ignorada. Le temblaban las manos y sus pálidos y resecos labios se estremecían. Manfield, sobresaltado, pensó: "Es viejo; viejo".

De algún modo, logró sentir compasión y, sin esperar una respuesta razonable, dijo:

—¿Qué quiere de mí?

—Conoce a Cooper y conoce los tiempos primitivos. Encuéntremelo.

Manfield meneó la cabeza.

—¿Cómo puedo hacerlo? ¿Dónde he de buscar? ¿Cómo he de busc-r?... Mire, ejecutor, ¿por qué no arregla el asunto mandando a alguien más de vuelta al 24? Con seguridad, debe haber copias del plano de Mallon para el campo temporal. Mientras tanto, cuando Cooper se dé cuenta de que está en un siglo equivocado y de

que no puede volver, tendrá lo bastante de programador y de eterno para comprender los peligros de un cambio cuántico y evitar. . .

Twissell se enfureció.

—Es usted un tonto, un idiota. El muchacho podría causar un cambio cuántico involuntariamente, sin ser consciente de ello. Además, es imposible mandar a nadie más.

—¿Por qué?

Twissell miró a Manfield con ojos torturados.

—Porque Cooper no es un mensajero para Mallon. Él es Mallon.

—¡Qué!

—Brinsley Sheridan Cooper es Harvey Mallon, el inventor del campo temporal y el padre de la eternidad.

—Pero eso es imposible.

—¿Eso piensa? Eso es lo que usted piensa. Su campo de especialización es la Historia Primitiva, y piensa de ese modo. ¿Por qué no llegó a establecerse jamás la fecha de nacimiento de Mallon? ¿No podía ser acaso porque no hubiese nacido en el 24? ¿Por qué nadie conoce la fecha exacta de su muerte; por qué no existen registros? ¿No podría suceder que, habiendo completado su obra, volviese a la eternidad? Y no me hable de paradojas.

Manfield sacudió la cabeza.

—No soy un niño. No hablo de paradojas. ¿Le contó eso a Cooper?

—Tenía que contarle algo así, sí. Pero le conté lo menos que pude hasta el último instante. Para obtener unos resultados óptimos era necesario que mantuviese sus ideas sobre el asunto lo más fluidas posible. La historia en los tiempos primitivos está fijada; no hay más que una realidad, así que debía seguirla libremente. Si se lo hubiese contado, si hubiese llegado al 24 con todo un conjunto de ideas ya fijadas, quizá no fuese capaz de adaptarse con la rapidez necesaria.

“El plan era hacer que buscara a Mallon y no le encontrara. No tardaría en sentir pánico y, en su desesperación, se establecería él mismo como Mallon, revelaría los planos del campo y cerraría el círculo. Debía suceder de ese modo. Casi podemos deducirlo de la historia. Usted conoce los registros... Mallon exhibió su máquina con la mayor relucencia y publicó sus documentos solamente después de dos años de retrasos. Solíamos llamarlo la humildad del auténtico genio, pero no lo era. Era Cooper preguntándose qué debía hacer.

—Si la realidad primitiva está fijada—dijo Manfield—, esto debe ser parte de ella. Puede que Mallon no sea Cooper, sino su tataranieto. Puede que Cooper transmitiese los planos. ..

—No. No. ¡No! El plan fue mal dentro de la eternidad. Horemm no se hallaba en los tiempos primitivos cuando desvió los controles. Estaba aquí, en la eternidad, y aquí la realidad puede ser fluida. Cooper se halla donde no debía estar. Eso es definitivo. Y en cualquier instante, en cualquier fisiotiempo, puede producirse un cambio cuántico y todo habrá acabado.

Manfield le contestó con lentitud, pensativo.

—Y de ser así, ¿no podría ser eso algo bueno, algo deseable?

—¡No puede hablar en serio!—dijo Twissell.

—¿No? Toda la noción de la eternidad está basada en la asunción de que los hombres, los hombres corrientes, pueden tener a su cargo las vidas y la realidad de toda la humanidad.

—No se trata de los hombres. No hacemos sino atender a las máquinas de computación—dijo Twissell trabajosamente.

—¿Es cierto eso? ¿Fue acaso una máquina de computación la que siguió un proyecto durante diez años sin el permiso, el conocimiento o la cooperación del Gran Consejo Pantemporal? ¿Fue una máquina de computación la que desvió los controles de una cabina cronómetro sabiendo que ello destruiría a la eternidad? Si hombres como usted y Horemm no son de fiar, ejecutor, ¿qué eterno es digno de confianza? Y si no se puede confiar en ningún eterno, ¿de qué sirve la eternidad?

—Manfield, Manfield, no tenemos tiempo para filosofías baratas. Hay miles de eternos que han consagrado sus vidas a la eternidad sin desviarse de sus ideales. Usted, por ejemplo. Usted mismo.

Manfield meneó la cabeza y dijo:

—Yo no. Soy tan criminal como pueda serlo cualquiera en la eternidad.

Los ojos de Twissell se clavaron en él, fijos y brillantes.

—¿De qué modo? ¡Dígamelo! Pero rápido.

Y porque Manfield podía mirar cara a cara a otro eterno y sentir que él también compartía el lazo de parentesco de haber obrado mal, descubrió que al fin podía confesar su crimen.

El cnmen, igual que el de Horemm, empezó con una mujer. No

era una coincidencia. Era casi inevitable. El eterno que vendía las satisfacciones nGrmales de la vida familiar por un puñado de perforaciones hechas en un papel estaba maduro para la infección. O, al igual que Twissell, no tardaría en caer presa de una inseguridad básica y respondería con pequeñas vanidades como su incesante y ostentosa exhibición de cigarrillos en una sociedad que no fumaba, o la más amplia vanidad de buscar su renombre personal haciendo que la eternidad corriese toda suerte de riesgos.

Manfield recordaba a esa mujer con pena y amor. Era inteligente y buena. Si hubiese sido un hombre del tiempo, habría estado orgulloso teniéndola como esposa. No todos los eternos (que debían tomar a sus mujeres solamente cuando lo permitía la computación) tenían tanta suerte como él en ese aspecto.

Pero sus relaciones con ella estaban empañadas por algo que él sabía y ella, por la misma naturaleza de las cosas, no podía saber. En la realidad de ese fisiotiempo ella moriría joven. Iba a morir, de hecho, pasado un año desde que sus relaciones hubiesen empezado.

Él lo sabía desde el pncipio. La primera vez en que se sintió atraído por ella (primero un individuo en el informe sobre el 570 de un observador, y luego, impulsado por la curiosidad, como resultado de haberla Visto y hablado con ella durante un viaje de observación personal irregular, pero perfectamente legal) había tramado su vida.

No había dejado esa tarea para el departamento de Tramado Vital. La había realizado él mismo porque sentía cierta timidez al respecto. Se enteró de su próxima muerte y, al principio, como recordaba ahora con vergüenza, eso le complació. Significaba que las oportunidades de un cambio cuántico producido a consecuencia de su relación eran obviamente muy leves. Lo comprobó, y así era.

La visitó tan a menudo como lo permitían los mapas espaciotemporales. Su compatibilidad era muy superior a todo lo que él hubiese podido esperar y descubrió la felicidad con ella. El Gran Consejo Pantemporal, habiendo supervisado sus cálculos tal y como era debido, se mostró indiferente ante aquel asunto.

Hasta el momento, no había cometido crimen alguno.

Pero lo que empezó como la satisfacción de una necesidad emocional se convirtió en algo más. Su muerte inminente dejó de ser algo oportuno y se convirtió en una catástrofe. Por tres veces distintas llegó y pasó un punto del fisiotiempo en el que alguna sencilla acción por parte de él habría alterado la realidad personal de ella. Pero él sabía que un cambio motivado de un modo tan personal era imposible que fuese autorizado. La muerte de ella se convirtió en su responsabilidad personal y aprendió cuál era el significado de la culpabilidad.

Eso tampoco era un crimen, aunque se trataba de una debilidad peligrosa.

(~'uento~ paral~lo~  
)

(Así dijo Twissell, dejando consumir su cigarrillo, ligeramente apartado de su preocupación ante el peligro inminente y abrumador que le rodeaba. Manfield meneó la cabeza y dijo: "No puedo entenderlo" . )

No hizo nada cuando ella quedó embarazada. Su trama vital, modificada para incluir su relación con Manfield, indicaba que el embarazo era una consecuencia altamente probable. Generalmente se evitaba tal eventualidad, pero a veces las mujeres del tiempo quedaban embarazadas de un eterno. No era algo inaudito. Pero dado que ningún eterno podía tener hijos, los embarazos eran llevados a un fin eficiente e indoloro. Había muchos métodos.

Manfield no hizo nada. Ella era feliz con su embarazo y él quería que siguiese siéndolo. Sabía que moriría antes de que éste llegase a su fin, así que se limitó a observarla con los ojos velados por la pena y cuando ella le deía, triunfante, que podía sentir cómo se agitaba la vida en su interior, él sonreía con dolor.

Esto seguía sin ser un crimen premeditado por parte de Manfield, pero era un acto de ignorancia; y la ignorancia puede ser casi un crimen.

Porque ella dio a luz prematuramente. Era algo que Manfield no había previsto. Era un aspecto de la vida acerca del que tenía escasa experiencia, y no se le había ocurrido la posibilidad de un nacimiento prematuro.

Y, con todo, ¿cómo era posible que la trama vital que él había hecho no lo indicase? Volvió a trabajar en ella y descubrió al niño vivo..., en una solución alternativa a una bifurcación de baja probabilidad que había pasado por alto. A un profesional no se le hubiese pasado por alto.

¿Qué podía hacer Manfield ahora?

No podía matar al niño. A la madre le quedaban dos semanas de vida. Que las viviese, pensó. Dos semanas de felicidad no es pedir algo excesivo.

La madre murió... como estaba previsto, del modo previsto. Manfield (durante el tiempo permitido por el mapa espaciotemporal) permaneció sentado en su habitación, lleno de dolor, con una pena tanto más aguda porque la había estado esperando, sabiendo lo que

sucedería, desde haáa casi un año. Sostenía en sus brazos al niño, el hijo de él y ella.

(—¿Dejó que viviese?—inquirió Twissell, la voz llena de horror.

—No puede entenderlo—dijo Manfield.

—Pero era un crimen.)

Era un crimen, pero no el crimen.

Dejó que viviese. Lo dejó al cuidado de una organización adecuada y volvió cuando pudo (dentro de una estricta secuencia temporal, acorde incluso con el fisiotiempo) para hacer los pagos necesarios y ver cómo creaa el muchacho.

Pasaron dos años. Haáa comprobaciones periódicas, asegurándose de que la trama vital del muchacho no inducía de ningún modo

178

cambios cuánticos. Era una buena trama vital y Manfield se alegraba de ello. El niño aprendió a caminar y a balbucear algunas palabras. No le enseñaron a llamarle “papá” a Manfield. Fuesen cuales fuesen las especulaciones que la gente del tiempo de aquella institución para el cuidado de niños pudiesen hacer en lo concerniente al hombretón que pagaba de modo tan regular, siguieron siendo eso, especulaciones y nada más.

Luego, cuando hubieron pasado los dos años, las necesidades de un cambio cuántico que incluía colateralmente al 570 fueron sometidas al Gran Consejo Pantemporal y Manfield, promovido recientemente al rango de programador asociado, fue puesto a cargo de éste.

El orgullo que sintió en aquel unstante estaba teñido de aprensión.

(—Tenía que estarlo—dijo Twissell . Los niños son los rehenes del tiempo.

Manfield sacudió la cabeza disgustado ante el aforismo.)

Trabajó en el cambio cuántico e hizo un trabajo impecable. Pero su aprensión fue en aumento. Sucumbió a una tentación que, en su corazón, había sabido que nunca sería capaz de resistir. Mantuvo retenida su solución mientras tramaba un nuevo curso vital para su hijo.

Ese era un segundo crimen, tan grande como el primero, pero seguía sin ser el crimen.

Durante veinticuatro horas, sin comer ni dormir, permaneció sentado en su oficina, luchando con la trama vital ya completada, haciéndola pedazos una y otra vez en un intento desesperado de hallar un error.

No había ningún error.

Al día siguiente, reteniendo aún su solución para el cambio cuántico, elaboró un mapa espaciotemporal y entró en el tiempo en un punto situado más de treinta años arriba en el cuando desde el nacimiento de su hijo.

Ese era un tercer crimen, mayor que los dos primeros, pero seguía sin ser el crimen.

Su hijo tenía treinta y cuatro años de edad; era tan viejo ahora como el mismo Manfield. No conocía a su padre, no recordaba a un hombretón que le visitaba en su infancia.

Era ingeniero aeronáutico. El 570 era experto en media docena de modos de viaje aéreo, y el hijo de Manfield era feliz y había triunfado como miembro de su sociedad. Estaba casado con una joven que le amaba con ardor, pero Manfield sabía que no iban a tener hijos.

(—Al menos eso era algo—dijo Twissell, y puso la colilla de su cigarrillo en una unidad de eliminación.)

—Le dije que había trazado su curso vital en busca de cambios cuánticos. No soy tan descuidado.)

Manfield pasó todo el día con su hijo. Se presentó como una relación de negocios y le habló con formalidad, sonriendo cortésmente, despidiéndose con frialdad. Pero en secreto le vigilaba y absorbía cada uno de sus actos, llenándose con ellos, viviendo con feroz intensidad ese único día de una realidad que mañana (en fisiotiempo) no habría existido nunca.

Volvió a la eternidad y pasó una última y horrible noche luchando fútilmente con lo que debía ser. A la mañana siguiente entregó sus computaciones y preparó una petición al Gran Consejo Pantemporal en la que pedía un cambio de categoría.

—Y usted me ayudó, ejecutor—concluyó Manfield.

—Supongo que su hijo no vivió en la nueva realidad—dijo Twissell.

{)h sí que vivió—dijo Manfield lentamente—. Existió... como un parapijico desde los cuatro años de edad. Cuarenta y dos años en



cama, bajo circunstancias que me impidieron incluso el lograr que se aplicasen en su caso las técnicas regenerativas de nervios del 900.

“Yo le hice eso a mi hijo. Fueron mi mente y las máquinas de computación las que computaron para él esa nueva vida, y fue mi palabra la que ordenó el cambio. Cometí varios crímenes, pero ése fue el crimen que acabó conmigo como programador. I

Twissell se culpó a sí mismo de su pánico inicial a medida que éste fue desapareciendo. Había actuado con bastante rapidez al hacer que buscasen a Manfield, pero luego se había dejado trastornar, primero por la lentitud de Manfield en comprender y luego por la reluctancia neurótica de aquel hombre a la hora de ayudar.

Sólo cuando Twissell, en la negativa a colaborar de Manfield, reconoció el torbellino de un dolor y una culpabilidad escondidas, fue nuevamente capaz de recobrar la iniciativa. Lo consiguió dejando hablar a Manfield. Sintió que el suelo iba volviendo a endurecerse bajo sus pies, y recobró el equilibrio.

No intentó hacer que Manfield se apresurase. Dejó que pasasen los minutos. Cuando Manfield acabó, Twissell estaba empezando a encontrarle de nuevo sabor a sus cigarrillos.

No se apresuró a hablar. Al contrario, dejó que pasasen dos minutos en tanto que la catarsis de la confesión purgaba a Manfield de su carga de culpabilidad.

En tanto que ejecutor, Twissell tenía un cierto conocimiento, naturalmente, de la ingeniería psíquica. Intelectual, ya que no emocionalmente, podía ir siguiendo el funcionamiento de la mente de Manfield. Lo que le había ocurrido era el equivalente a reventar un absceso. Algún día, pensó Twissell, la ingeniería psíquica tendría que ser elevada al rango de una clasificación separada de especialidad dentro de la eternidad.

Por fin habló sin alzar la voz.

—Si la eternidad llega a su fin, el equivalente de su tragedia le sucederá a un número incontable de hombres y mujeres. Usted puede evitarlo.

Aguardó unos instantes y luego siguió hablando.

—Usted conoce la Historia Primitiva. Sabe cómo era. Era una realidad que fluía ciegamente siguiendo la línea de probabilidad máxima. En los siglos de fisiotiempo en que ha existido la eternidad, hemos elevado nuestra realidad a un nivel de bienestar que está mucho más allá de todo lo conocido en los tiempos primitivos, pero también a un nivel que, de no ser por nuestra interferencia, sería

ciertamente de una probabilidad muy escasa.

Twissell observó atentamente a Manfield, que seguía callado, y continuó:

—Con la eternidad desaparecida, un millón de años de historia humana revertirán de nuevo a una realidad inmutable de ignorancia, matanzas y miseria. Su propia experiencia debería darle una mayor capacidad para comprender el significado de eso y la necesidad de evitarlo, mucho más de todo lo que yo pueda decirle.

Manfield alzó la cabeza.

—Pero, ¿qué puedo hacer?

Era un acto de rendición y Twissell lo sabía. Actuó de inmediato para evitar que su interlocutor pudiese reconsiderar su postura y se acercó rápidamente a los controles de la cabina a través de la cual Cooper había desaparecido más allá del inicio de la eternidad.

—Venga aquí, Manfield.

En total, Twissell había perdido una hora pero con esa hora había ganado una oportunidad. No se permitió pensar lo pequeña que era esa oportunidad.

Estaba muy nervioso. Al menos, estaba haciendo algo.

—Esto es el crono-control—dijo—, el reóstato que controla la longitud temporal del impulso de la cabina. Si hubiese añadido un seguro para evitar que sus coordenadas pudiesen variar una vez dispuestas..., pero, por supuesto, detalles así se los dejaba siempre a Horem .

Sonrió amargamente.

—Horem estaba en esa posición—prosiguió—. Hizo girar el control en el mismo instante en que cerraba el conmutador. Eso es lo que me dijo. Y si puedo seguir el curso de sus emociones en esos instantes, movió una sola vez la mano en el crono-control para hacerlo girar una sola vez, con un impulso espasmódico de odio e ira.

Y al decir esto Twissell, su propio rostro pareció reflejar esas emociones y su mano, aferrando el dial de porcelana, lo hizo girar salvajemente .

—¿Cuál es la lectura?—preguntó, casi sin aliento.

Manfield se inclinó sobre el dial.

—En algún lugar cercano al 20. Veamos, diecinueve.. .

—No sirve de nada leerlo de tan cerca—dijo Twissell—. No puede ser más que una aproximación.—Se llevó el cigarrillo a los labios, atisbando a través del humo. Y añadió—: ¿Qué sabe del 20, Manfield?

El instructor se encogió de hombros.

181

I

I

I

—Lo ha estudiado, por supuesto—dijo Twissell.

—h, sí.

—Muy bien. Pongámonos en el lugar de Cooper. Es un muchacho brillante; inteligente e imaginativo, ¿no cree usted?

—Un Joven muy capaz.

—Y un eterno. Eso es lo importante.—Twissell agitó el dedo—. Eso es lo importante. Está acostumbrado a la idea de comunicar a través del tiempo. No es probable que se rinda a la idea de haber quedado abandonado a la deriva en él. Sabrá que le vamos a buscar.

—Sí, pero, ejecutor, ¿qué puede hacer al respecto?

El astuto y anciano rostro de Twissell, convertido en un amasijo de arrugas, miró a Manfield sin verle en realidad.

—¿Hay alguna fuente particular que usted usase al estudiar los 20? ¿Algún documento, archivos, películas, objetos, obras de referencia? Me refiero a fuentes primarias, que datasen de ese mismo tiempo.

—Naturalmente.

—¿Y él las estudió con usted?

—Sí.

—Entonces, ¿no es natural imaginar que él puede tratar de insertar en uno de esos objetos, un objeto que él sabría que usted tenía la costumbre de ver y estudiar, alguna referencia a su propia persona?

—Eso es una conjetura que se sostiene de un finísimo hilo.

{Quizá—accedió rápidamente TwisseD—. Pero, ¿qué otra cosa puede hacer? Si no hace nada estamos acabados, se terminó, todo ha terminado. La única oportunidad que tenemos es el que haya hecho algo y que podamos llegar a entender lo que ha pensado hacer. Por eso le necesito. En primer lugar, usted le conoce mejor. Durante cinco años le ha tenido de modo continuo bajo su cuidado. Segundo, es la persona con quien intentará automáticamente ponerse en contacto. Si conoce y quiere a alguien en la eternidad, es a usted. Tercero, usted y sólo usted sabrá dónde mirar; usted y sólo usted será capaz de reconocer su mensaje.

—Pero no sé dónde mirar—dijo Manfield, sacudiendo ansiosamente la cabeza.

—Pregúnteselo a sí mismo: ¿había alguna fuente que usted consultase con mayor frecuencia que otras respecto al 20? ¿Existe alguna forma peculiar de registro que Cooper asociase automáticamente con el 20? Piense, hombre. Es nuestra única oportunidad.

Y aguardó, apretando fuertemente los labios.

—Estaban las revistas de noticias—dijo Manfield—. Eran un fenómeno anterior al segundo milenio. Una en particular era muy útil. Su primer número se remonta a 1923... Por supuesto, quizás ha sido enviado aún más pronto.

—Y quizá no. Tenemos que empezar por alguna parte, Manfield.

—Prosiguió hasta bien avanzado el 22.

—Muy bien. ¿Supone usted que hay algún modo en el que podría usar esa revista para transmitir un mensaje? Recuerde, él sabrá que

182

usted va a leerlo; que estará familiarizado con él, que sabrá cómo interpretarlo.

—No lo sé.—Manfield volvió a menear la cabeza—. Le gustaba utilizar un estilo artificioso. La revista tendía a ser bastante selectiva. Sería difícil, incluso imposible, confiar en que fuese a imprimir algo que usted hubiese planeado que imprimiesen. Digamos que incluso si Cooper se las hubiese arreglado para colocarse en su personal, lo cual es muy improbable, no podna estar seguro de que sus escritos lograsen rebasar a los distintos editores. No se me ocurre nada, ejecutor.

—¡En el nombre de Cronos, piense!—dijo TwisseD—. Concén-  
trese en esa revista. Está en el 20, es usted Cooper con su educación y

sus antecedentes. Manfield, usted enseñó al muchacho. Y ha sido un programador con entrenamiento en psicoingeniería. ¿Qué han'a él? ¿Cómo se las arreglaría para colocar algo en la revista, algo con el texto exacto que desea?

Manfield abrió un poco más los ojos.

—¡Un anuncio!

—¿Qué?

—Un anuncio. Un aviso pagado que estarían obligados a imprimir exactamente tal y como él pidiese.

—Ah, sí. Tienen algo parecido en el 182.

—Me imagino que lo tienen en muchas eras, pero el 20 Degó al máximo en ese terreno. De hecho—dijo Manfield, animándose repentinamente con el tema—, el 20 es en muchos aspectos la cumbre de los tiempos primitivos. El medio cultural. ..

—Ahora no, Manfield. Vuelva al anuncio. ¿De qué clase sen'a?

—No tengo ni la menor idea, ejecutor.

Twissell contempló el extremo encendido de su cigarrillo como si buscara en él la inspiración.

—No puede decir nada de un modo directo. No puede decir: Cooper, del 28, llamando a la eternidad. ..

—Podría decirlo.

—Si lo hiciese sería un estúpido, y no creo que lo sea. Con eso estaría pidiendo un cambio cuántico.

—Más probablemente están'a pidiendo que lo detuviesen y bpusiesen bajo observación por enfermedad mental. En los tiempos primitivos, cualquier implicación hecha seriamente sobre el viaje temporal era una pura locura.

—Muy bien. De un modo indirecto, así tendrá que ser. Debe parecerles perfectamente normal a los hombres del tiempo. Perfectamente normal. Y, con todo, debe ser obvio para nosotros. Muy obvio. Obvio al primer vistazo, porque tendremos que encontrarlo entre incontables artículos individualizados. Manfield, ¿cuál supone que debe ser su tamaño? ¿Son caros esos anuncios?

—Yo diría que son más bien moderados.

—Y, hablando de un modo ideal, para evitar el tipo erróneo de atención—dijo Twissell, debería ser más bien pequeño. Imagine, Manfield. ¿Qué tamaño?

i

I

Manfield extendió las manos.

—¿Media columna?

—Muy bien. Ahora tenemos ya una primera aproximación. Buscar un anuncio de media columna que, prácticamente al primer vistazo, evidencie que el hombre que lo hizo insertar viene de otro tiempo y que, con todo, sea un anuncio tan normal que ningún hombre de ese tiempo vea nada raro en él.

—¿Y si no lo encuentro?—preguntó el instructor.

—Entonces pensaremos en otra alternativa para que la investigue. Y si eso fracasa, intentaremos otra cosa, y luego otra, mientras que sigamos con vida y siga existiendo la eternidad.

Twissell se acordaba ahora de su pánico sólo como un mal sueño indigno de ser recordado. Ahora estaba haciendo algo; estaba actuando. Su aguda mente estaba totalmente ocupada con la emoción de la cacería y ni en lo más mínimo con las consecuencias del fracaso.

Twissell contempló con curiosidad los libros de la biblioteca de Manfield. De vez en cuando, porque no podía soportar el permanecer sin hacer nada, sacaba uno de su lugar, hojeando sus páginas quebradizas y pronunciando en silencio las arcaicas palabras. Su conocimiento del dialecto del tercer milenio, aunque no era todo lo amplio que le hubiese gustado que creyesen los demás, era el suficiente como para permitirle entender alguna frase y, a veces, incluso párrafos enteros.

—Este es el inglés del que siempre andan hablando los lingüistas, ¿no?—preguntó, golpeando una página con la punta del dedo.

—Inglés—murmuró Manfield.

Twissell jamás había estado en un cuando tan alejado hacia abajo. Aquí toda la eternidad parecía como enmohecida, como si no se tratase realmente de la eternidad sino de una era primitiva algo más avanzada de lo habitual.

Quizá fuese la biblioteca lo que le producía esa sensación. Twissell estaba familiarizado con varias eras dotadas de libros. Había otras eras, como las de la grabación molecular. Su propio siglo, natural-

mente y como otros muchos, se trataba de una era en la que se usaban las películas. Sin embargo, libros como éstos, al mismo tiempo que eran placenteramente exóticos, no estaban en absoluto pasados de moda.

Pero cuando estaban alineados en tales cantidades...

Incluso en las secciones de la eternidad entregadas a las eras de libros, los que se hallaban en las bibliotecas de la eternidad eran convertidos a películas o modelos moleculares, aunque sólo fuese en consideración al ahorro de espacio.

Twissell buscó con la mirada a Manfield. Los anchos hombros del instructor seguían encorvados sobre el iluminado escritorio. Todo lo que se veía de su cabeza era su cabellera castaña en el más absoluto desorden.

“Cultiva el arcaísmo—pensó Twissell—. Prefiere los libros. Se oculta en un universo de realidad fijada. Esa es su seguridad.”

Pero se encontraba demasiado inquieto como para concentrarse demasiado tiempo en una idea, fuese la que fuese. Sacó otro libro del estante, abriéndolo al azar. Y si, sencillamente, volviese una página y allí..., allí...

Se ruborizó interiormente y dejó el libro.

Manfield pasaba las páginas con regularidad, moviendo sólo una mano, el resto del cuerpo congelado en una postura de rígida atención.

Con lo que parecían eones de intervalo, Manfield se levantaba, gruñendo, en busca de un nuevo volumen. En esas ocasiones hacía una pausa para tomar un café, un bocadillo o atender a otras necesidades.

—Es inútil que usted se quede—dijo Manfield cansadamente.

—¿Le molesto?

—Por supuesto que no.

—Entonces, me quedaré.

Twissell, sintiendo frío y soledad, reanudó su delicado, esporádico e inútil asalto a las estanterías de libros, con las chispas de su cigarrillo, que ardía furiosamente, quemándole las puntas de los dedos sin que él les prestase atención.

Y pasó un fisiodía.

—Hay tanto—dijo Twissell con impotencia—. Tiene que haber un modo más rápido.

—Diga cuál—respondió Manfield—. No puedo pasar por alto ni una sola página.

—¿Cuántos ha examinado?

—Nueve volúmenes. Cuatro años y medio.

—Habrá aterrizado al borde del desierto del sudoeste de América del Norte—dijo Twissell . Eso fue algo deliberado ya que está escasamente poblado, incluso en el 20, creo.

Manfield asintió de modo ausente y pasó otra página.

—Pretendíamos que pasase algún tiempo sin ser molestado, para que pudiese ajustarse. Tenía una buena provisión de agua y alimentos. Tendría que andar con cautela. Pasarían días antes de que entrase en contacto con un área realmente poblada y corriese un riesgo considerable de cambio cuántico. Puede que tengamos semanas de tiempo.—No estaba demasiado seguro de lo que creía en realidad, pero lo dijo de nuevo . Puede que tengamos semanas de tiempo.

Metódicamente, Manfield pasó otra página, y luego otra.

—Al final—dijo—, las hojas empiezan a volverse borrosas y eso quiere decir que es hora de dormir.

El segundo fisiodía pasó.

Y a las 10.22 del tercer fisiodía, Manfield dijo, en voz baja y asombrada:

—Esto es.

Twissell (—¿Qué?—preguntó.

Manfield alzó la vista, el rostro demudado por el asombro.

—Sabe, yo no lo creía en realidad. Por Cronos que no lo creí nunca realmente, ni siquiera cuando estábamos trabajando con todas esas tonterías sobre las revistas y los anuncios.

Ahora Twissell lo había entendido.

—Ha encontrado el anuncio.

Se precipitó sobre el volumen que Manfield tenía en las manos,



aferrándolo con dedos temblorosos.

Pero Manfield no lo soltó. Depositó el volumen sobre la mesa con un golpe seco y señaló un pequeño anuncio en la esquina superior de la izquierda.

Era bastante sencillo. Deía:

ALGO QUE  
TODOS RECOMIENDAN  
OBJETIVAMENTE EN EL  
MERCADO  
OFICIAL

Debajo, en letras más pequeñas, decía: "Inversiones NewsLetter, Apartado de Correos 14, Denver, Colorado".

—¿Mercado?—preguntó Twissell, confundido.

—La bolsa, el mercado de valores—dijo Manfield con impaciencia—. Un sistema mediante el cual el capital privado era invertido en negocios. Eso no es lo importante. ¿No ve el dibujo al lado del anuncio?

—Por supuesto que lo veo—dijo Twissell, frunciendo el ceño.

¿A quién iba a resultarle familiar el dibujo de una nube en forma de hongo, si no se lo era a un programador? Tres cuartas partes de los cambios cuánticos en la eternidad fueron motivados por el deseo de eliminar el desarrollo de las bombas de fisión y fusión sin mutilar por completo la ciencia nuclear.

—Es una bomba A—dijo el programador—. ¿Eso es todo? No tiene nada que ver con el tema del anuncio, pero seguramente no fue esa incongruencia lo que le llamó la atención.—Sentía una amarga decepción—. No es más que un reclamo...

—¿Reclamo? Por el gran Cronos, ejecutor, mire la fecha del número de la revista.

Señaló la cabecera de la página. Decía 28 de marzo de 1932. La página era la 30.

—¡Mil novecientos treinta y dos!—dijo Manfield—. Y la primera explosión de una bomba A tuvo lugar en julio de 1945.

—¿Está seguro?

—Conozco esta era. ¡Estoy absolutamente seguro! Hasta julio de 1945 ningún ser humano vio jamás la nube en forma de hongo de una

explosión nuclear. Nadie hubiese podido reproducirla de un modo tan preciso, excepto...

—No es más que un dibujo—dijo Twissell, intentando conservar la serenidad—. Podría parecerse a la nube en forma de hongo por pura casualidad.

—¿Podría? ¿Quiere usted mirar otra vez el texto?—Los dedos de Manfield fueron golpeando las líneas una detrás de otra—. Algo-que-Todos-recomiendan-Objetivamente-en-el-Mercado-Oficial. Las iniciales en mayúsculas forman la palabra ATOMO. ¿Coincidencia? Ni por casualidad. ¡No ve cómo cumple sus propias condiciones? Es algo que atrajo al instante mi atención. Habría atraído la de cualquier programador, pero en particular la mía, porque yo vería con una sola mirada que era un anuncio imposible que nadie hubiese puesto allí salvo Cooper. Y al mismo tiempo carecería de todo significado excepto el visual, no habría tenido ningún sentido para cualquier hombre de ese tiempo. Es Cooper, ejecutor Twissell. Nos está llamando, y voy a buscarle. Tenemos la fecha. Tenemos la dirección del correo. Y estoy suficientemente familiarizado con ese período como para actuar con seguridad en él.

Twissell se encontraba muy débil. Se apoyó con agradecimiento en el brazo de Manfield cuando éste lo extendió de pronto hacia él.

—Tenga cuidado, programador.

—Está bien—dijo Twissell—. Vamos.

Los acontecimientos del día siguiente se salieron de lo normal en varios aspectos. Nadie salvo Twissell (y un Twissell actuando con la más absoluta arbitrariedad) hubiese podido saltarse de tal modo los "canales", introduciendo enormes hileras de cálculos a toda prisa en las máquinas de computación, ignorando de tal modo las horribles quejas de los operadores que veían trastornado su trabajo.

Nadie salvo Twissell podría haberlo hecho, y nadie salvo Twissell habría podido tener lista su cabina, con nuevas coordenadas, en un plazo de veinticuatro horas.

Para colmo de todo, Twissell ignoró por completo la costumbre establecida en la eternidad de mantenerse siempre a nivel con el fisiotiempo.

Se lo dijo, jadeante, a un Manfield ya ataviado con el traje adecuado a la era que iba a visitar.

—No he tenido en consideración el lapso de fisiotiempo. He desconectado el radiocrón.

—Muy bien—dijo con calma Manfield.

Se ajustó los incómodos pantalones de su atuendo del siglo 225, que había decidido se aproximaban lo suficiente a la versión del siglo 20;10 bastante, al menos, como para hacer innecesario confeccionar un nuevo traje, lo cual hubiese precisado demasiado tiempo.

—No me importa si necesita un día, un mes o diez años para encontrarle—prosiguió Twissell . No me importa el tiempo que él haya estado ahí. Volverá al mismo instante en que se marchó, una

186

l

187

vez que active el campo temporal en ese extremo. No puedo esperar a que pase el fisiotiempo. ¿Lo entiende?

Manfield asintió. Significaba que si la cacería le ocupaba el improbable espacio de tiempo de diez años, volvería a la eternidad con diez años de envejecimiento respecto a los demás eternos. Psicológicamente, sería desagradable. Pero asintió.

Se abrochó un último botón y dijo:

—Estoy listo.

Y así, ocurrió que cuando Twissell, su corazón latiendo enloquecido y sus sudorosas manos casi incapaces de hacer lo que era necesario, consiguió finalmente mover la palanca, la cabina nunca llegó a moverse.

O, al menos, se fue y regresó al mismo instante, con lo que no hubo ninguna pausa aparente en su existencia.

De hecho, el único cambio que tuvo lugar fue que en la cabina, al lado de un repentinamente agotado Manfield, estaba un enflaquecido pero no mucho más viejo Brinsley Sheridan Cooper.

Y entonces Twissell hizo algo totalmente fuera de lo normal. Algo que estaba por completo fuera de su carácter. Ante los ojos asombrados de los otros dos, de pronto e inesperadamente, se echó a llorar de puro alivio.

Cooper permaneció algo más de un fisiodía en la eternidad. Durante todas esas horas siguió estando un poco excitado, sin ser él mismo, parecía que sin acostumbrarse todavía al hecho de que, finalmente, había vuelto a la eternidad.

—Si supiesen cómo me sentí cuando conseguí un periódico por primera vez—no dejaba de repetir—. Quería saber el día exacto, ya entienden. ¡Sólo que resultó ser el año 1931! Pensé que me estaba volviendo loco.

—Pero, ¿qué le hizo pensar en el anuncio, muchacho?—preguntó Twissell—. Fue genial.

—Tardó meses en ocurrirme. Si supiesen lo que intenté al principio... Intenté esculpir piedras, sólo que no sabía cómo hacerlo sin un tubo perforador McIlvain. Luego intenté imaginar un modo de introducirme en los archivos. Durante dos meses traté de conseguir un trabajo en una de las imprentas del gobierno, pero había algo llamado Servicio Civil y yo carecía de certificado de nacimiento. Además, estaba en medio de una depresión económica. Mis provisiones de oro en metálico se estaban agotando.

—Si hubiese aterrizado dos años más tarde—dijo secamente Manfield—, su oro no le habría servido de nada. Hubo un período en que la posesión de oro fue ilegal—prosiguió, explicándoselo a Twissell.

—De cualquier modo—dijo Cooper—, finalmente pensé en la revista con la que pasamos tanto tiempo, instructor Manfield. Al principio pensé poner en ella algo en dialecto del milenio sesenta para el ejecutor Twissell, ya sabe. Pero no habrían aceptado un anuncio que no pudiesen entender, así que volví a intentarlo simplemente en inglés primitivo. Sabía que el instructor Manfield lo entendería. Y entonces, el mismo día en que apareció, el telegrama del instructor Manfield estaba en la oficina de correos. ¡Uf!

—Mañana tendrá que volver a abandonar la eternidad—dijo Twissell—. Lo entiende, ¿verdad, jovencito? Sigue habiendo un trabajo que hacer.

—Está bien—dijo Cooper, exultante—. Después de todo lo que he pasado, eso no es nada. Cuando descubrí que no había ningún campo temporal que reactivar para el regreso, supe que había ocurrido un accidente. Me sentí tan perdido. En el 24, al menos, sé que volveré. Por el gran Cronos, me siento tan seguro de mí mismo ahora que si no encuentro de inmediato a Harvey Mallon, tengo medio pensado asumir sencillamente su nombre y darle yo mismo a la Tierra el campo temporal. Lo haré, a poco que pueda.

Y, por encima de su cabeza, los ojos de Twissell se encontraron con los de Manfield.

Estaban sentados juntos, los dos. De nuevo solos.

—Quizá, después de todo, debía ocurrir así—dijo Twissell, medio preguntándose a sí mismo.

—¿Cómo es eso?—dijo Manfield.

—Ya oyó lo que dijo sobre tomar el lugar de Mallon. Y sabe que lo hará. Pero, ¿habría estado dispuesto a hacerlo, habría tenido la habilidad para hacerlo si, primero, no hubiese ido al 20? ¿Se habría completado el ciclo?

“Va a borrar su error—pensó malhumorado Manfield—. Va a convencerse él mismo de que no fue un error de ningún modo; que todo fue sólo otro golpe de genio de Twissell.”

—¿Cómo vamos a poder saberlo?—dijo en voz alta.

—Lo noto. Hasta un programador puede tener intuiciones de vez en cuando, supongo. Estoy convencido de que Cooper pertenece al 20 al igual que al 24. La realidad primitiva es inmutable.

—No pensaba así hace una semana. Dijo que el cambio había tenido lugar dentro de la eternidad, no en la era primitiva.

Twissell dejó de lado eso con un gesto irritado de sus manos.

Manfield insistió.

—Y, de todos modos, ¿cómo podemos saberlo? Suponga que Cooper ha cambiado la realidad. Habríamos cambiado, y nuestros recuerdos también.

Twissell resopló.

—Le digo que nada ha cambiado.

—Pero, ¿por qué no? Hubo el primer intento de Cooper de poner un anuncio en milenio sesenta. ¿Acaso eso no habría tensado la textura de la realidad? Luego el anuncio que sí puso. ¿Cuántas otras personas pueden haberse tropezado con él entre el 20 y el 24 y

188

1

189

preguntarse qué estaba haciendo una nube en forma de hongo en una revista de 1932? Suponga que se hicieron preguntas acerca de las letras iniciales que deletreaba la palabra primitiva para átomo. Cooper estuvo allí casi seis meses. Yo estuve allí casi dos días. En ese tiempo. ..

—El hecho es—dijo Twissell agudamente—, que no ha tenido lugar cambio alguno. ¿Por qué insiste en lo contrario?

Los hombros de Manfield se abatieron. No podía engañarse a sí mismo. Si el ego de Twissell estaba encadenado al hecho de que no se había producido cambio alguno, al suyo le preocupaba de un modo igualmente íntimo e insistente el que se hubiese producido.

—Tenía la esperanza.. —dijo, y se detuvo.

—¿Y bien?

{~reí que pudo haber algún pequeño cambio. Un microcambio, por decirlo así, cuyas ondulaciones fuesen expandiéndose a lo largo de todo el flujo del tiempo.

—Los cambios cuánticos son grandes—dijo Twissell.

—Los cambios cuánticos normales, sí. Pero, ¿quién conoce la matemática de la realidad en los siglos primitivos? Sin la presencia de la eternidad, el caso es distinto. ¿Por qué no puede existir la posibilidad de microcambios?

—¿Adónde quiere ir a parar?—preguntó Twissell.

—¿Por qué no podría existir una nueva realidad en la que mi hijo esté sano, o una en la que no existe? Cualquier cosa, menos la actual.

—No hay modo alguno de que pueda comprobarse eso—se apresuró a decir Twissell—. No debe seguir jugando con el tiempo. Ni yo tampoco. Ni yo tampoco. Hemos terminado, los dos.

Y por un instante a sus ojos volvió el horror al pensar nuevamente en cómo se había encontrado contemplando el abismo y, en él, el fin de toda la eternidad.

—Nunca intentaré verlo—susurró Manfield—. No tengo el valor para hacerlo.

Preocupado, se llevó un cigarrillo a los labios y lo encendió, alzando luego la vista sorprendido ante el agudo grito de Twissell.

—Líbrese de esa basura venenosa, por el gran Cronos—dijo Twissell—. No puedo soportarla.

Manfield se apresuró a apagar el cigarrillo y, mentalmente, frunció el ceño sorprendido. Había ido muy lejos, reactivamente, al encender un cigarrillo en compañía del más conocido y fanático enemigo del tabaco de toda la eternidad.

Twissell arrugó la nariz ante el acre vapor que aún flotaba en el aire y dijo:

—Acostúmbrese a esa idea, Manfield—dijo—. No ha habido cambio alguno en la eternidad. Ninguno en absoluto. Acepte mi palabra de ello.

Y contempló lleno de repulsión los restos del cigarrillo.

## Comentario final

Me he limitado a presentar la novela corta porque, al igual que antes, es poco práctico intentar presentar igualmente la novela. Si les interesa una comparación directa y no tienen un ejemplar de la novela, esta editorial la ha publicado en esta misma colección. Mientras tanto, diré algunas cosas de mi cosecha.

En el caso de "Envejece conmigo", había tenido que añadir comparativamente poco para convertirla en Un guijarro en el cielo. Esto significaba que podía usar el argumento tal y como estaba y, sencillamente, reorganizarlo y entrar con más detalle en algunas cosas.

No era así en el caso de El fin de la eternidad (novela corta), donde tenía que triplicar la longitud. Allí tuve que tomarme muchas más libertades revisando el argumento.

Por supuesto, hice algunos pequeños cambios. Para empezar, cambié el nombre de mi personaje Anders Horemme al de Andrew Harlan. ¿Por qué? No estoy seguro.

Algunas personas, después de leer la novela, me han sugerido que usé el nombre de Harlan como una referencia a Harlan Ellison. Es posible, pues había conocido a Harlan Ellison en septiembre de 1953 y, naturalmente, me produjo una honda impresión, como se la produce a todo el mundo.

No me habría sorprendido, pues, si en la novela corta original hubiese bautizado al personaje como Andrew Harlan, ya que lo hice dos meses después del encuentro. Sin embargo, no lo hice; le llamé Anders Horemme. Entonces, ¿por qué tuve que hacer el cambio en la novela?

Esto es lo que a mí me parece razonable. Horemme había sido un personaje más bien menor en la novela corta, pero en la novela lo convertí en el héroe, y Horemme me resulta un nombre particularmente feo. Era adecuado para un desagradable personaje menor, pero no para el héroe. Cuando hago cambios de nombre, tiendo a hacerlos todo lo pequeños que puedo (no sé la razón), así que cambié Anders por Andrew y Horemme por Harlan.

También Manfield, un personaje importante en la novela corta, desapareció en la novela o, más bien, su papel fue combinado con el de Twissell. En cuanto a Noys, su papel fue considerablemente aumentado y la historia de amor se hizo mucho más central en el desarrollo de la historia de lo que había sido en la novela corta.

Cuando leí las dos versiones para la preparación de este libro, lo que realmente me asombró es que, sencillamente, no diluí la novela corta.

Después de todo, si la novela corta era en realidad una novela deshidratada, podríame haber limitado a añadirle agua, por decirlo así. . . , alargar las descripciones, extender más el diálogo y atenerme al argumento.

No lo hice. Con la alabanza de Bradbury aún en los oídos, y hallándome repentinamente con 50.000 palabras más para jugar con ellas, añadí incidentes y complicaciones e hice la novela tan densa como lo había sido la novela corta.

190

1

191

En particular, estaba el asunto del final. Al releer la novela corta para este libro me asombró lo débil que era el final que yo había creado. Al menos, me parecía débil ahora en comparación a lo que había hecho como final de la novela. Después de todo, había llamado al relato "El fin de la eternidad" y, con todo, no había tenido el coraje (o puede que el corazón) de acabar finalmente con la eternidad en la novela corta.

En la novela me decidí a realizar un trabajo mejor, puede que a causa de que (siendo ahora una novela) quería conectarla de algún modo con anteriores libros míos que trataban de la ascensión y caída del Imperio Galáctico. (Tengo la debilidad de pretender que mis novelas de ciencia ficción sean consistentes entre sí, y eso influye mi escritura hasta el día de hoy.)

En cualquier caso, el final de la novela es mucho más complejo y dramático que el de la novela corta. En la novela intenté (como suelo hacer en mis novelas) revelar varias sorpresas, una después de la otra, hasta que tengo la impresión de que el lector cree haber llegado al final. . . , y entonces enseñar otra sorpresa que he mantenido en reserva. Es muy divertido hacerlo, pero no es fácil.

En el caso de El fin de la eternidad como novela, la densidad no trabajó del todo a favor suyo. Le enseñé la novela a Horace Cold, por si se daba el caso de que le pareciera que había mejorado el relato y, por lo tanto, estuviese dispuesto a publicarlo como serial antes de su edición. (Una serialización así, en esos días, significaba para el autor, siempre pobre, unos 1.500 dólares adicionales.) Gold, sin embargo, rechazó la novela tan rápida y decididamente como había rechazado la novela corta. Tampoco Campbell la aceptó para Astounding. Doubleday intentó ofrecerla para su serialización a algunas de las revistas no especializadas y no logró nada en absoluto (lo que no es sorprendente en 1955, cuando la ciencia ficción era virtualmente una aberración fuera de las pocas revistas especializadas consagradas a ella).

El resultado fue que "El fin de la eternidad" jamás vio ningún tipo de publicación en revista. Un guijarro en el cielo apareció también en forma de libro sin ninguna publicación en revista, pero después de su aparición como libro apareció dos veces de forma ligeramente conden-



sada. Apareció en el primer número de Two Complete Science-Adventure Books y en Galaxy Science-Fiction Novels. “El fin de la eternidad” no experimentó jamás tal “segunda serialización”.

Y algunos de los críticos tampoco fueron particularmente amables con ella. Sus objeciones solían apoyarse en su densidad. Demon Knight se refirió a la naturaleza confusa de los capítulos iniciales, por ejemplo, de un modo bastante cáustico.

Incluso Anthony Boucher, entonces editor de Fantasy and Science Fiction, que era un hombre de rara amabilidad y un buen amigo mío, pensó que era demasiado complicada.

Recuerdo que los dos nos hallábamos en la Convención Mundial de Ciencia Ficción en Cleveland, en 1955 (en la cual fui el invitado de honor y el maestro de ceremonias). Nos estaba entrevistando alguien que me preguntó cuál era mi libro de cienciaficción más reciente.

—Una novela titulada The End of Eternity—contesté yo.

Me metió el micrófono debajo de la nariz y dijo:

—¿Puede darnos una idea del argumento en unas cuantas frases?

Tartamudeé y empecé a enredarme, y Tony Boucher lanzó una risita y dijo:

—Con ese libro, ni siquiera tú puedes hacerlo, Isaac.

—Sí que puedo, Tony—dije—. Sencillamente, me cogió de sorpresa. Vuelva a hacerme la pregunta, señor.

Así lo hizo el entrevistador y yo le solté de un tirón varias frases muy claras esbozando el argumento.

Sus ventas fueron comparables a las de mis otras novelas de los años cincuenta. Ha aparecido en formato de bolsillo varias veces y ha sido traducida a catorce idiomas que yo sepa (incluyendo el ruso y el hebreo), así que no la considero un fracaso.

Con todo, considero que ha sido menos apreciada de lo que debería haberlo sido, y tengo la impresión de que le hacen sombra injustamente mis novelas de la Fundación y de los Robots. Algún día, puede que cuando ya esté muerto, quizá consiga el aprecio que se merece.

Antes de que abandone el mundo de mis novelas, quiero mencionar brevemente el caso de otra novela corta, aún más corta que la versión en novela corta de “El fin de la eternidad”, la cual se convirtió hasta ser una novela un poco más larga que la versión novela de El fin de la eternidad.

En una convención de cienciaficción local, el 15 de enero de 1971, alguien encima del escenario, buscando bajo presión un ejemplo de un oscuro isótopo, se refirió al "plutonio-186". Me divirtió porque no existe nada que se llame plutonio-186, y no puede existir.

Decidí, por lo tanto, escribir un relato corto sobre el tema del plutonio-186 y someterlo para su inclusión en una antología de originales que iba a ser editada por la persona que hizo tal observación, y publicada por Doubleday.

Desgraciadamente, la historia me superó y, a las 20.000 palabras, probó que era una novela corta. Temía que ahora fuese demasiado larga para la antología y, por lo tanto, consulté con Lawrence P. Ashmead sobre ese punto. Era mi editor en Doubleday en esos momentos y él era también quien iba a manejar la antología. Larry leyó mi historia y dijo que no la quería en la antología; quería que sacase de eUa una novela.

Así lo hice, pero no toqué en absoluto la novela corta..., ni una palabra. La conservé como al inicio, y añadí dos novelas cortas más que continuaban la historia. Todas juntas, las tres formaban una novela de 90.000 palabras, *The Gods Themselves* (Doubleday, 1972).

En ese caso no hay "cuento paralelo", pues la novela corta a partir de la cual creció está exactamente ahí, en el libro, como la primera de sus tres partes.

13. Cuentos paralelos  
Creencia  
(Primera versión)

Prólogo

¿Qué decir de aquellos relatos míos que empezaron como relatos o novelas cortas, y que fueron publicados como tales en las revistas pero sólo después de revisiones tan amplias que mi historia original podría ser calificada como un "Asimov alternativo"?

No hay muchos casos, pero echemos un vistazo y veamos.

Durante mis primeros años como escritor de ciencia ficción, escribí nueve relatos que nunca vendí a nadie y que quedaron tan desamparados que apenas nadie se atrevió a susurrar una palabra hablando de revisión. Fueron relatos simplemente malogrados. Tales relatos son, por orden cronológico:

Cosmic Corkscrew (1938)  
This Irrational Planet (1938)  
Paths of Destiny (1938)

Knossos in Its Glory (1938)  
The Decline and Fall (1939)  
Life Before Birth (1939)  
The Brothers (1939)  
Oak (1940)  
Masks (1941)

Podría tener la tentación de incluir esos relatos como “alternativos” a mi obra publicada, y como curiosidades históricas o errores de cálculo de un escritor joven, ante los que mis lectores podrían reír

194

indulgentemente. Afortunadamente, me resulta fácil resistirme a esa tentación. Los manuscritos ya no existen.

“Masks” fue el relato vigésimo noveno que escribí, de modo que si nueve de los relatos escritos hasta entonces fueron fracasos totales, los otros veinte, que logré vender, configuran un índice de fracasos del treinta por ciento, incluso en mis años mozos. En algunas ocasiones, sólo después de considerables esfuerzos lograba vender aquellos primeros relatos, pero la mayoría de ellos fueron publicados (para bien o para mal) tal y como los había escrito, de modo que en tales casos no existe texto . al-erna-ivo”.

Hubo, sin embargo, una excepción. En marzo de 1939 escribí un relato htulado “Pilgrimage”. A Campbell no le gus-ó, pero se mostró dispuesto a perrnitirme una revisión para eliminar aquello que él desaprobaba. Finalmente, lo revisé tres veces, entregando a Campbell cada una de las nuevas versiones... que él rechazó cada vez. El cuarto rechazofueel último.

Seguí revisando el relato, con una determinación valedera de mejor causa, y el relato se publicófinalmente en la primavera de 1942 en Planet Stories, después de un total de siete (I) revisiones. Planet Stories lo publicó bajo el terrible título de “Black Friar of the Flame”, y para entonces yo ya lo odiaba. Decidí entonces que nunca más volvería a revisar un relato más de una vez..., y nunca lo hice. Sin embargo, no existe ninguna de las primeras versiones de “Pilgrimage”, así que no puedo incluirlas aquí.. ., que es lo mejor que puede haber pasado.

“Masks”, el noveno y último relato que no pude vender, fue escrito a principios de febrero de 1941. Aquel mismo mes escribí otros dos relatos que fueron publicados en revistas menores. Después, en marzo de 1941 escribí “Nightfall”, que fue mi trigésimo segundo relato.

No me explico cómo pude escribir “Nightfall~ después de haber escrito treinta Y un relatos de una calidad tan variable que iba desde lo bueno hasta ló más horrible. Desde luego, yo no sitúo “Nightfall” en un lugar tan elevado como parecen hacerlo la mayoría de lectores de

ciencia ficción, pero no cabe la menor duda de que fue considerado casi inmediatamente como un "clásico". Incluso ha sido votado cierto número de veces como el mejor relato o novela corta de ciencia ficción escrito jamás. (Yo desapruebo enérgicamente tal estimación. Creo que yo mismo he escrito una serie de relatos mejores que "Nightfall". Y hasta es muy posible que otros escritores también.)

En cualquier caso, después de "Nightfall" ya no volví a escribir ninguna otra historia de ciencia ficción que no pudiera vender, habitualmente al primer intento. Armado con una creciente confianza en mí mismo, fui adoptando una actitud cada vez menos sumisa ante la revisión drástica. Siempre se me podía convencer para que hiciera cambios triviales que implicaban la introducción o eliminación de frases, e incluso de párrafos enteros, pero raramente me mostraba dispuesto a algo más que eso.

!

Claro que "raramente" no es "nunca", y siempre hubo excepciones. En las excepciones que se produjeron se hallaban implicados habitualmente o bien Horace Gold o John CampbeU. Ambos eran excelentes escritores de ciencia ficción por derecho propio, así como personas insufribles que nunca quedaban satisfechas con ningún relato que no estuviera exaaamente tal y como ellos mismos lo habrían escrito. La única diferencia entre ambos era que CampbeU se mostraba genial y agradable, mientras que Gold era arisco y a veces abrasivo.

Habitualmente, mis roces con Gold eran traumáticos. En 1950, cuando estaba escribiendo *The Stars, Like Dust*, ~ mi segunda novela, insistió en que introdujera una pequeña trama hablando de la Constitución de los Estados Unidos. Me opuse tenazmente, argumentando que sería inapropiado introducir algo relacionado con una pequeña parte del planeta en una novela de ámbito galáctico. Gold siguió insistiendo, y yo terminé por insertarlo en forma de párrafos dispersos que podrían ser eliminados fácilmente sin danar para nada la novela. Cuando le entregué el manuscrito a Bradbury, le pedí disculpas por aquellos párrafos repugnantes y le dije que estaba dispuesto a eliminarlos. Pero cuando Bradbury leyó la novela quiso mantenerlos donde estaban. No pueden imaginarse lo fn-strado que me sentí..., pero el caso es que esos párrafos han seguido en su lugar desde entonces, y, en consecuencia, *The Stars, Like Dust* sigue siendo mi novela menos favorita.

Más adelante, cuando Gold serializó *The Stars, Like Dust*, en los números de *Galaxy* correspondientes a enero, febrero y marzo de 1951, aún empeoró las cosas al titularla *Tyrann*. En mi opinión, tenía el peor de los gustos en cuanto a títulos se refiere.

En junio de 1952 le vendí a Gold ~ *The Martian Way*". \* \* Me pidió numerosas revisiones, y yo ladré. Finalmente, redujo sus exigencias a

una sola: en la historia sólo había personajes masculinos, y me pidió que introdujera a una mujer, cualquier mujer.

Yo no comprendía por qué, puesto que el argumento no exigía la presencia de ningún personaje femenino, y yo no me sentía a gusto con ellas. (Quiero decir como personajes de un relato; en la vida real me siento muy a gusto con ellas, no se preocupen.) Pero me mostré de acuerdo porque no deseaba parecer irrazonable. Por lo tanto, revisé una sección o dos del relato e introduje como personaje femenino a la regañona esposa de uno de los hombres.

Eso no era lo que Gold deseaba, y yo lo sabía muy bien, claro. Pero yo había cumplido. Había introducido a un personaje femenino. Gold se vio obligado a aceptar el relato tal y como lo había revisado. Fue publicado en noviembre de 1952 en el número de Galaxy, y mi nombre apareció mal impreso en la portada. No creo que ésa fuera la forma que tuvo Gold de vengarse de mí, pero les aseguro que en aquellos momentos ese pensamiento cruzó por mi cabeza.

il En la arena estelar, número 45 de esta colección.

\* ~ A lo marciano, número 61 de esta colección.

No tengo la versión original de "The Martian Way". Eran tiempos anteriores a la aparición de Godieb y la "bóveda de Isaac", y me atrevería a asegurar que el original fue quemado en la barbacoa. Pero no importa; la diferencia existente entre la primera versión y la que finalmente se publicó no era lo bastante importante como para justificar la inclusión de la primera en este volumen.

Otro incidente peculiar ocurrió con mi relato "Hostess", que le vendí a Gold en diciembre de 1950. Al parecer, Theodore Sturgeon le había vendido anteriormente un relato cuyo tema central era igual que el mío, aunque ambos eran por lo demás totalmente diferentes. Gold insistió en que introdujera algunos cambios menores en la parte final, para disminuir así el parecido totalmente coincidente. Lo hice así no sin protestar vehementemente, porque los cambios debilitarían notablemente mi relato, pero no pude convencer a Gold en esta cuestión.

"Hostess" se publicó en el número de Galaxy de mayo de 1951, pero cuando lo incluí en mi recopilación *Nightfall and Other Stories* (Doubleday, 1969), me aseguré de que apareciera en mi versión original. Así pues, el original terminó por ser publicado, de modo que no hay motivo para incluirlo aquí.

Y, a propósito, mi heroína en "Hostess" se llamaba originalmente Vera Smollett. Gold se negó resueltamente a aceptar dicho nombre porque la redactora jefe de la revista (un puesto puramente nominal por lo que sé) se llamaba en aquella época Vera Cerutti. Me sentí intrigado en cuanto a qué diferencia representaba eso, puesto que mi

Vera era un personaje totalmente simpático, pero supongo que Gold tuvo sus razones, de modo que cambié el nombre de Vera por el de Rose. (Algo similar sólo me ocurrió en otra ocasión, cuando a uno de los dos personajes de un relato de misterio, le puse, sin yo saberlo, el mismo nombre que el de la esposa ya fallecida del editor, quien me pidió que cambiara el nombre. Me apresuré a complacerle.)

En una ocasión, y sólo en una, se resolvió totalmente a favor de Gold aquella relación difícil que existió entre ambos.

En el otoño de 1957 escribí un relato titulado "The Ugly Little Boy". Se lo envié a Larry Shaw, de Infinity Science Fiction, quien me había pedido un relato. Lo aceptó inmediatamente, pero la revista ya estaba en las últimas (sin que yo lo supiera), y el 5 de febrero de 1958 admitió que no tenía dinero para pagarme y me devolvió el relato.

Aquello fue para mí un acontecimiento desconcertante, pues tenía la intención de convertir "The Ugly Little Boy" en el relato final de una nueva antología que iba a titularse Nine Tomorrows. ~ Le había presentado el relato a Bradbury, y él se mostró dubitativo. Tuve que convencerle para que lo aceptara tal y como estaba. . . , y fue aquélla la primera vez que utilicé con él mi elocuencia para tal propósito. Ahora, si no encontraba rápidamente una revista que publicara el relato, Bradbury podría reconsiderar su propósito de incluirlo en la antología.

Lo envié a Astounding y Campbell me lo devolvió el 11 de marzo,

Nueve futuros, número 96 de esta colección.

lg7

con bastante firmeza. Ni siquiera me pidió que lo revisara. D~ modo que, de mala gana, intenté colocárselo a Horace Gold, preparándome para el duro rechazo habitual.

Pero no lo rechazó. El 20 de marzo hablamos por teléfono y me dijo que lo aceptaría si estaba dispuesto a hacer algunas revisiones. Se mostró pesados por ello, porque por aquel entonces ya sabía que una petición de revisión encontraría la más dura resistencia por mi parte, y porque quizá tendría que esperar largo tiempo antes de que volviera a intentarlo. Me bosquejó tres cuestiones que deseaba introducir y me dijo que se daría por satisfecho si yo lo adaptaba para cumplir con una de ellas..., sólo una de las tres.

Pero mientras él hablaba me di cuenta de que no había planteado bien el relato. No era extraño que Bradbury se hubiera mostrado reacio y Campbell totalmente negativo. La crítica de C~old me permitió verlo con claridad.

—No te preocupes, Horace ~e dije por teléfono—. Volveré a escribir todo el condenado relato.

Y lo hice. Entre el 24 de marzo y el 1 de abril de 1958 escribí una versión completamente nueva de la historia, y tanto Gold como Bradbury la aceptaron de buena gana. Apareció publicada en Galaxy de septiembre de 1958, bajo el anodino título de "Lastborn". Sin embargo, quedó incluida en Nine Tomorrows (Doubleday, 1959), con su título original y más sensible de "The Ugly Little Boy-s".

Yo tengo la versión original de "The Ugly Little Boy", y lo lamento amargamente. Si la tuviera, la habría incluido aquí, junto con la versión publicada, y ustedes podrían haber visto con sus propios ojos cómo un escritor experimentado puede perder el tren y necesitar algún correctivo exterior. Pero, ¿qué le vamos a hacer.t... Una vez terminada la segunda versión, infinitamente superior, y sin un Howard Cotlieb para decirme que debía guardarlo todo, probablemente convertí la primera versión en confetti.

No obstante, puedo presentarles un relato, que no tiene nada que ver con Gold, sino con Campbell. En diciembre de 1952, Campbell me sugirió que escribiera un relato sobre un hombre que descubrió que podía levitar, pero que no encontraba a nadie que le tomara en serio. Quería titularlo "Upsy-Daisy". En aquellos tiempos, Campbell se sentía cada vez más interesado por las zonas marginales de la ciencia, y nunca perdía una oportunidad para conseguir que los autores escribieran historias sobre telepatía, telequinesis, clarividencia y otras "aptitudes marginales".

Sin embargo, llevé cuidado para que no fuera una historia marginal. Antes bien, intenté abordar el tema de la levitación desde el estricto punto de vista de la física, aun dándome cuenta de que ello podía significar un rechazo por parte de Campbell. Pero no sucedió así. Campbell opuso alguna objeción al final y me convenció para que la retocara un poco.

En consecuencia, volví a escribir el tercio final del relato, que él

198

aceptó y publicó en el número de Astounding de octubre de 1953. Debido a esta revisión, nunca me sentí totalmente contento con "Creencia". No obstante, permití que la versión publicada apareciera en diversas antologías, incluyéndola en dos de las mías: Through a Glass, Clearly (New English Library, 1967) y The Winds of Change and Other Stories~ (Doubleday, 1983).

Yo sigo conservando, no obstante, la versión original que ahora, por primera vez, verá la luz en el presente volumen.

Creencia

—¿Has soñado alguna vez que estabas volando?—preguntó el doctor Roger Toomey a su esposa.

Jane Toomey alzó la vista.

—¡Por supuesto!

Sus rápidos dedos no dejaron de manipular ágilmente el hilo del que estaba surgiendo un intrincado e inútil tapetito para la mesa. El aparato de televisión emitía un apagado murrullo, y las imágenes de la pantalla apenas atraían la atención.

—Todo el mundo sueña con volar en un momento u otro—dijo Roger—. Es algo universal. Yo lo he hecho muchas veces. Eso es lo que me preocupa.

—Lamento decírtelo, pero no sé adónde quieres ir a parar, querido—dijo Jane.

Fue contando puntadas en voz baja.

—Cuando piensas un poco en ello—prosiguió él—, hace que te maravilles. No es realmente en volar en lo que sueñas. No tienes alas; yo al menos no las he tenido nunca. No hay ningún esfuerzo implicado en ello. Simplemente estás flotando. Eso es. Flotando.

—Cuando vuelo—dijo Jane—, no recuerdo ninguno de los detalles. Excepto en una ocasión en que aterricé en el tejado del ayuntamiento y no llevaba nada de ropa. De todos modos, en el sueño nadie parece prestarte atención cuando sueñas que estás desnuda. ¿Nunca te has dado cuenta de eso? Te mueres de vergüenza, pero la gente simplemente pasa por tu lado sin mirarte.

Tiró del hilo, y el ovillo cayó de la cesta y rodó por el suelo. No le prestó atención.

Roger agitó lentamente la cabeza. Su rostro estaba pálido y absorto en la duda. Parecía todo él ángulos, con sus altos pómulos, su larga y afilada nariz y las entradas en la frente, que se iban haciendo más pronunciadas con los años. Tenía treinta y cinco.

—¿No te has parado nunca a pensar en lo que te hace soñar que estás flotando?—preguntó.

—Los vientos del cambio, publicado por esta editorial en su colección "Gran Super Ficción".

—No, nunca.

Jane Toomey era rubia y menuda. Su belleza era del tipo frágil, de esas que no se imponen a uno sino que lo van ganando inconscien-



temente. Poseía los brillantes ojos azules y las sonrosadas mejillas de una muñeca de porcelana. Tenía treinta años.

—Muchos sueños son sólo la interpretación que la mente realiza de un estímulo imperfectamente comprendido—dijo Roger—. Los estímulos se ven forzados a un contexto razonable en una fracción de segundo.

—¿De qué estás hablando, querido?

—Mira, en una ocasión soñé que me hallaba en un hotel, asistiendo a una convención de física. Estaba con viejos amigos. Todo parecía absolutamente normal. De pronto, hubo una confusión de gritos, y sin ninguna razón me vi presa del pánico. Eché a correr hacia la puerta, pero no quiso abrirse. Uno a uno, mis amigos desaparecieron. No tuvieron problemas para abandonar la habitación, pero yo no pude ver cómo lo habían conseguido. Les grité, y me ignoraron.

“En mi interior empezó a crecer la seguridad de que el hotel era pasto de las llamas. No olía a humo. Simplemente, sabía que había un incendio. Eché a correr hacia la ventana, y pude ver una escalera de incendios en el exterior del edificio. Corrí a todas las ventanas pero ninguna conducía a la escalera de incendios. Ahora me hallaba completamente solo en la habitación. Me asomé a la ventana, llamando desesperadamente. Nadie me oyó.

“Entonces llegaron los coches de bomberos, pequeñas manchas rojas atravesando las calles. Recuerdo eso claramente. Las sirenas de alarma resonaban fuertemente para despejar el tráfico. Podía oírlas, cada vez más fuertes, hasta que el sonido llegó a hender mi cabeza. Me desperté y, por supuesto, el despertador estaba sonando .

“Ahora bien, no pude haber soñado un sueño tan largo destinado a llegar al momento en que empezara a sonar la alarma del despertador, a fin de que ésta encajara perfectamente en la trama del sueño. Es mucho más razonable suponer que el sueño se inició en el momento en que la alarma empezó a sonar, y comprimí toda su sensación de duración en una fracción de segundo. Se trataba simplemente de un dispositivo de justificación de mi cerebro para explicar aquel repentino sonido que penetraba en el silencio.

Jane estaba frunciendo el ceño. Dejó a un lado su labor.

—;Roger! Te has comportado de un modo extraño desde que has vuelto de la universidad. No has cenado nada, y ahora esta ridícula conversación. Nunca te he visto tan morboso. Lo que necesitas es una dosis de bicarbonato.

—Necesito algo más que eso dijo él en voz baja—. Veamos, ¿cómo empieza un sueño de estar flotando?

—Si no te importa, cambiemos de tema.

Se levantó, y con dedos firmes subió el volumen del televisor. Un joven caballero de mejillas hundidas y una sentimental voz de tenor le manifestó, melodiosamente, su eterno amor.

Roger volvió a bajar la voz del aparato y se quedó de pie con la espalda cubriendo la pantalla.

—¡Levitación!—exclamó—. Eso es. Existe alguna forma en que los seres humanos pueden conseguir flotar. Tienen la capacidad para ello. Simplemente, se trata de que no saben cómo usar esa capacidad..., excepto cuando están durmiendo. Entonces, a veces se elevan sólo un poquito, una décima de milímetro quizá. No lo suficiente para que alguien se dé cuenta de ello aunque esté observando, pero sí para desencadenar la sensación adecuada, que desencadena un sueño en el que uno está flotando.

—Roger, estás delirando. Me gustaría que lo dejaras. De veras.

Él siguió adelante con su idea.

—A veces volvemos a bajar lentamente, y la sensación desaparece. Otras veces, el control de flotación termina bruscamente, y caemos, Jane, ¿nunca has soñado que estabas cayendo?

—Sí, por sup...

—Te hallas colgando en la fachada de un edificio, o sentado en el borde de una silla, y de repente te estás cayendo. Es la horrible sensación de la caída la que te despierta de golpe, jadeante, el corazón palpitando locamente. Has caído de verdad. No hay otra explicación.

La expresión de Jane, que había pasado lentamente del desconcierto a la preocupación, se disolvió de pronto en una tímida sonrisa.

—Roger, maldito diablo. ¡Me has engañado! ¡Eres un canalla!

—¿Qué?

—Oh, no. No sigas con eso. Sé exactamente lo que has estado haciendo. Has estado imaginando el argumento para una historia y estás probándolo conmigo. Debería conocerte lo suficiente como para no escucharte.

Roger pareció sorprendido, incluso un poco confuso. Avanzó

hasta el sillón de ella y se la quedó mirando.

—No, Jane.

—No veo por qué no. Has estado hablando acerca de escribir relatos desde que te conozco. Si realmente tienes un argumento, lo mejor que puedes hacer es escribirlo. No sirve de nada utilizarlo únicamente para asustarme.

Sus dedos empezaron a moverse de nuevo a medida que recuperaba el ánimo.

—Jane, esto no es ninguna historia.

—Pero ¿qué otra cosa. . . ?

—Cuando me desperté esta mañana, ¡caí al colchón!

Ella se lo quedó mirando, sin parpadear.

—Soñé que estaba volando—prosiguió él—. Fue un sueño claro y preciso. Recuerdo cada uno de sus minutos. Me hallaba tendido de espaldas cuando me desperté. Me sentía cómodo, y completamente feliz. Sólo me pregunté por qué el techo parecía tan extraño. Bostecé

200

1

201

y me despecé, y toqué el techo. Durante un minuto, simplemente me quedé mirando a mi brazo alzado, que se apoyaba con fuerza contra el techo.

“Entonces me di la vuelta. No moví un músculo, Jane. Simplemente me di la vuelta, todo de una pieza, porque deseaba hacerlo. Allí estaba, a metro y medio sobre la cama. Tú estabas en la cama, durmiendo. Me asusté. No sabía cómo bajar, pero en el instante mismo en que pensé en bajar, caí. Caí lentamente. Todo el proceso estaba bajo un perfecto control.

“Me quedé inmóvil en la cama durante quince minutos antes de atreverme a moverme. Luego me levanté, me lavé, me vestí, y me fui al trabajo.

Jane forzó una sonrisa.

—Querido, hubiera sido mejor que escribieras todo eso. Pero no te preocupes. Simplemente has estado trabajando demasiado.

—¡Por favor! No seas trivial.

—La gente trabaja demasiado, aunque tú digas que es trivial. Lo que ocurrió fue que soñaste quince minutos más de lo que creíste que

habías soñado.

—No era un sueño.

—Por supuesto que lo era. Soy incapaz de contar las veces que he soñado que me despertaba, me vestía y preparaba el desayuno; luego me despertaba realmente, y descubría que tenía que hacerlo todo de nuevo. Incluso he soñado que estaba soñando, si entiendes lo que quiero decir. Puede ser terriblemente confuso.

—Mira, Jane. He acudido a ti con un problema debido a que tú eres la única a la que siento que puedo acudir. Por favor, tómate en serio.

Los azules ojos de Jane se abrieron mucho.

—¡Querido! Te estoy tomando tan en serio como me es posible. Tú eres el profesor de física, no yo. Eres tú quien sabe de gravitación, no yo. ¿Me tomarías tú en serio si yo te dijera que me había encontrado rotando de pronto?

—No. Y eso es lo peor de todo. No quiero creer en ello, pero lo he vivido. No era un sueño, Jane. Intenté decirme a mí mismo que sí lo era. No tienes ni idea de cómo me he hablado a mí mismo de ello. Cuando iba hacia la universidad, estaba seguro de que era un sueño. ¿No has notado algo extraño en mí en el desayuno?

—Sí, ahora que pienso en ello, sí lo he notado.

—Bien, no era nada demasiado extraño, o lo hubieras mencionado. De todos modos, di perfectamente mi clase de las nueve. A las once, había olvidado todo el incidente. Entonces, justo antes de la comida, necesité un libro. Necesitaba..., bien, el título del libro no importa; simplemente lo necesitaba. Estaba en un estante de arriba, pero podía alcanzarlo. Jane...

Se detuvo.

—Bien, prosigue, Roger.

—Mira, ¿has intentado alguna vez alcanzar una cosa que está a

sólo un palmo de distancia? Te inclinas y automáticamente das un paso hacia ella mientras la coges. Es algo por completo involuntario. Se trata simplemente de la coordinación refleja de tu cuerpo.

—De acuerdo. ¿Y?

—Me tendí hacia el libro, y automáticamente di un paso hacia arriba. ¡En el aire, Jane! ¡En el mismo aire!

—Voy a llamar a Jim Sarle, Roger.

—No estoy enfermo, maldita sea.

—Creo que debería hablar contigo. Es un amigo. No será una visita médica. Simplemente hablará contigo.

El rostro de Roger enrojeció con repentina irritación.

—¿Y qué bien puede hacerme eso?

—Ya veremos. Ahora siéntate, Roger. Por favor.

Se dirigió al teléfono.

Él la detuvo sujetándola por la muñeca.

—No me crees.

—h, Roger.

—No me crees.

—Sí te creo. Claro que te creo. Simplemente quiero...

—Sí. Simplemente quieres que Jim Sarle hable conmigo. Así es como me crees. Te estoy diciendo la verdad, pero tú quieres que hable con un psiquiatra. Mira, no tienes que creer en mi palabra. Puedo probarlo. Te probaré que puedo 90tar.

—Te creo.

—No seas tonta. Sé cuándo me están engañando. ¡Quédate quieta! Ahora obsérvame.

Retrocedió hasta el centro de la habitación y, sin ningún preliminar, se alzó del suelo. Quedó suspendido, con las puntas de sus zapatos a quince centímetros de la alfombra.

Los ojos y la boca de Jane se convirtieron en tres redondas "O".

—Baja, Roger—musitó—. Por todos los cielos, baja.

Él descendió de nuevo, y sus pies tocaron el suelo sin el menor ruido.

—¿Lo has visto?

—h, Dios mío. Dios mío.

Se lo quedó mirando, entre asustada y trastornada.

En el aparato de televisión, una mujer pechugona cantaba con voz apagada que volar muy alto con algún tipo en el cielo era su idea de nada en absoluto.

Roger Toomey miró a la oscuridad del dormitorio.

—Jane—susurró.

—¿Qué?

—¿No duermes?

—No.

—Yo tampoco puedo dormir. Estoy sujetando constantemente la cabecera de la cama para asegurarme de que no. . . Ya sabes. Su mano avanzó inquieta y acarició el rostro de ella. Jane se echo

2-2

1

203

hacia atrás, apartando bruscamente la cabeza, como si la mano de él estuviera cargada de electricidad.

—Lo siento—dijo al cabo de un momento . Estoy un poco nerviosa.

—No te preocupes. De todos modos, voy a levantarme.

—¿Qué vas a hacer? Tienes que dormir.

—Bueno, no puedo, así que no tiene sentido que te mantenga despierta a ti también.

—uizá no ocurra nada. No tiene que ocurrir todas las noches. No había ocurrido antes de la noche pasada.

—¿Cómo lo sé? Quizá simplemente nunca subí tanto. Quizá nunca me desperté y me encontré en esa situación. De todos modos, ahora es distinto.

Se sentó en la cama, las piernas dobladas, los brazos abrazando sus rodillas, la cabeza apoyada en ellos. Echó la sábana a un lado y frotó su mejilla contra la suave franela del pijama.

—Ahora todo será inevitablemente distinto. Mi mente está llena de ello. Cuando me duerma, cuando no me mantenga conscientemente anclado abajo..., sé que ascenderé.

—No veo por qué. Eso debe representar un cierto esfuerzo.

—Ése es el detalle. No representa ningún esfuerzo.

—Pero estás luchando contra la gravedad, ¿no?

—Lo sé, pero pese a todo no representa ningún esfuerzo. Mira, Jane, si al menos pudiera comprenderlo, no importaría tanto.

Bajó las piernas de la cama y se puso en pie.

—No quiero hablar de ello.

—Yo tampoco—murmuró su esposa.

Se echó a llorar, luchando contra los sollozos y convirtiéndolos en estrangulados gemidos, que sonaban mucl-o peor.

—Lo siento, Jane ~iijo Roger—. Te estoy excitando demasiado.

—No, no es eso. Pero no me toques. Simplemente..., simplemente déjame sola.

Roger dio unos pasos inseguros, apartándose de la cama.

—¿Adónde vas?—preguntó ella.

—Al sofá del estudio. ¿Puedes ayudarme?

—¿Cómo?

—Quiero que me ates.

—¿Atarte?

—Con un par de cuerdas. No muy apretadas, de modo que pueda darme la vuelta si quiero. ¿Te importa?

Los pies desnudos de Jane estaban buscando ya sus zapatillas en el suelo, al lado de su cama.

—De acuerdo—dijo con un suspiro.

Roger Toomey se sentó en el pequeño cubículo que pasaba por ser su despacho y miró al montón de papeles de examen que tenía delante. En aquellos momentos no sabía cómo iba a hacer para calificarlos.

Había dado cinco clases sobre electricidad y magnetismo desde la primera vez que había flotado. Las había dado como había podido, aunque no demasiado bien. Los estudiantes le hacían preguntas ridí-

culas, de modo que probablemente no estaba siendo tan claro como acostumbraba a ser.

Hoy se había ahorrado una clase poniendo un examen sorpresa. No se había molestado en preparar uno; había echado mano de las copias de uno preparado algunos años antes.

Ahora tenía los papeles con las respuestas, y tenía que calificarlos. ¿Por qué? ¿Importaba realmente lo que decían? ¿Importaba realmente algo? ¿Era tan importante saber las leyes de la física? ¿Cuáles eran en realidad esas leyes? ¿Acaso existía alguna?

¿O todo era tan sólo una masa de confusión de la cual jamás podría extraerse nada coherente? ¿Era el universo, con toda su armoniosa apariencia, el mero caos original, aguardando todavía a que el Espíritu asomara su rostro de las profundidades?

El insomnio tampoco ayudaba. Incluso atado en el sofá, dormía tan sólo a intervalos, y siempre con pesadillas.

Alguien llamó a la puerta.

—¿Quién es?—gritó furiosamente Roger.

Una pausa, y luego la insegura respuesta.

—Soy la señorita Harroway, doctor Toomey. Le traigo las cartas que me dictó.

—Está bien, entre, entre. No se quede ahí.

La secretaria del departamento abrió la puerta el mínimo indispensable, y deslizó su delgado y poco atractivo cuerpo al interior del despacho. Llevaba un montón de papeles en la mano. A cada uno de ellos iba unida una copia en papel amarillo, y un sobre con membrete y la dirección ya puesta.

Roger estaba ansioso por librarse de ella. Ése fue su error. Se tendió hacia delante para coger las cartas mientras ella se aproximaba, y notó que abandonaba la silla.

Avanzó casi medio metro hacia delante, todavía en posición sentada, antes de conseguir impulsarse violentamente hacia atrás, perdiendo el equilibrio y dando un voltereta en el proceso. Era demasiado tarde.

Era absolutamente demasiado tarde. La señorita Harroway dejó caer las cartas de su temblorosa mano. Gritó y se dio la vuelta, golpeando la puerta con el hombro, rebotando en el pasillo, y echando a correr con un fuerte repiqueteo de sus altos tacones.



Roger se puso en pie, frotándose una dolorida cadera.

—Maldita sea—exclamó furioso.

Pero no podía evitar el ver la escena desde el punto de vista de ella. Imaginó cómo debía de haberse desarrollado todo a sus ojos: un hombre ya adulto, flotando suavemente fuera de su silla y deslizándose hacia ella en posición sentada.

Recogió las cartas y cerró la puerta de su despacho. Ya era tarde; los pasillos debían de estar vacíos; además, ella probablemente se expresaría de forma incoherente. Sin embargo... Aguardó ansioso la llegada de gente.

No ocurrió nada. Quizá la mujer estuviera tendida en algún sitio desvanecida. Roger sintió la necesidad de ir a ver lo que le había ocurrido y ayudarla si era necesario, pero le dijo a su conciencia que se fuera al diablo. Hasta que descubriera exactamente qué era lo que no funcionaba en él, cuál era el origen de aquella loca pesadilla, no debía hacer nada por revelarla.

Es decir, nada más de lo que ya había hecho.

Hojeó las cartas; una para cada uno de los físicos teóricos seleccionados entre los más importantes del país. Su propio talento era insuficiente para resolver aquel asunto.

Se preguntó si la señorita Halloway habría captado el contenido de las cartas. Esperaba que no. Lo había arropado deliberadamente en lenguaje técnico; más, quizá, de lo necesario. En parte para ser discreto, y en parte para impresionar a los destinatarios con el hecho de que él, Toomey, era un legítimo y capacitado científico.

Una a una, metió las cartas en los sobres adecuados. Los mejores cerebros del país, pensó. ¿Podrían ayudarlo?

No lo sabía.

La biblioteca estaba tranquila. Roger Toomey cerró el *Journal of Theoretical Physics*, lo colocó a un lado, y se quedó mirando somnolientemente su contraportada. ¡El *Journal of Theoretical Physics*! ¿Qué contribución había hecho ninguno de aquellos hombres a la erudita parcela de absurdo conocimiento? Aquel pensamiento le desgarró. Hasta hacía muy poco tiempo habían sido para él las mayores lumbreras del mundo.

Y sin embargo seguía haciendo todo lo posible por vivir según sus códigos y su filosofía. Con la ayuda cada vez más renuente de Jane, había efectuado mediciones. Había intentado pesar el fenómeno en

la balanza, extraer sus correlaciones, evaluar sus cantidades. Había intentado, en pocas palabras, vencerlo de la única forma que sabía, convirtiéndolo simplemente en otra expresión de las eternas líneas de comportamiento que todo el universo debía seguir.

(Que debía seguir. Así lo decían las mentes más preclaras.)

Sólo que no había nada que medir. No había absolutamente ninguna sensación de esfuerzo en su levitación. En un espacio cerrado —no se había atrevido a hacer comprobaciones al aire libre, por supuesto—, podía alcanzar el techo tan fácilmente como alzarse un par de centímetros, excepto que requería más tiempo. Tenía la sensación de que con tiempo suficiente podría seguir alzándose de forma indefinida; ir hasta la Luna, si era necesario.

Podía llevar pesos mientras levitaba. El proceso se hacía más lento, pero no se apreciaba el menor incremento en el esfuerzo.

El día anterior había acudido a Jane sin advertirla, con un cronómetro en la mano.

—¿Cuánto pesas?—le preguntó.

—Cuarenta y cuatro—respondió ella.

Le miró, desconcertada.

Él la sujetó por la cintura con un brazo. Jane intentó soltarse, pero él no le prestó atención. Juntos, empezaron a ascender a paso de tortuga. Ella se aferró a él, blanca y rígida por el terror.

—Veintidós minutos, trece segundos—dijo él cuando su cabeza tocó el techo.

Cuando estuvieron de nuevo abajo, Jane se soltó de un tirón y salió apresuradamente de la sala.

Algunos días antes Roger había pasado por delante de una báscula pública, descuidadamente instalada en una esquina junto a un drugstore. La calle estaba vacía, de modo que subió a la báscula y echó una moneda. Aunque ya sospechaba algo así, se sorprendió al descubrir que pesaba doce kilos.

Empezó a llevar montones de monedas en los bolsillos y a pesarse en todas las condiciones. Era más pesado los días de viento fuerte, como si necesitara más peso para impedir ser arrastrado.

El ajuste era automático. Fuera lo que fuese lo que lo haáa levitar, mantenía un equilibrio entre comodidad y seguridad. Sin embargo, podía reforzar el control consciente sobre su levitación del

mismo modo que podía hacerlo sobre su respiración. Podía subir a una báscula y obligar a la aguja a subir hasta casi su peso normal, y por supuesto a bajar hasta la nada.

Dos días antes se había comprado una báscula y había intentado medir a qué velocidad podía cambiar de peso. No sirvió de nada. La velocidad, fuera cual fuese, era superior a la capacidad de reacción de la aguja. Todo lo que hizo fue acumular datos sobre módulos de compresibilidad y momentos de inercia.

Bien..., ¿y a qué le conducía todo aquello?

Se puso en pie y salió cansadamente de la biblioteca, con los hombros caídos. Fue sujetándose a mesas y sillas mientras caminaba hacia un lado de la habitación, y allí mantuvo la mano apoyada contra la pared. Tenía la sensación de que debía hacerlo así. El contacto con la materia le mantenía constantemente informado de su posición con relación al suelo. Si su mano perdía el contacto con una mesa o se deslizaba hacia arriba por la pared..., cuidado entonces.

El pasillo contenía el escaso número habitual de estudiantes. Los ignoró. En aquellos últimos días, habían ido aprendiendo gradualmente a dejar de saludarle. Roger imaginó que algunos de ellos pensaban que era un tipo raro, y probablemente muchos empezaban a sentir antipatía hacia él.

Pasó junto al ascensor. Ya nunca lo tomaba; especialmente para bajar. Cuando el ascensor iniciaba su movimiento hacia abajo, le resultaba imposible no flotar en el aire, aunque sólo fuera por unos momentos. No importaba que se preparara para combatir el momento; flotaba, y la gente podía volverse y mirarle.

Avanzó una mano hacia la barandilla en el arranque de la escalera y, justo antes de que su mano la tocara, uno de sus pies tropezó con

2-i

207

el otro. Fue el tropezón más desmañado que se pueda imaginar. Tres semanas antes, Roger hubiera rodado escalera abajo.

Esta vez, su sistema autónomo se hizo cargo de las cosas, e inclinándose hacia delante, los brazos abiertos, los dedos de las manos extendidos, las piernas semidobladas, flotó hacia abajo como un planeador. Parecía estar suspendido por hilos.

Estaba demasiado desconcertado para contenerse, demasiado paralizado por el horror como para hacer algo. A medio metro de la ventana del piso de abajo, se detuvo automáticamente y flotó.

Había dos estudiantes en el piso adonde fue a parar, ambos apretados contra la pared, otros tres en el arranque de la escalera, dos en

el piso de más abajo, y uno en el descansillo junto a él, tan cerca que casi podían tocarse.

Todo estaba muy silencioso. Todos le estaban mirando.

Roger se enderezó en el aire, descendió hasta el suelo, y echó a correr escalera abajo, empujando bruscamente a un estudiante fuera de su camino.

Las conversaciones se transformaron en una única exclamación a sus espaldas.

—¿El doctor Morton desea verme?

Roger se volvió en su sillón, sujetándose firmemente a uno de sus brazos.

La nueva secretana del departamento asintió.

—Sí, doctor Toomey.

Se marchó rápidamente. En el poco tiempo que llevaba allí desde que la señorita Harroway presentara su dimisión, se había enterado de que el doctor Toomey tenía algo "raro". Los estudiantes le evitaban. En su clase de hoy, los asientos de atrás habían estado llenos de murmullos de estudiantes. Los asientos de delante habían permanecido desocupados.

Roger miró al pequeño espejo de pared cerca de la puerta. Se ajustó la chaqueta y se sacudió un hilo, pero esa operación hizo poco por mejorar su apariencia. Su tez era cada vez más amarillenta. Había perdido al menos cuatro kilos desde que todo aquello empezara, aunque por supuesto no tenía forma de saber exactamente cuánto había perdido. Su aspecto general era enfermizo, como si su digestión estuviera perpetuamente en contra de él y venciera todos los combates.

No sentía ninguna aprensión acerca de aque'la entrevista con el jefe del departamento. Había alcanzado un pronunciado cinismo referente a los incidentes de levitación. Aparentemente, los testigos no hablaban. La señorita Harroway no lo había hecho. No había ninguna señal de que los estudiantes que le habían visto en la escalera lo hubieran hecho tampoco.

Con un último toque al nudo de su corbata, abandonó el despacho.

El despacho del doctor Philip Morton no estaba muy lejos al

I

fondo del pasillo, lo cual era un hecho que Roger tenía que agradecer. Cultivaba cada vez más la costumbre de andar con una sistemática lentitud. Alzaba un pie y lo adelantaba, observando. Luego alzaba el otro pie y lo adelantaba, observando también. Avanzaba decididamente encorvado, mirándose los pies.

El doctor Morton frunció el ceño cuando Roger entró. Tenía unos ojos pequeños, y exhibía un hirsuto bigote mal recortado y un traje desaliñado. Poseía una moderada reputación en el mundo científico, y una decidida inclinación a dejar las tareas de enseñanza en manos de los miembros de su departamento.

—Mire, Toomey—dijo—, he recibido una carta de lo más extraña de Linus Deering. Usted le escribió el...—Consultó un papel sobre su escritorio—. El veintidós del mes pasado. ¿Es ésta su firma?

Roger miró y asintió. Ansiosamente, intentó leer del revés la carta de Deering. Aquello era inesperado. De las cartas que había enviado el día del incidente con la señorita Harroway, hasta aquel momento sólo cuatro habían sido contestadas.

Tres de ellas habían consistido en frías respuestas de un sólo párrafo, que decían más o menos: "Acuso recibo de su carta del veintidós. No creo que pueda ayudarle en el asunto que me plantea". Una cuarta, la de Ballantine, del Northwestern Tech, había sugerido torpemente un instituto de investigaciones psíquicas. Roger no pudo decidir si estaba intentando ayudarle o si le insultaba.

Deering, de Princeton, hacía el número cinco. Había puesto grandes esperanzas en Deering.

El doctor Morton carraspeó fuertemente y se ajustó las gafas.

—Quiero leerle lo que dice. Siéntese, Toomey, siéntese. Dice: "Querido Phil..."

El doctor Morton alzó brevemente la vista, con una sonrisa fatua.

—Linus y yo nos conocimos en las reuniones de la Federación el año pasado—explicó—. Tomamos unas cuantas copas juntos. Es un tipo encantador.

Se ajustó de nuevo las gafas, y volvió a la carta:

—Querido Phil: ¿Hay un tal doctor Roger Toomey en tu departamento? Recibí una carta suya realmente extraña el otro día. Te aseguro que no sé qué hacer con ella. Al principio pensé olvidarla, como

una más de esas cartas de chiflados que recibimos todos. Luego pensé que puesto que la carta llevaba el membrete de tu departamento, tú deberías saber algo sobre ello. Claro que es posible que alguien esté utilizando a tu personal como parte de un embaucamiento. Te adjunto la carta del doctor Toomey para que la examines. Espero poder visitar algún día vuestra parte del país.. .” Bien, el resto es personal.

El doctor Morton dobló la carta, se quitó las gafas, las colocó en un estuche de piel, y se metió éste en el bolsillo superior de su chaqueta. Entrelazó los dedos y se inclinó hacia delante.

—Bien —dijo, creo que no hay necesidad de que le lea su propia carta. ¿Se trata de alguna broma? ¿Un engaño?

1~ cuentos paralelo~

—Doctor Morton—dijo Roger lentamente—, estaba hablando en serio. No veo nada malo en mi carta. La envié a unos cuantos físicos. Habla por sí misma. He hecho observaciones de un caso de levitación, y deseaba información acerca de posibles expiicaciones teóricas a un tal fenómeno.

—¡Levitación! ¿De veras?

—Es un caso auténtico, doctor Morton.

—¿Lo observó usted personalmente?

—Por supuesto.

—¿Nada de hilos ocultos? ¿Nada de espejos? Mire, Toomey, usted no es un experto en estos fraudes.

—Fue una serie absolutamente científica de observaciones. No hay ninguna posibilidad de fraude.

—Hubiera debido consultarme, Toomey, antes de enviar esas cartas.

—Quizá hubiera debido hacerlo, doctor Morton, pero francamente, pensé que podría mostrarse usted... reacio.

—Bien, gracias. Hubiera debido esperar algo así. Y con el membrete del departamento. Me siento realmente sorprendido, Toomey. Mire, su vida es suya. Si desea usted creer en la levitación, adelante, pero hágalo estrictamente en su tiempo libre. En bien del departamento y de la universidad, debería resultarle obvio que este tipo de cosas no pueden interferir con sus asuntos docentes.

“De hecho, observo que ha perdido usted algo de peso recientemente, ¿no es así, Toomey? Sí, no tiene en absoluto buen aspecto. Si

yo fuera usted, ína a ver a un médico. Un especialista de los nervios, quizá.

—¿No cree que sería mejor un psiquiatra?—dijo Roger amargamente.

—Bien, eso es enteramente asunto suyo. En cualquier caso, un poco de descanso...

El teléfono había sonado, y la secretaria había atendido la llamada. Ahora le hizo una seña al doctor Morton, y éste tomó su extensión.

—¿Sí...?—dijo—. Ah, doctor Smithers, sí... Hummm... Sí... ¿Relativo a quién?... Bueno, de hecho, está aquí conmigo precisamente ahora... Sí... Sí, inmediatamente.

Colgó el teléfono, y miró pensativo a Roger.

—El decano desea vemos a los dos.

—¿Acerca de qué, señor?

—No lo ha dicho.—Se levantó y se dirigió hacia la puerta—. ¿Viene, Toomey?

—Sí, señor.

Roger se puso en pie despacio, anclándose cuidadosamente con la puntera de sus zapatos en la parte inferior del escritorio del doctor Morton mientras lo hacía.

El decano Smithers era un hombre delgado con un largo rostro ascético. Su dentadura postiza encajaba tan mal en su boca que haáa que al pronunciar las sibilantes sonaran como un medio silbido.

—Cierre la puerta, señorita Bryce—dijo—, y no me pase ninguna llamada telefónica hasta que la avise. Siéntense, caballeros.

Se los quedó mirando ominosamente, y añadió:

—Creo que será mejor que vaya directamente al asunto. No sé exactamente lo que está haciendo el doctor Toomey, pero debe pararlo.

El doctor Morton se volvió hacia Roger, sorprendido.

—¿Qué ha estado usted haciendo?

Roger se alzó desalentadamente de hombros.

—Nada que yo pueda evitar.

Después de todo, había subestimado las habladurías de los estudiantes.

—Oh, vamos, vamos.—El decano mostró impaciencia—. Estoy seguro de que no conozco lo suficiente de la historia como para juzgar, pero parece que es usted el centro de todas las habladurías; habladurías que son completamente impropias del espíritu y la dignidad de esta institución.

—No sé nada de todo eso—dijo el doctor Morton.

El decano frunció el ceño.

—Entonces parece usted más bien sordo. Me resulta sorprendente la forma en que el cuerpo docente puede permanecer en la completa ignorancia de asuntos que saturan por entero el cuerpo estudiantil. Nunca antes me había dado cuenta de ello. Yo mismo lo oí por accidente; por un accidente muy afortunado, de hecho, puesto que conseguí interceptar a un periodista que llegó esta mañana buscando a alguien llamado “el doctor Toomey, el profesor volante”.

—¿Qué?—gritó el doctor Morton.

Roger escuchó con desaliento.

—Eso es lo que dijo el periodista. Cito sus propias palabras. Parece que uno de nuestros estudiantes llamó a su periódico. Eché al periodista e hice venir al estudiante a mi despacho. Según él, el doctor Toomey voló..., y utilizo la palabra “voló” porque así fue como insistió el estudiante en llamarlo..., bajando todo un tramo de escalones y volviendo a subirlos luego. Afirmó que hubo docenas de testigos.

—Solamente los bajé—murmuró Roger.

El decano Smithers estaba ahora recorriendo arriba y abajo la alfombra de su despacho. Parecía ser presa de una elocuencia febril.

—Ahora escuche, Toomey. No tengo nada contra las representaciones de aficionados. Desde mi llegada a este puesto he luchado denodadamente contra la pomposidad y la falsa dignidad. He animado el hermanamiento entre los distintos cuerpos de la facultad, y jamás he puesto objeción a una confraternización razonable con los estudiantes. Así que no puedo objetar nada si desea usted un show a sus estudiantes, en su propia casa.

(~)

“Seguramente se dará usted cuenta de lo que puede ocurrirle a la



universidad si la prensa irresponsable la toma con nosotros. ¿Deberíamos dejar que el delirio hacia un profesor volante sustituya al delirio hacia los platillos volantes? Si los periodistas entran en contacto con usted, doctor Toomey, espero que niegue categóricamente todos los hechos que se le imputan.

—Comprendo, decano Smithers.

—Confío en que logremos salirnos de este incidente sin daño apreciable. Debo pedirle, con toda la firmeza que me confiere mi cargo, que nunca repita su..., esto..., hazaña. Si vuelve a ocurrir, me veré obligado a solicitar su dimisión. ¿Ha comprendido bien, doctor Toomey?

—Sí—dijo Roger.

—En ese caso, buenos días, caballeros.

El doctor Morton condujo a Roger de vuelta a su despacho. Esta vez, despidió a su secretaria y cerró cuidadosamente la puerta tras él.

—Por todos los cielos, Toomey—murmuró—, ¿tiene esta locura alguna conexión con su carta acerca de la levitación?

Los nervios de Roger estaban a punto de estallar.

—¿No resulta obvio? En esas cartas me refería a mí mismo.

—¿Puede usted volar? ¿Quiero decir, levitar?

—Puede utilizar la palabra que más le guste.

—Nunca he oído de tal... Maldita sea, Toomey, ¿le vio alguna vez levitar la señorita Harroway?

—En una ocasión. Fue un accid. . .

—Por supuesto. Ahora todo resulta obvio. Estaba tan histérica que era difícil entender lo que decía. Contó que usted saltó hacia ella. Sonaba como si estuviera acusándole de..., de...—El doctor Morton parecía azarado—. Bueno, yo no la creí. Era una buena secretaria, entiéndalo, pero obviamente no una de esas destinadas a atraer la atención de un hombre. Me sentí realmente aliviado cuando se fue. Pensé que la próxima vez se presentaría con un revólver, o acusándome a mí... Usted..., usted levitó, ¿no?

—Sí.

—¿Cómo lo hace?

Roger agitó la cabeza.

—Ese es mi problema. No lo sé.

El doctor Morton se permitió una sonrisa.

—¿Seguro que no repele la ley de la gravedad?

—Sí, creo que es eso. Debe de haber algo relacionado con la antigravedad mezclado en el fenómeno, no sé cómo.

La indignación del doctor Morton ante el hecho de que una broma como aquella fuera tomada en serio era evidente.

—Mire, Toomey, eso no es algo que pueda tomarse a risa.

—Tomarse a risa. Santo cielo, doctor Morton, ¿tengo el aspecto de estarme riendo?

—Bueno..., necesita usted un descanso. Sin discusión. Un poco de descanso, y esa tontería suya pasará. Estoy seguro de ello.

—No es ninguna tontería.—Roger agitó un momento la cabeza, luego dijo, con tono tranquilo—: Le diré una cosa, doctor Morton, ¿le gustaría colaborar conmigo en esto? En cierto sentido, es algo que puede abrir nuevos horizontes en las ciencias físicas. No sé como funciona; simplemente no puedo concebir ninguna solución. Los dos, juntos. . .

La expresión de horror del doctor Morton era a aquellas alturas inconfundible.

—Sé que suena extraño—insistió Roger—. Pero se lo demostraré. Es algo completamente auténtico. Querría que no lo fuese.

—Oh, vamos. —El doctor Morton saltó de su silla—. No se canse. Necesita usted urgentemente un descanso. No creo que deba aguardar hasta junio. Váyase a casa ahora mismo. Veré que se le siga abonando su sueldo, y yo mismo me encargaré de sus clases. Solía hacerlo antes, ya sabe.

—Doctor Morton, esto es importante.

—Lo sé, lo sé.—El doctor Morton le dio una palmada en el hombro—. De todos modos, muchacho, tiene usted muy mal aspecto. Hablando francamente, tiene usted un aspecto infernal. Necesita un largo descanso.

—Puedo levitar.—La voz de Roger estaba subiendo nuevamente

de volumen—. Usted intenta librarse de mí porque no me cree. ¿Piensa que estoy mintiendo? ¿Cuáles podrían ser mis motivos?

—Se está excitando innecesariamente, muchacho. Déjeme llamar por teléfono. Haré que alguien le lleve a casa.

—Le digo que puedo levitar—gritó Roger.

El doctor Morton se puso rojo.

—Mire, Toomey, no sigamos discutiendo eso. No me importaría aunque se echase a volar por los aires en este mismo momento.

—¿Quiere decir que ver no significa creer, en lo que a usted respecta?

—¿En la levitación? Por supuesto que no.—El jefe del departamento estaba casi vociferando—. Si le viera a usted volar, iría a ver a un optometrista o a un psiquiatra. Antes creeré que estoy loco que el que las leyes de la física...

Se interrumpió, y carraspeó fuertemente.

—Bien, como ya he dicho, no discutamos sobre eso. Voy a llamar por teléfono.

—No es necesario, señor. No es necesario—dijo Roger—. De acuerdo. Me tomaré un descanso. Adiós.

Salió rápidamente, caminando con más brío que nunca lo había hecho en los últimos días. El doctor Morton, de pie, las manos apoyadas planas sobre su escritorio, se quedó contemplando con alivio la espalda de Toomey mientras se alejaba.

212

1,

213

James Sarle, el médico, se hallaba en la sala de estar cuando Roger llegó a casa. En el momento en que éste cruzó la puerta, el médico estaba encendiendo su pipa con una mano de recios nudillos rodeando la cazoleta. Sacudió el fósforo para apagarlo, y su rubicundo rostro se frunció en una sonrisa.

—Hola, Roger. ¿Dimitiendo de la raza humana? No he sabido nada de ti desde hace más de un mes.

Sus negras cejas se juntaron sobre el puente de la nariz, dándole una apariencia más bien condescendiente, que de alguna forma le ayudaba a establecer una atmósfera adecuada con sus pacientes.

Roger se volvió hacia Jane, que permanecía hundida en un sillón. Como de costumbre últimamente, su rostro mostraba una expresión

de lánguido agotamiento.

—¿Por qué lo has traído aquí?—le dijo Roger.

—¡Alto! Alto, hombre—dijo Sarle—. Nadie me ha traído. Esta mañana encontré a Jane en el centro, y me invité. Soy más grande y fuerte que ella; no pudo impedirlo.

{s encontrasteis por mera coincidencia, supongo. ¿Das hora también para tus coincidencias?

Sarle se echó a reír.

—Digámoslo de esta otra forma: ella me habló un poco de lo que ha estado pasando aquí.

—Siento que no estés de acuerdo, Roger—dijo Jane débilmente—, pero ha sido la primera oportunidad que he tenido de hablar con alguien que pueda comprender.

—¿Qué te hace pensar que él puede comprender? Dime, Jim, ¿crees su historia?

—No es una cosa fácil de creer—dijo Sarle—. Lo admito. Pero lo estoy intentando.

—Está bien, supón que vuelo. Supón que me pongo a levitar ahora mismo. ¿Qué harías?

—Supongo que desmayarme. Quizás exclamara: “¡Santo Dios!”. Quizá me echara a reír a carcajadas. ¿Por qué no lo probamos, y vemos lo que pasa?

Roger se lo quedó mirando fijamente.

—¿De veras deseas verlo?

—¿Por qué no iba a desearlo?

—Aquellos que lo han visto hasta ahora se han puesto a gritar, han echado a correr o se han quedado helados de horror. ¿Podrás soportarlo, Jim?

—Yo creo que sí.

—De acuerdo.

Roger se deslizó medio metro hacia arriba, y ejecutó diez veces un lento entrechat. Se quedó en el aire, las puntas de los pies apuntando hacia abajo, las piernas juntas, los brazos graciosamente extendidos en una amarga parodia de saludo.

—Mejor que Nijinski, ¿eh, Jim?—preguntó.

Sarle no hizo ninguna de las cosas que había sugerido que podía

214

hacer. Excepto agarrar su pipa como si estuviera a punto de caérsele, no hizo absolutamente nada.

Jane había cerrado los ojos. Las lágrimas asomaban quietamente por entre sus párpados. .

—Baja, Roger—dijo Sarle.

Roger bajó. Tomó asiento y dijo:

—Escribí a una serie de físicos, hombres de gran reputación. Les expliqué la situación de una forma impersonal. Dije que pensaba que todo esto debería ser investigado. La mayor parte de ellos me ignoraron. Uno escribió al viejo Morton para preguntarle si yo era un farsante o estaba loco.

—h, Roger—murmuró Jane.

—¿Tú crees que se trata de algo malo? El decano me llamó hoy a su despacho. Me dijo que tenía que dejar de hacer esos juegos de salón. Parece que me caí por la escalera y automáticamente levité hasta abajo. Morton dice que no creerá que puedo volar ni siquiera aunque me vea en plena acción. En este caso ver no significa creer, dice, y en consecuencia me ordena que me tome un descanso. No pienso volver allí.

—Roger—dijo Jane, abriendo mucho los ojos—. ¿Estás hablando en serio?

—No puedo volver. Me dan asco, todos ellos. ¡Científicos!

—Pero ~ qué vas a hacer?

—No lo sé.—Roger hundió la cabeza entre las manos. Con voz ahogada, dijo—: Dímelo tú, Jim. Tú eres el psiquiatra. ¿Por qué no me creen?

—Quizá se trate de un asunto de autoprotección, Roger—dijo Sarle lentamente—. A la gente no le gustan las cosas que no puede comprender. Incluso hace algunos siglos, cuando muchas personas creían en la existencia de habilidades extranaturales, como volar sobre palos de escoba, por ejemplo, casi siempre se suponía que esos poderes eran originados por las fuerzas del mal.

“La gente aún sigue creyendo eso. Puede que no haya muchos que crean todavía literalmente en el diablo, pero la creencia generalizada de que todo lo extraño es malo subsiste. Lucharán contra la idea de creer en la levitación..., o se asustarán mortalmente si se ven obligados a tsagar el hecho. Ésa es la verdad, así que enfréntate a ella.

Roger meneó la cabeza.

—Tú estás hablando de gente, y yo hablo de científicos.

—Los científicos también son gente.

—Ya sabes lo que quiero decir. Tengo aquí un fenómeno. No es brujería. No he hecho ningún trato con el diablo. Jim, tiene que existir una explicación natural. No sabemos todo lo que hay que saber sobre gravitación. Realmente, apenas sabemos nada. ¿No crees que es concebible que exista algún método biológico de anular la gravedad? Quizá yo sea una mutación de algún tipo. Quizá posea un..., bueno, llamémosle un músculo..., que puede anular la gravedad. Al menos puede anular el efecto de la gravedad en mí mismo. Bien, investiguemos eso. ¿Por qué quedarnos sentados con las manos cruzadas? Si conseguimos dominar la antigravedad, imagina lo que eso representará para la raza humana.

—Espera un momento, Roger—dijo Sarle—. Piensa un poco en el asunto. ¿Por qué te sientes tan infeliz al respecto? Según Jane, estabas casi loco de miedo el primer día que te ocurrió, antes de que tuvieras ninguna forma de saber que la ciencia iba a ignorarte y que tus superiores iban a mostrarse tan poco cooperativos.

—Eso es cierto—murmuró Jane.

—¿Por qué te ocurrió eso?—continuó Sarle—. Lo que tenías entre las manos era un nuevo, grande y maravilloso poder; una repentina liberación del horrible empuje de la gravedad.

—Oh, no digas tonterías—murmuró Roger—. Fue... horrible. No podía comprenderlo. Y sigo sin poder.

—Exacto, muchacho. Era algo que no podías comprender y, en consecuencia, algo horrible. Eres un físico. Sabes qué es lo que hace funcionar al universo. O si no lo sabes, sabes que hay otros que sí lo saben. Aunque nadie comprenda un determinado punto, sabes que algún día alguien lo comprenderá. La palabra clave es comprender. Forma parte de tu vida. Ahora te encuentras frente a frente con un fenómeno que consideras que viola una de las leyes básicas del universo. Los científicos dicen: dos masas se atraen mutuamente según una regla matemática preestablecida. Es una propiedad inalienable

de la materia y del espacio. No hay excepciones. Y ahora tú eres una excepción.

—Y cómo—acotó Roger sombríamente.

—¿No lo entiendes, Roger?—prosiguió Sarle—. Por primera vez en la historia, la humanidad posee realmente lo que considera leyes inquebrantables. Repito, inquebrantables. En las culturas primitivas, un hechicero podía utilizar un encantamiento para producir lluvia. Si no funcionaba, eso no trastornaba la validez de la magia. Simplemente significaba que el chamán había olvidado alguna parte del encantamiento, o había roto un tabú, o había ofendido a un dios. En las modernas culturas teocráticas los mandamientos de la deidad son inquebrantables. Sin embargo, si un hombre quebranta los mandamientos y pese a ello prospera, eso no significa que esa religión en particular no sea válida. Los caminos de la providencia son admitidos como misteriosos, y todo el mundo sabe que en algún lugar le aguarda al culpable un invisible castigo.

“Hoy, sin embargo, existen leyes que realmente no pueden ser quebrantadas, y una de ellas es la ley de la gravedad. Funciona incluso cuando el hombre que la invoca ha olvidado murmurar lo de esto más eso más eso otro igual a aquello de más allá al cuadrado.

Roger consiguió esbozar una torcida sonrisa.

—Estás completamente equivocado, Jirn. Las leyes inquebrantables han sido quebrantadas constantemente, una y otra vez. La radiactividad era algo imposible cuando fue descubierta. La energía surgió de la nada; cantidades increíbles de ella. Era algo tan ridículo como la levitación.

—La radiactividad era un fenómeno objetivo que podía ser transmitido y reproducido. El uranio velaba la película fotográfica para todo el mundo. Un tubo de Crookes podía ser construido por cualquiera y producía un flujo de electrones de idénticas características para todo el mundo. Tú...

—Yo he intentado transmitir.. .

—Lo sé. Pero ¿puedes decirme, por ejemplo, cómo puedo yo levitar?

—Por supuesto que no.

—Eso limita a los demás únicamente a la observación, sin reproducción experimental. Y sitúa tu levitación en el mismo plano que la evolución estelar, algo acerca de lo cual cabe teorizar, pero con lo que nunca se podrá experimentar.

—Sin embargo, hay científicos dispuestos a dedicar sus vidas a la astrofísica .

—Los científicos son gente. No pueden alcanzar las estrellas, así que se aproximan lo más que pueden. Pero sí pueden alcanzarte a ti, y ser incapaces de tocar tu levitación es algo que los pondrá furiosos.

—Jim, ni siquiera lo ha intentado. Hablas como si yo hubiera sido estudiado, pero lo cierto es que ni siquiera han tomado en consideración el problema.

—No tienen por qué hacerlo. Tu levitación forma parte de un tipo de fenómenos que nunca son tomados en consideración. La telepatía, la clarividencia, la presciencia, y un millar de otros poderes extra-naturales, nunca han sido investigados con seriedad, ni siquiera cuando han sido descritos con todas las apariencias de credibilidad. Los experimentos de Rhine sobre la percepción extrasensorial han irritado a un número mayor de científicos que los que puedan haberse sentido intrigados. Así que enténdelo, no necesitan estudiarte para saber que no desean estudiarte. Lo saben por anticipado.

—¿Y eso te parece divertido, Jim? Científicos negándose a investigar hechos; dándole la espalda a la verdad. Y tú te limitas a quedarte ahí sentado, sonriente y haciendo alegres afirmaciones.

—No, Roger, sé que todo esto es serio. Y no pretendo justificar a la humanidad, de veras. Estoy ofreciéndote mis pensamientos, una opinión. ¿Acaso no te das cuenta? Lo que intento en realidad es ver las cosas tal como son. Eso es lo que tendrías que hacer tú. Olvida tus ideales, tus teorías acerca de cómo debería actuar la gente. Considera lo que estás haciendo. Y trata de aceptarlo como una condición de la vida con la que tienes que vivir. Aunque no vaya a ser fácil.

—¿Cómo crees que puedo vivir con ello?

James Sarle vació la pipa y se la guardó.

—¿Quieres saber mi opinión?

\* Fmnece ~ revir ~ n-rtir rle ~tP mmtó, El final revisado, a partir de  
—r ~ - r— --- — — r—

216

1

217

—Te escucho.

—En tu estado de ánimo actual, no puedes seguir trabajando como científico. Tienes que vivir de tal modo que tu levitación pueda ser aceptada por los demás como una especie de hecho establecido. ¿No lo crees así?



—Eso sería un alivio.

—En tal caso te sugiero algo. Conozco a un hombre llamado William Magoun. Creo que puedo convencerle para que te ayude. Es una especie de productor teatral. Es propietario del “Black Mask”, una especie de club nocturno. O ésa es, al menos, la descripción más cercana a la realidad.

—¿Qué demonios me estás sugiriendo?

—¿No te parece evidente? ¿Por qué no actuar en un escenano?  
¿Por qué no considerarte un mago?

Sarle cogió el abrigo y se mcorporó.

Roger exclamó:

—¡Un mago!

—Traje conmigo la tarjeta de Magoun, por si acaso. Tómala, ¿quieres? Y, Roger, tienes un aspecto terrible. ¿Cuándo fue la última vez que pasaste una buena noche de sueño?

Roger murmuró algo vago.

—¿Quieres que te recete píldoras para dormir?

Roger se levantó.

—No, no las necesito. Aún me quedan algunas que me dio un miembro de la Escuela de Medicina.. . ¡Mago!

—Es un modo de vida respetable—dijo Sarle dirigiéndose hacia la puerta.

Jane estrechó la mano de Sarle y le dijo suavemente:

—Gracias, Jim. Gracias por haber hablado con él.

—No te preocupes, Jane—dijo Sarle apretándole los dedos.

—¿Jim?—llamó Roger.

—¿Sí?

—¿Cómo es que mi levitación no te ha inquietado?

—Yo no soy un científico ffsico, Roger—contestó Sarle sonriendo—. Me temo que en mi profesión no tenemos reglas. O, al menos, cada pequeña escuela de psiquiatría tiene sus propias reglas,

que son a su vez excluyentes con respecto a las demás, lo que viene a ser lo mismo. De modo que, ¿qué significa una ley quebrantada? Es lo mismo...

—¿Y bien?

—No creo que asista a ninguna de tus actuaciones en el “Black Mask”, si es que Magoun decide aceptarte. No te importará, ¿verdad?

—No—contestó Roger sombríamente—, no me importará.

Sarle se marchó y Roger y Jane se quedaron solos.

—¿Qué piensas de todo esto, Jane?—preguntó Roger.

—No lo sé—contestó ella sin abandonar su apatía.

—¡Convertirme en un mago!

—¿Y qué importa eso?—dijo ella saliendo bruscamente de la habitación.

Roger la siguió con la mirada y después contempló lentamente la tarjeta que Sarle le había entregado.

218

1

219

—¡Ahora!

—¿Tal y como va vestido, con esas ropas?

—Desde luego.

—Bueno, eso me intriga. Tiene usted que ser un aficionado. Los magos que yo conozco serían incapaces de cortar una baraja en traje de calle. Se sentirían desnudos. ¿Comprende lo que quiero decir?

—No he imaginado ningún traje especial que ponerme—dijo Roger.

—¿No? Bueno, quizá debería haber empezado por ahí. La gente empieza a cansarse de todo lo que se inventan los magos. Puede que haya algo de original en ver a un tipo vestido con un sumple traje haciendo sus triquiñuelas. Sería una especie de novedad, ¿comprende? Está bien, vayamos al escenario y yo me sentaré entre las mesas de la sala. ¿Dónde están sus artilugios de apoyo?

—Yo mismo me ocuparé de ellos—murmuró Roger.

Salieron a la sala vacía del club nocturno, en semipenumbras a

causa de las pesadas cortinas que cubrían las ventanas. Magoun apretó un interruptor que arrojó luz sobre el escenario.

—Adelante—dijo, retrocediendo hacia la zona donde estaban situadas las mesas—. No tiene que preocuparse por los preámbulos o la jerga publicitaria. Demuéstreme simplemente cómo flota usted, ¿comprende? Hágalo como si acabaran de sonar los tambores anunciándole.

En uno de los extremos de la sala, un camarero se apoyó, interesado, sobre la escoba que había estado manejando.

Roger miró a su alrededor, sintiéndose confundido. Experimentó una horrible pero momentánea sensación de incapacidad. Ahora que, por primera vez, deseaba flotar, parecía haberse olvidado de cómo hacerlo. Allí estaba Magoun, haciéndole gestos de asentimiento con la cabeza, rodeando con los labios el grueso puro que estaba encendiendo. Allí estaba también aquel camarero, observándole atentamente. Y allí estaba también aquel enorme vaáo desde el que, alguna noche, cientos de ojos podrían estar mirándole.

Y pensó para sí mismo: "Arriba, muchacho"

Y se elevó.

Flotó hacia el techo, permaneciendo a media altura. Escuchó el grito ronco de Magoun y vio al camarero salir precipitadamente por la puerta más cercana.

Roger describió una vuelta de campana en el aire y después descendió sobre el escenario.

Magoun ya estaba junto a él en cuanto tocó el suelo.

—Sensacional, Toomey, terrorífico. Es una ilusión maravillosa. ¿Cómo diablos lo hace?

—Bueno. .. Es un secreto profesional ya sabe...

~h, claro, claro. Le ruego me disculpe. Deben'a habérmelo imaginado antes de preguntárselo, pero lo que usted ha hecho me ha impresionado de veras, ¿sabe? Escuche, queda usted contratado. Con lo que acabo de ver, no necesita usted hacer nada más. Los va a dejar a todos impresionados.

—¿Cuánto?—preguntó Roger.

—Bueno...—Magoun dirigió un ojo hacia el techo—. Cincuenta semanales.

—Ciento cincuenta—dijo Roger.

—¿Qué? ¿Por una actuación nueva?

—Usted nunca ha visto nada parecido, ¿verdad?

—Está bien—admitió Magoun—, dejaré que se salga con la suya, teniendo en cuenta que viene recomendado por el doctor. Dos representaciones cada noche, excepto el domingo. Y el compromiso es sólo por una semana, hasta que veamos cómo marcha todo con los clientes. Veamos..., puede usted empezar el lunes, y yo me encargaré de hacer algo de publicidad por adelantado. Le presentaré como el Gran Flotino. ¿Qué le parece?

—Me parece bien—dijo Roger.

James Sarle entró, se desabrochó el abrigo y dijo en voz baja:

—Tienes mejor aspecto, Jane. ¿Cómo está Roger?

La voz de Roger sonó antes de que Jane pudiera responder.

—Estoy aquí, Jim. No vale la pena que susurres.

—¿Estaba susurrando?—preguntó Sarle alegremente. Se sacó la pipa del bolsillo del abrigo antes de entregárselo a Jane—. ¿Qué hay de nuevo?

Roger permaneció en el sillón donde se hallaba sentado.

—Hoy mismo acabo de enviar mi dimisión a la facultad.

—¿De veras?—Sarle se dirigió hacia el sofá y se sentó frente al otro—. He llamado a Magoun. Me ha dicho que eres un éxito fulminante .

—Sí—dijo Roger sombríamente—. Sólo he actuado unas pocas veces, pero al parecer voy camino del estrellato.

—El dice que vales lo que te paga.

—Muy amable por su parte. Me paga más de lo que ganaba en la facultad.

—En serio, ¿cómo te sale?

Roger se agitó, inquieto.

—¿No puedes suponértelo? Floto en el aire delante de un puñado

de idiotas, les oigo gritar, desciendo, me inclino delante de ellos y cobro mi paga. Hoy he pasado por encima de una mesa donde se habían reunido varios de fiesta y he permanecido allí suspendido un rato. Una de las mujeres empezó a gritar: "Oh, veo los hilos, los veo". El hombre que la acompañaba se subió a la mesa e hizo oscilar un periódico por el espacio, sobre mi cabeza. Otro tipo saltó para cogermé por las piernas. Yo me limité a elevarme un poco... Condenados estúpidos.

—Eso demuestra que están interesados... Aquí, Jane, siéntate.

Jane sonric, y se sentó. Había traído bebidas. Roger aceptó la suya malhumoradamente y se la bebió de un trago.

—Han acudido muchos de los estudiantes de la facultad—dijo—. Al parecer, si piensan que sólo se trata de una actuación, disfrutan con ello, ¿no resulta cómico?

—No—dijo Sarle—, en realidad no lo es. Puede que todo esto sea algo bueno. Una vez que hayas establecido tu reputación como mago, es posible que logres regresar a la vida académica.

—¿Y flotar de vez en cuando por ahí, eh? Elevarme hacia el techo durante una reunión en la facultad, o mientras leo una disertación.

—Quizá no. Una vez que te hayas olvidado de esta carga de la levitación, puede que te importune menos, e incluso es posible que la controles mejor.

—¿Lo crees de veras?—preguntó Roger mirándole inquisitivamente.

—Lo considero como una fuerte posibilidad.

—Si creyera que existe una posibilidad de que eso sea así... Bueno, si pudiera estar seguro de que no me elevo en el aire en los momentos más inconvenientes, me sentiría muy aliviado. Yo mismo podría abordar entonces el problema, sin ayuda de nadie.

—Eh, eh—dijo Sarle animosamente.

—Sólo si me dejaran solo.

—¿Y por qué no iban a dejarte solo?

—Sí. Hay que mantener esto durante un año o así, actuar en otras ciudades cuando ya se hayan hartado del "Black Mask". Y después enfrentarme con el verdadero problema. Incluso para entonces ya habré podido ahorrar un poco de dinero y, ¿quién sabe?—Se echó a reír ligeramente y añadió—: Hasta puede que llegue a gustarme el mundo del espectáculo.

Jugueteó con el vaso vacío del cóctel y permaneció sentado alh, sumido en sus pensamientos.

Sarle se volvió hacia Jane y le sonrió. Manteniendo la mano izquierda cerca de su propio cuerpo, Sarle unió los dedos gordo y anular formando un círculo y dejando extendidos los demás. Jane no le vio. Estaba mirando fijamente a Roger, con una expresión tensa y nada feliz.

—Roger—dijo ella.

—¿Qué?

—Por favor. Estás haciéndolo otra vez.

Roger, asombrado, miró hacia abajo. Su cuerpo estaba a unos quince centímetros por encima del mullido asiento del sillón.

—Lo siento—dijo, descendiendo—. En cuanto me distraigo vuelve a suceder.

—Lo sé—dijo Jane sombríamente—. Lo sé.

Roger recibió el primer sobre de su paga en el despacho de Magoun, quien trató de mostrarse cordial y logró no parecer incómodo.

—Ha sido una buena semana, señor Toomey—le dijo—, y le he incluido un pequeño extra en el sobre. Encontrará doscientos cuando lo abra.

—Gracias—dijo Roger.

—No se preocupe. —Magoun le palmeó la espalda—. Puede utilizarme como referencia, y le proporcionaré el nombre de un agente de confianza si es que desea uno.

Roger le miró, sorprendido.

—¿Qué significa eso? ¿Que ya he terminado aquí?

Magoun sacó un puro de la caja y se lo quedó mirando.

—El compromiso fue sólo por una semana, como usted recordará.

—Maldita sea, usted dijo una semana en el sentido de ver cómo me las arreglaba con el público.

—Sí, sí, en efecto. El espectáculo es bueno, pero no tiene la garra

suficiente, ¿comprende lo que quiero decir? Usted flota, pero eso es todo. Usted no baila, no ofrece un espectáculo de variedades. Ni siquiera tiene un ayudante. Alguien que realce la actuación. Si los hombres se cansan de la magia, les gusta contemplar bonitas piernas, ¿comprende?

—Pero usted está ganando dinero. El cajero me dijo que ésta ha sido la mejor semana que había conocido.

Magoun dejó el puro, sin haberlo encendido.

—Mire, señor Toomey, ¿quiere saber la verdad? Pues voy a deársela. No soy de esa clase de tipos farsantes delante de los demás, (comprende? Mire, he estado observando su actuación. No soy ningún tonto. Tengo mi experiencia. He visto actuar a más magos de los que usted podría contar. Conozco todos sus trucos. Sólo que usted no los utiliza. No hay trampa ni cartón en lo que hace usted. No les induce a apartar la vista de usted para sustituir rápidamente un artificio por otro. No se sostiene de hilos colgados del techo. Y tampoco utiliza espejos.

“Al principio pensé que sería hipnotismo, aunque nunca he visto utilizar el hipnotismo delante de toda una multitud de gente. En cualquier caso, me senté entre el público y cerré los ojos en cuanto apareció usted. Y esperé hasta que empezaron a sonar los gritos de asombro y entonces los abrí. Y ahí estaba usted, con la cabeza a tres metros por encima del escenario. No podía ser hipnotismo. Había cerrado los ojos.

—Déjeme a ver si le entiendo—dijo Roger—. ¿Quiere decir que me despide porque cree que lo que hago es cierto, que puedo realmente volar?

—No me gusta decirle esto, ¿comprende?—dijo Magoun extendiendo las manos abiertas—. No voy a admitir si creo o no en brujerías. Sólo me gustaría despedirme de usted de una forma amable, sin resentimientos.

—Espere. Suponga que puedo flotar de verdad. ¿Qué supone eso para usted?

—Bueno si es así, los chentes pueden tener la idea de que todo es demasiado cierto. Y eso no les gustaría. Ya sabe cómo es la gente. Son supersticiosos, ¿comprende? Muchos de ellos no tienen una edu-

cación muy buena. Y en cuanto menos se lo espere habría alguien gritando: “Es el diablo”, o alguna otra locura por el estilo. Mire, usted no conoce el negocio del espectáculo como yo; no tiene usted ni la más ligera idea de cómo pueden suceder las cosas. No puedo

arriesganme a que se produzca un tumulto, señor Toomey. Debo pensar en mi reputación.

—Pero se equivoca, señor Magoun. Al público le gusta que le enganen.

—Quizá. Pero únicamente mientras sepan que sólo se trata de un engaño. Un tipo logra quitarse unas esposas, muy bien. Todo el mundo sabe que se las ha arreglado para ocultar una llave en la palma de la mano, aunque no hayan podido verla. ¿Hace desaparecer a un ayudante? Todos saben que hay un espejo en alguna parte del escenario, o un botón falso o algo por el estilo. ¿Alguien capaz de leer los pensamientos de los demás? Todos saben que entre el público hay un compmche.

“Pero usted, señor Toomey, usted es demasiado bueno. Yo he visto a una mujer flotar por encima de un diván durante aproximadamente diez segundos. Está sostenida desde arriba, claro. No puede moverse, no puede cambiar de posición. Pero usted flota por cualquier parte. Se pone cabeza abajo en el aire. Se desliza por encima de las mesas. No hay fonma alguna de que haya trampa. Lo que usted hace es verdadero. Y así es como lo piensa el público... Mire, señor Toomey, dígame cómo lo hace y podremos llegar a un acuerdo. ¿Qué le parece?

Roger guardó silencio.

—En tal caso no podemos hacer nada—dijo Magoun.

—A usted no le preocupan los tumultos—dijo Roger—. Ningún productor en su sano juicio despreciaría una actuación como la mía, capaz de hacerle ganar dinero, simplemente porque la considera demasiado buena. Lo que sucede es que usted me tiene miedo. Me teme personalmente.

—No se trata de miedo—replicó Magoun—. Pero el asunto no me gusta. Me hace sentir incómodo, ¿comprende?

—¿Por qué?

—Porque no es correcto, señor Toomey. Es algo en contra de las leyes de la naturaleza. No puede ser correcto... Mire, señor Toomey ¿ha oído hablar alguna vez de la ley de la gravedad?

Roger se incorporó.

—Adiós.

Magoun extendió la mano hacia él.



—¿Sin resquemores?

Roger se marchó sin contestar.

No tomó el metro, sino que regresó a casa caminando. Estaba hecho un lío. Nadie afrontaría la verdad. Nadie sería capaz de contemplar los hechos cara a cara. Hasta un mago debía demostrar que lo que haáa no era más que un engaño. Se prefería la ilusión, el charlatanismo.

En cuanto a la verdad, había que ocultarla.

Las dos horas de caminata a primeras horas de la madrugada no le aportaron solución alguna. Subió el tramo de escalera hasta su apartamento, en el segundo piso, sintiéndose en un estado de agotamiento. Cerró la puerta suavemente tras él. El pestillo no se cerró del todo, pero él no se dio cuenta.

Se desnudó sin encender las luces para no despertar a Jane. Esta le había preparado la cama en el diván, extendiendo las sábanas sobre él.

De pronto, todo le pareció insoportable. Tenía que deárselo a Jane. Tenía que despertarla y de,árselo ahora mismo. Tenía que deárselo, maldita sea, o se derrumbaría.

Se dirigió lentamente hacia el dornitorio y extendió la mano hacia la almohada donde debería estar su rubia cabeza. Pero no la encontró .

—Jane—la llamó suavemente.

Y pensó confundido: “Debe de estar en el cuarto de baño”.

Tanteó para encender la lámpara de la mesita de noche y parpadeó en una habitación vaáa. La volvió a llamar..., y entonces vio la hoja de papel sujeta a la almohada con un alfiler. La arrancó de un manotazo.

Empezaba diciendo: “Roger”. Ninguna palabra de ternura; simplemente “Roger”. Los trazos de la escritura eran apresurados, desbaratados, casi incoherentes.

Roger: no puedo soportarlo y tengo que marcharme. Sé que no es culpa tuya, pero no puedo evitarlo. No quise marcharme mientras las cosas iban tan mal. Habría sido muy mezquino por mi parte. Pero ahora has iniciado una nueva carrera y lograrás salir

adelante sin mí. Por favor, no trates de encontrarme, y no te preocupes por mí. Sólo me llevo mis cosas personales y la mitad del dinero que teníamos en la cuenta común. Adiós. Jane.

Roger leyó la nota y su contenido fue impregnando lentamente su mente aturdida. Dejó caer la nota, y pensó: "Mi nueva carrera". Y después, en voz alta, medio histérica, gritó:

—¡Mi nueva carrera!

Medio mareado, se dirigió hacia la cómoda. De su parte superior tomó la caja donde guardaba sus pequeñas minucias personales: sujetadores de corbata, gemelos, una vieja pluma, la llave del club Phi Beta Kappa que ya no utilizaba. De la caja sacó el frasco de somnífero que había ido acumulando a causa de las recetas no utilizadas que le había entregado su amigo de la Escuela de Medicina. En su mente siempre había albergado un cierto presentimiento de que podría necesitarlas.

Recogió del suelo la nota de Jane y garabateó unas pocas palabras en la otra cara del papel, utilizando su pluma. Se preparó un vaso de agua, lo dejó sobre la mesita de noche, se sentó en el borde de la

224

225

ello~ paralelo~  
cama y vertió media docena de pastillas para dormir en la palma de su mano. Después, vació en ella todo el tubo. Lenta, pensativamente, se las fue tragando con agua, tomando dos cada vez.

Se tumó sobre la cama y se cubrió con la sábana. Cerró los ojos.

La confusión de su mente fue apagándose y la paz descendió lentamente sobre él. La levitación ya no importaba. Nada importaba. Excepto el sueño. Sólo el sueño.

Y su última, lenta y ensonadora sensación fue que estaba flotando.

Estaba allí tumbado, enfriándose.

La aparición del rigor mortis, cuando no se produce de un modo uniforme, proporciona una pseudovida fantasmagórica a un brazo o a una pierna, haciendo que se tuerzan.

Fuera lo que fuese que controlase la levitación en el cuerpo de Roger, los primeros espasmos de la muerte lo atiesaron y lo activaron.

Hacia el mediodía, una vecina observó las dos botellas de leche junto a la puerta del apartamento de los Toomey. Llena de buenas intenciones, llamó a la puerta.

—Señora Toomey, señora Toomey.

La puerta, cuyo pestillo no se había cerrado del todo, giró hacia el interior bajo la presión de sus nudillos.

La mujer entró en el apartamento y se vio rodeada de un silencio opresivo.

—¿Señora Toomey?. . . ¿Ocurre algo?

Medio asustada, avanzó de puntillas por el salón vacío y echó un vistazo al interior del dormitorio.

Todo su ser se conmocionó y lanzó un grito salvaje. El cuerpo rígido de Roger estaba evidentemente muerto, y la mujer no esperó más, ni se detuvo a mirar más atentamente si había alguna otra cosa que llamara la atención.

Los dos agentes de policía vestidos de paisano miraron el apartamento imparcialmente y dirigieron al cadáver un breve vistazo de hastío.

El policía Dooley recogió la nota que estaba sobre la mesita de noche.

—Es de su mujer—dijo, sosteniéndola cuidadosamente por uno de los bordes.

El policía Herlihan la leyó por encima del hombro de su compañero.

—¿Qué otra cosa podía esperarse? ¡Pobre fiambre!

—Llamaré al doctor Curley—dijo Dooley—. Sin duda alguna, se trata de suicidio.

Herlihan recogió cuidadosamente el frasco vacío con las puntas de dos dedos.

—Supongo que se trata de pastillas para dormir, ¿no?—dijo, volviendo a dejar el frasco.

—Seguro.

Dooley salió al salón.

Herlihan contempló especulativamente lo que quedaba de Roger Toomey. Y entonces miró más atentamente.

—Eso es extraño—munmuró.

Apartó de un tirón la sábana que colgaba extrañamente y casi se cayó de espaldas.

—¡Santo Dios!—exclamó.

Quince cenímetros de espacio separaban el cadáver del colchón.

Herlihan pasó la mano por debajo del cuerpo, pero allí no había nada capaz de sostenerlo. Únicamente espacio. Volvió a extender la mano, temblorosa, mirándola fijamente.

Salvajemente, colocó las manos sobre el pecho y el abdomen del muerto y apretó hacia abajo.

Algo chasqueó. Se escuchó un crac limpio y nítido, minúsculo, pero perfectamente audible, y el cuerpo descendió... como el de un peso muerto. Y el colchón crujió para demostrarlo.

El chasquido había procedido del interior del cuerpo, como si se hubiera extendido un músculo un poco más de lo debido.

Herlihan retrocedió.

La voz de Dooley, que hablaba por teléfono, guardó silencio, y el policía entró en el dormitorio.

—El doctor Curley vendrá dentro de media hora—dijo—. Y.... eh, Mike, este tipo ha escrito algo en la otra cara de la nota de su esposa. Escucha: "A un hombre se le puede guiar hacia }os hechos, pero no se le puede hacer creer". ¿Qué te parece?

Herlihan seguía mirando fijamente el cadáver.

Dooley frunció el ceño.

—¿Ocurre algo?

Herlihan sacudió la cabeza con una expresión atontada.

—¡Nada! ¡Nada en absoluto!

Creencia

(Versión publicada)

En es~e caso, y puesto que el relato fue escrito y publicado como

novela corta, hay espacio suficiente para incluir las dos versiones. Sin embargo, no hay necesidad de publicarlas completas, puesto que las dos primeras terceras partes son idénticas.

La diferencia surge, pasado ya la mitad del relato, en plena conversación entre Roger Toomey, el hombre capaz de levitar, y James Sarle, el psiquiatra. En mi versión original, Sarle recomienda que Toomey considere la idea de convertirse en mago como una forma de recuperar el control sobre su vida.

Inicié mi revisión a partir del asterisco introducido en ese párrafo, cambiando por completo lo que seguía. Aquí, pues, empezando a partir de dicho asterisco, se incluye el final de la versión que fue publicada.

En el momento en que una persona es orientada a enfrentarse a los hechos antes que a las ilusiones, los problemas tienden a desaparecer. Al final, caen en su auténtica perspectiva y se vuelven resolubles.

Roger se agitó inquieto.

—¡Chácharas psiquiátricas! Eso es como poner los dedos en las sienes de un hombre y decir: “¡Ten fe y estarás curado!”. Si el pobre tipo no resulta curado, es simplemente porque no ha sabido acumular la suficiente fe. El hechicero nunca pierde.

{Quizá tengas razón, pero déjame ver, ¿cuál es tu problema?

—Nada de catecismo, por favor. Sabes muy bien cuál es mi problema.

228

—Levitas. ¿Es eso?

—Digamos que sí. La situación es ésa, en una primera aproximación.

—No eres serio, Roger, pero probablemente tengas razón. Eso es tan sólo una primera aproximación. Después de todo, eres tú quien se está enfrentando al problema. Jane me ha dicho que has estado experimentando.

—¡Experimentando! Buen Dios, Jim, no estoy experimentando. Estoy dando palos de ciego. Para experimentar necesito cerebros de primera clase y un buen equipo. Necesito un equipo de investigación, y no lo tengo.

—Entonces, ¿cuál es tu problema? Segunda aproximación.

—Ya entiendo lo que pretendes—dijo Roger—. Mi problema es

conseguir un equipo investigador. ¡Pero lo he intentado! Lo he intentado hasta que me he cansado de intentarlo.

—¿Cómo lo has intentado?

—He enviado cartas. He pedido... Oh, ya basta, Jim. No me apetece pasar por esa rutina del “tiéndete en el diván”. Sabes muy bien lo que he estado haciendo.

—Sé lo que le has dicho a la gente: “Tengo un problema, ayúdame”. ¿Has intentado alguna otra cosa?

—Mira, Jim, estoy tratando con científicos adultos.

—Lo sé. Así que razones que una petición directa es suficiente. De nuevo no hallamos con las teorías ante los hechos. Te he explicado ya las dificultades inherentes a tu petición. Cuando agitas el pulgar en una carretera estás haciendo una petición directa, pero de todos modos la mayor parte de los coches pasan de largo. El asunto es que la petición directa ha fracasado. Así que, ¿cuál es tu problema? ¡Tercera aproximación!

—¿Encontrar otro enfoque al asunto que no falle? ¿Es eso lo que quieres decirme?

—Eres tú quien lo ha dicho, ¿no?

—Es algo que ya sé sin necesidad de que tú me lo digas.

—¿De veras? Estás dispuesto a abandonar la universidad, dejar tu trabajo, renunciar a la ciencia. ¿Cuál es tu consistencia, Roger? ¿Abandonar un problema cuando tus primeros esfuerzos fallan?

—¿Rendirte cuando una teoría se muestra inadecuada en un primer momento? La misma filosofía de la ciencia experimental que se aplica a los objetos inanimados puede aplicarse también a la gente.

—De acuerdo. ¿Qué sugieres que intente? ¿Soborno? ¿Amenazas? ¿Lágrimas?

James Sarle se puso en pie.

—¿De veras deseas una sugerencia?

—Sí, adelante.

—Haz lo que te dijo el doctor Morton. Tómate unas vacaciones, y al diablo con la levitación. Es un problema para el futuro. Duerme en la cama, y flota o no flotes; ¿cuál es la diferencia? Ignora la levitación, ríete de ella, o incluso disfruta con ella. Haz lo que quieras

menos preocuparte por ella, porque no es problema tuyo. Ahí está el quid de la cuestión. No es tu problema inmediato. Dedicar tu tiempo a considerar cómo hacer que los científicos estudien algo que no deseen estudiar. Ése es el problema inmediato, y precisamente a ese problema es al que no le has dedicado nada de tu tiempo hasta ahora.

Sarle se dirigió al armario del vestíbulo y tomó su abrigo. Roger lo acompañó. Transcurrieron unos minutos de silencio.

Luego, Roger dijo sin alzar la vista:

—Quizá tengas razón, Jim.

—Quizá la tenga. Inténtalo, y luego llámame. Adiós, Roger.

Roger Toomey abrió los ojos y parpadeó al brillante sol matutino que entraba en el dormitorio. Llamó:

—¡Jane! ¿Dónde estás?

—En la cocina—respondió la voz de Jane—. ¿Dónde creías?

—Ven, ¿quieres?

Jane acudió.

—El tocino no se fue solo, ya lo sabes—protestó.

—Escucha, ¿he flotado esta noche?

—No lo sé. Dormía.

—Eres una gran ayuda.—Se levantó de la cama y metió los pies en las zapatillas—. Sea como fuere, creo que no lo he hecho.

—¿Crees haber olvidado cómo hacerlo?

Había una repentina esperanza en su voz.

—No lo he olvidado. ¡Mira!—Se deslizó hacia el comedor sobre un cojín de aire—. Sólo que tengo la sensación de que no he flotado. Creo que llevo ya tres noches así.

—Bien, eso es estupendo—dijo Jane. Había vuelto a la cocina—. Eso es lo que ha conseguido un mes de descanso. Si hubiera llamado a Jim desde un principio...

—Oh1 por favor, no volvamos con eso. Un mes de descanso, tonterías. Se trata simplemente de que el domingo pasado decidí lo que tenía que hacer. Desde entonces estoy relajado. Eso es todo.

—¿Qué es lo que vas a hacer?

—Cada primavera, el Northwestern Tech da una serie de seminarios sobre temas de física. Asistiré a ellos.

—Oieres decir que vas a ir a Seattle.

—Por supuesto.

—¿De qué temas van a tratar?

—¿Y eso qué importa? Simplemente deseo ver a Linus Deering.

—Pero ése es uno de los que te llamaron loco ¿no?

—Lo hizo.—Roger atacó sus huevos revueitos—. Pero también es el mejor en su campo.

Alargó un brazo hacia la sal, y se alzó unos centímetros de la silla al hacerlo. No hizo ningún caso.

—Creo que quizá pueda convencerle—dijo.

230

Los seminarios de primavera del Northwestem Tech se habían convertido en una institución conocida a nivel nacional desde que Linus Deering pasara a formar parte de la facultad. Era el presidente, y proporcionaba a todos los actos su tono distintivo. Él presentaba a los oradores, conducía los coloquios, hacía los resúmenes de las sesiones de la mañana y de la tarde, y era el alma de la jovialidad en la cena de clausura al final de la semana de trabajo.

Roger Toomey sabía todo eso por informes de terceros. Ahora podía observar directamente la forma de actuar del profesor Deering. Éste era un hombre de algo menos que mediana estatura, tez oscura, y una lujurante y característica mata de ondulado cabello castaño. Cuando no se hallaba ocupada en activa conversación, su boca grande y de labios finos exhibía perpetuamente el asomo de una traviesa sonrisa. Hablaba rápidamente y con fluidez, sin apoyarse en notas, y siempre parecía efectuar sus comentarios desde un nivel de superioridad que era aceptado de modo automático por sus oyentes.

Al menos, así habían sido las cosas en la primera mañana del seminario. Fue tan sólo durante la sesión de la tarde cuando sus oyentes empezaron a observar cierta vacilación en sus comentarios. Más aún, había cierta intranquilidad en él mientras se sentaba en el estrado durante la entrega de las notas previstas a los asistentes. Ocasionalmente, miraba de forna fortuita hacia la parte de atrás del



auditorio.

Roger Toomey, sentado en la última fila, observaba tensamente todo aquello. Su temporal deslizamiento hacia la normalidad, que había empezado cuando pensó por primera vez que había una forma de salirse de todo aquello, estaba cediendo.

En el Pullman hasta Seattle, no había dormido. Había tenido visiones de sí mismo flotando hacia arriba al ritmo del traqueteo de las ruedas, o deslizándose suavemente más allá de las cortinas y por el pasillo, o siendo despertado de modo embarazoso por los gritos y protestas de un revisor. De modo que había asegurado las cortinas con imperdibles, pero no había logrado nada con ello; no había conseguido ninguna sensación de seguridad; no había dormido excepto unas cuantas cabezadas.

Durante el día se había adormecido varias veces en su asiento, mientras las montañas pasaban rápidamente al otro lado de la ventanilla, y había llegado a Seattle por la tarde con tortícolis, dolor en las articulaciones, y una sensación general de desesperanza.

' Había tomado su decisión de acudir al seminario demasiado tarde como para conseguir una habitación individual en los dormitorios del instituto. Compartir una habitación era, por supuesto, algo totalmente inviable. Se registró en un hotel del centro de la ciudad, cerró la puerta con llave, cerró y aseguró todas las ventanas, colocó su cama contra la pared y la cómoda contra la parte de la cama que quedaba abierta, y luego durmió.

No recordó haber soñado, y cuando despertó por la mañana seguía tendido entre las sábanas. Se sintió aliviado. Cuando llegó, temprano, al Auditorio de Física del campus del instituto, encontró, como esperaba, un amplio salón y poca gente. Las sesiones del seminario se celebraban tradicionalmente una vez iniciadas las vacaciones de Pascua, y los estudiantes no solían asistir a ellas. Unos cincuenta físicos se sentaban en un auditorio diseñado para albergar a cuatrocientos, apirados a los dos lados del pasillo central junto al podio.

Roger se sentó en la última fila, donde no podía ser visto por ningún transeúnte ocasional que mirara por las altas y estrechas ventanas centrales de las puertas del auditorio, y donde los demás asistentes deberían girar la cabeza en un ángulo de casi ciento ochenta grados para mirarle.

Excepto, por supuesto, el conferenciante en la plataforma..., y el profesor Deering.

Roger no prestó mucha atención al desarrollo de las sesiones. Se concentró enteramente en aprovechar los momentos en que Deering se hallaba solo en la plataforma; cuando solamente Deering podía

verle.

A medida que Deering iba mostrándose obviamente más nervioso, Roger iba siendo más atrevido. Durante el resumen final de la tarde, efectuó su mejor demostración.

El profesor Deering se detuvo bruscamente en mitad de una frase pobremente construida y absolutamente carente de significado. Su audiencia, que llevaba cierto tiempo agitándose en sus asientos, se inmovilizó también, y lo miró interrogativamente.

Deering alzó la mano y dijo, casi jadeando:

—¡Usted! ¡Eh, usted!

Roger Toomey permanecía sentado con una expresión de completo relajamiento... en el centro mismo del pasillo. La única silla que tenía debajo estaba compuesta por setenta centímetros de vacío aire. Sus piernas estaban tendidas hacia delante, apoyadas en el respaldo de otro asiento, también de aire.

Cuando Deering señaló, Roger se deslizó rápidamente hacia un lado. En el momento en que cincuenta cabezas se volvieron hacia él, estaba sentado tranquilamente en una prosaica silla de madera.

Roger miró a uno y otro lado, luego clavó los ojos en Deering, que seguía señalándole con el dedo, y se levantó.

—¿Me habla usted a mí, profesor Deering?—preguntó, con apenas un ligero temblor en la voz, el cual testimoniaba la salvaje batalla que se desarrollaba en su interior a fin de mantener su tono frío y sorprendido.

—¿Qué es lo que está haciendo?—preguntó Deering, sintiendo que estallaba toda su tensión de la mañana.

Algunos de los oyentes se estaban poniendo en pie para ver mejor. Una conmoción inesperada es algo que aprecian tanto un conjunto de físicos investigadores como una multitud en un juego de béisbol.

—No estoy haciendo nada—contestó Roger—. No le comprendo.

—¡Váyase de aquí! ¡Abandone esta sala!

Deering estaba fuera de sí a causa de sus emociones entremezcladas, o de otro modo quizá no hubiera dicho aquello. En cualquier caso, Roger suspiró y aprovechó agradecido la oportunidad.

Con voz fuerte y clara, esforzándose para ser oído por encima del

clamor que iba ascendiendo, dijo:

—Soy el profesor Roger Toomey, de la universidad de Carson. Soy miembro de la Asociación Norteamericana de Física. Envié mi solicitud para asistir a estas sesiones, la solicitud fue aceptada, y he pagado mi cuota de inscripción. Tengo derecho a estar sentado aquí, y aquí seguiré sentado.

Deering sólo consiguió decir ciegamente.

—¡ Váyase !

—No pienso hacerlo—dijo Roger. Estaba temblando con una auténtica rabia artificialmente autoimpuesta—. ¿Por qué razón debo marcharme? ¿Qué es lo que he hecho?

Deering se pasó una temblorosa mano por el pelo. Fue absolutamente incapaz de responder.

Roger aprovechó su ventaja.

—Si intenta usted expulsarme de estas sesiones sin una causa justificada, puede estar seguro de que presentaré una demanda al instituto.

Precipitadamente, Deering dijo:

—Doy por clausurada la sesión del primer día del Seminario de Primavera sobre los Recientes Avances de las Ciencias Físicas. Nuestra próxima sesión tendrá lugar en esta sala mañana a las nueve de la . . .

Roger abandonó apresuradamente la sala mientras el hombre aún seguía hablando.

Aquella noche hubo una llamada en la puerta de la habitación de Roger en el hotel. Le sorprendió, inmovilizándole en su silla.

—¿Quién es?—preguntó.

La respuesta le llegó en voz baja y ansiosa.

—¿Puedo verle?

Era la voz de Deering. El hotel de Roger, así como el número de su habitación, estaban por supuesto registrados en la secretaría del seminario. Aunque sin esperarlo demasiado, Roger había confiado en que los acontecimientos de aquel día tendrían una inmediata consecuencia .

Abrió la puerta y dijo, ngidamente:

—Buenas noches, profesor Deering.

Deering entró en la habitación y miró a su alrededor. Llevaba un ligero gabán, que no hizo ningún ademán de quitarse. Mantenía el sombrero sujeto en la mano, y Roger no hizo ningún gesto para que lo dejara en alguna parte.

—Profesor Roger Toomey, de la universidad de Carson, ¿no es así?—dijo Deering con cierto énfasis, como si el nombre tuviera significado para él.

—Sí. Siéntese, profesor.

232

1

233

Deering siguió de pie.

—Bien, ¿de qué se trata?—empezó—. ¿Qué es lo que persigue usted?

—No le comprendo.

—Estoy seguro de que sí. No ha preparado usted toda esta ridícula bufonada para nada. ¿Está intentando ridiculizarme, o espera mi colaboración para algún ridículo fraude? Quiero que sepa que no va a conseguir nada. Y no intente utilizar la fuerza aprovechando mi estancia aquí. Tengo amigos que saben exactamente dónde estoy en este momento. Le aconsejo que diga la verdad y luego abandone inmediatamente la ciudad.

—¡Profesor Deering! Esta es mi habitación. Si ha venido aquí para intimidarme, le pido que se marche ahora mismo. Si no lo hace, llamaré para que lo echen.

—¿Pretende usted continuar esta..., esta persecución?

—Nunca le he perseguido, en ningún momento. Ni siquiera le conozco, señor.

—¿No es usted el Roger Toomey que me escribió una carta relativa a un caso de levitación que deseaba que yo investigara?

Roger se quedó mirando al hombre.

—¿De qué carta habla?

—Entonces ¿lo niega?

—Por supuesto que lo niego. ¿De qué está usted hablando?  
¿Tiene acaso esa carta?

El profesor Deering apretó fuertemente los labios.

—Eso no importa. ¿Niega usted que permanecía suspendido por hilos en medio del pasillo en la sesión de esta tarde?

—¿Suspendido por hilos? No le comprendo en absoluto.

—¡Estaba usted levitando!

—¿Tendría la bondad de marcharse de aquí, profesor Deering? Creo que no se encuentra usted bien.

El físico alzó la voz.

—¿Niega que estaba levitando?

—Creo que está usted loco. ¿Intenta decir que hice arreglos mágicos en su auditorio? Nunca había estado en él antes de hoy, y cuando llegué usted ya estaba presente. ¿Encontró hilos o alguna otra cosa parecida después de que me fuera?

—No sé cómo lo hizo, ni me importa. Pero ¿niega acaso que estaba levitando?

—Por supuesto que lo niego.

—Yo lo vi. ¿Por qué miente ahora?

—¿Me vio usted levitar? Profesor Deering, ¿quiere decirme cómo es posible eso? Supongo que su conocimiento de las fuerzas gravitatorias es lo bastante amplio como para decirle que la auténtica levitación es un concepto que carece de sentido excepto en el espacio exterior. ¿Pretende gastarme una broma?

—Cielos—dijo Deering con voz estridente—, ¿por qué no reconoce usted la verdad?

—Pero si lo estoy haciendo... ¿Supone acaso que adelantando una mano y haciendo un pase místico..., así..., puedo salir volando por los aires?

Y eso fue precisamente lo que hizo, su cabeza rozando el techo.

La cabeza de Deering saltó hacia atrás, mirando hacia arriba.

—¡Ah! Eso..., eso...

Roger regresó al suelo, sonriendo.

—No puede usted estar hablando en serio—dijo.

—Lo ha hecho de nuevo. Sí, lo ha hecho.

—¿He hecho el qué, señor?

—Levitar. Simplemente, ha levitado. No puede usted negarlo.

Los ojos de Roger se pusieron serios.

—Creo que está usted enfemmo, señor.

—Sé lo que he visto.

~uizá necesite usted un descanso. Ya sabe, el exceso de trabajo.

—Eso no ha sido una alucinación.

—¿Quiere que le prepare algo de beber?

Roger se dirigió hacia su maleta, mientras Deering le seguía los pasos con ojos desorbitados. Los tacones de sus zapatos flotaban en el aire a cinco cenh'metros del suelo.

Deering se dejó caer en el sillón que Roger había dejado.

—Sí, por favor—dijo débilmente.

Roger le trajo la botella de whisky, observó al otro beber, luego siguió apretando:

—¿Cómo se siente ahora?

{)iga—dijo Deering—, ¿ha descubierto usted alguna forma de neutralizar la gravedad?

Roger se lo quedó mirando.

—Piense un poco, profesor. Si yo tuviera el secreto de la antigravedad, no lo utilizaría para gastarle bromas a usted. En estos momentos estaría en Washington. Me habría convertido en un secreto militar. Sería... ¡Bien, no estaría aquí! Seguro que todo eso le resulta obvio.

Deering saltó en pie.

—¿Tiene usted intención de asistir a las sesiones que faltan?

—Por supuesto.

Deering asintió, se encasquetó con un manotazo el sombrero sobre la cabeza, y salió a toda prisa.

Durante los siguientes tres días, el profesor Deering no presidió las sesiones del seminario. No fue dada la menor razón de su ausencia. Roger Toomey, atrapado entre la esperanza y la aprensión, se sentó junto a los demás asistentes e intentó no hacerse notar. No tuvo éxito por completo. El ataque público de Deering había hecho que la gente reparara en él, mientras que su propia y vehemente defensa le había proporcionado una especie de popularidad de David contra Goliat.

Roger regresó a su habitación del hotel el jueves por la noche después de una cena no demasiado satisfactoria, y permaneció de pie en el umbral, con una pierna dentro de la habitación. El profesor Deering le estaba mirando fijamente desde el interior. Y otro hombre, con un sombrero de fieltro gris echado hacia atrás sobre su cabeza, estaba sentado en la cama de Roger.

Fue el desconocido quien habló.

—Entre, Toomey.

Roger entró.

—¿Qué ocurre?

El desconocido abrió su billetero y presentó un portadocumentos de celofán a Roger.

—Soy Cannon, del FBI—dijo.

—Tiene usted influencia con el gobierno, profesor Deering, lo reconozco—dijo Roger.

—Un poco—admitió Deering.

—Bien, ¿estoy arrestado?—preguntó Roger—. ¿Cuál es mi crimen?

—Tómeselo con calma—dijo Cannon—. Hemos estado recopilando algunos datos acerca de usted, Toomey. ¿Es ésta su firma?

Mostró una carta, desde la distancia suficiente para que Roger pudiera verla, pero no tomarla. Era la carta que Roger le había escrito a Deering y que éste había enviado a Morton.

—Sí—dijo Roger.

—¿Y esta otra?

El agente federal tenía todo un fajo de cartas.

Roger se dio cuenta de que Cannon debía de haber recogido todas las cartas que él había enviado, menos aquellas que habían sido rotas por sus destinatarios.

—Todas son mías—dijo débilmente.

Deering resopló.

—El profesor Deering nos ha dicho que puede usted flotar—dijo Cannon.

—¿Flotar? ¿Qué demonios quiere decir con eso?

—Flotar en el aire—dijo Cannon estólidamente.

—¿Cree usted en todas las locuras de ese tipo que le cuentan?

—No estoy aquí para creer o no creer, doctor Toomey—dijo Cannon—. Soy un agente del gobierno de los Estados Unidos, y tengo una misión que cumplir. Si yo fuera usted, cooperaría.

—¿Cómo puedo cooperar en algo así? Si yo acudiera a usted diciéndole que el profesor Deering podía flotar en el aire, me tendría usted tendido en el sillón de un psiquiatra en un abrir y cerrar de ojos.

—El profesor Deering ha sido examinado por un psiquiatra a petición propia—dijo Cannon—. De todos modos, el gobierno tiene la costumbre de escuchar muy seriamente al profesor desde hace un cierto número de años. Además, puedo decirle que disponemos también de pruebas adicionales.

—~Como cuáles?

—Un grupo de estudiantes de su universidad lo vieron a usted flotar. Y también una mujer que había sido la secretaria del jefe de su departamento. Tenemos testimonios de todos ellos.

—¿Qué clase de testimonios? ¿Testimonios que puedan ustedes presentar como pruebas fehacientes y mostrar a mi representante en el Congreso?

—Doctor Toomey—interrumpió ansiosamente el profesor Deering—, ¿qué gana usted negando el hecho de que puede levitar? Su propio decano admite que ha hecho usted algo parecido. Me dijo que le informara oficialmente de que su contrato con la universidad será cancelado al final del año académico. El hombre no haría eso por nada.



—Eso no importa—dijo Roger.

—Pero ¿por qué no admite que yo le vi levitar?

—¿Y por qué debería hacerlo?

—Me gustaría indicarle, doctor Toomey—dijo Cannon—, que si posee usted un artilugio que contrarresta la gravedad, sería de gran importancia para nuestro gobierno.

—¿De veras? Supongo que habrán investigado ustedes mis antecedentes en busca de alguna posible deslealtad.

—La investigación se halla en curso—confirmó el agente.

—Muy bien—dijo Roger—. Planteemos un caso hipotético. Supongamos que admito que puedo levitar. Supongamos que no sé cómo lo consigo. Supongamos que no tengo nada que entregarle al gobierno, excepto mi cuerpo y un problema insoluble.

—¿Cómo puede saber que es insoluble?—dijo Deering ansiosamente.

—En una ocasión le pedí que estudiara ese fenómeno—observó Roger suavemente—. Usted se negó.

—Vide eso. Mire.—Deering hablaba rápidamente, con urgencia—. Usted no tiene ninguna posición en este momento. Yo puedo ofrecerle una en mi departamento como profesor adjunto de física. Sus deberes como profesor serán únicamente nominales. Dedicará todo su tiempo a la levitación. ¿Qué le parece?

—Suenas atractivo—dijo Roger.

—Creo que puedo decirle que dispondrá de fondos ilimitados por parte del gobierno.

—¿Y qué es lo que tengo que hacer? ¿Simplemente admitir que puedo levitar?

—Sé que puede hacerlo. Yo lo vi. Deseo que se lo muestre ahora al señor Cannon.

Las piernas de Roger se alzaron, y tensó el cuerpo hasta adoptar una posición horizontal al nivel de la cabeza de Cannon. Se volvió hacia un lado, y pareció descansar en el aire sobre su codo derecho.

El sombrero de Cannon cayó desmayadamente sobre la cama.

—Flota—jadeó el agente.

Deering se mostraba casi incoherente por la excitación.

236

—¿Lo ve?

—Por supuesto que lo veo.

—Entonces informe de ello. Póngalo tal cual en su informe, ¿me ha entendido? Haga un informe completo del hecho. Así no volverán a decir que hay algo que no va bien en mi cabeza. Nunca dudé ni por un segundo de lo que había visto.

Pero no se habría mostrado tan feliz si esto último hubiera sido completamente cierto.

—Ni siquiera sé el clima que hay en Seattle—se quejó Jane—, y hay un millón de cosas que tengo que hacer.

—¿Necesitas ayuda?—preguntó Jim Sarle desde su confortable posición en las profundidades del sillón.

—No hay nada que K puedas hacer. Oh, Dios mío.

Y salió volando de la habitación, pero al contrario que su esposo, lo hizo sólo en sentido figurado.

Roger Toomey entró.

—Jane, ¿todavía no tenemos las cajas para los libros? Ah, hola, Jim. ¿Cuándo has llegado? ¿Y dónde está Jane?

—Llegué hace un mirluto, y Jane está en la otra habitación. Tuve que abrirme camino entre policías. Muchacho, estás auténticamente rodeado.

—Hummm—dijo Roger, ausente—. Les hablé de ti.

—É que lo hiciste. Me han hecho jurar que mantendré el secreto. Les dije que, en cualquier caso, era un asunto de secreto profesional. ¿Por qué no dejas que los de las mudanzas se encarguen de todo? Es el gobierno quien paga, ¿no?

—Los de las mudanzas no lo harán bien —dijo Jane, entrando de nuevo apresuradamente y dejándose caer en el sofá—. Necesito un cigarrillo.

—Haz una pausa, Roger—dijo Sarle—, y cuéntame lo que pasó.

Roger sonrió tímidamente.

—Tal como dijiste, Jim, aparté de mi mente el problema equivocado y me centré en el auténtico problema. Tenía la impresión de que me encontraría siempre enfrentado a dos alternativas, . O estaba loco, o cometí un fraude. Deering lo dijo claramente en su carta a Morton. El decano supuso que estaba cometiendo un fraude, y Morton supuso que estaba loco.

“Pero suponiendo que pudiera demostrarles a todos que realmente podía levitar... Bien, Morton me dijo lo que ocurriría en ese caso. O bien yo estaba cometiendo un fraude, o el testigo estaría loco. Morton dijo que si me veía volar, preferiría creer que estaba loco antes que aceptar la evidencia. Por supuesto, tan sólo estaba siendo retórico. Ningún hombre creerá jamás en su propia locura mientras exista la mínima evidencia de lo contrario. Yo contaba con eso.

“De modo que cambié de táctica. Acudí al seminario de Deering. No le dije a él que podía flotar; se lo demostré, y luego negué que lo hubiera hecho. La alternativa era clara. O yo estaba mintiendo, o él, no yo, fíjate bien, él, estaba loco. Resultaba obvio que antes creería en la levitación que dudar de su propia cordura, una vez se halló sometido realmente a la prueba. Todas sus acciones posteriores, sus intimidaciones, su viaje a Washington, su oferta de un trabajo, fueron dirigidas únicamente a reivindicar su propia cordura, no a ayudarme.

—En otras palabras—dijo Sarle—, convertiste tu levitación en su problema y no en el tuyo.

—¿Tenías algo así en mente cuando tuvimos nuestra charla, Jim?  
—preguntó Roger.

Sarle meneó la cabeza.

—Tenía vagas nociones al respecto, pero un hombre debe resolver sus propios problemas si quiere solucionarlos efectivamente. ¿Crees que ahora resolverán el principio de la levitación?

—No lo sé, Jim. Sigo sin poder comunicar los aspectos subjetivos del fenómeno. Pero eso no importa. Los investigaremos, y eso es lo que cuenta. {—golpeó su puño derecho contra la palma de su mano izquierda—. En lo que a mí respecta, lo importante es que he conseguido que me ayuden.

—¿De veras?—preguntó suavemente Sarle—. Yo diría más bien que lo importante es que les has permitido obligarte a que tú les ayudes a ellos, lo cual es muy distinto.

## Comentario final

Me gustaría dejar a la opinión de los lectores el decidir qué versión les gusta más..., pero si me prometen no dejarse influir por ellos, he aquí algunos de mis propios pensamientos sobre la cuestión.

Durante estos últimos treinta años, he pensado en estos dos finales como "mi final", y "el final de Campbell", y, a mi modo bastante subjetivo, siempre he preferido a mi final; es decir, el que escribí primero, en la versión no publicada. Sin embargo, una vez dicho eso, debo añadir que ahora, por primera vez en treinta años, he leído las dos versiones del relato, una inmediatamente después de la otra, y he llegado a la conclusión de que ambas son mis finales y que están bien escritas. . . , aunque siga gustándome más la primera que escribí.

Aunque parezca extraño, el segundo final, el que fue publicado y considerado por mí como "el final de Campbell", es el que me parece más típicamente mío. En un relato tras otro he hecho que mi héroe ganara gracias a su inteligencia superior, a su racionalidad superior, a su cerebro superior. En resumen, Roger Toomey hace exactamente lo que un héroe típico de Asimov haría. ¿Por qué, entonces, me siento insatisfecho?

Porque Roger Toomey no es un héroe típico de Asimov.

El relato, tal y como lo concebí después de que Campbell expresara

23X

su deseo de que escribiera un relato sobre una persona que podía levitar pero que no podía conseguir que nadie la creyera, requería un héroe no asimoviano. Mi tesis (no directamente expresada en muchas palabras, pero implícita una y otra vez) era la siguiente: "Para creer en la existencia, sólo la verdad es suficiente".

239

Mi punto de vista sobre la vida, habitualmente alegre, es que no acepto esa tesis. Sigo escribiendo libros sobre ciencia e historia—y también sobre ciencia ficción—, en los que trato de explicar el mundo de una forma natural y racionalista, con la confiada certidumbre de que eso es suficiente para conseguir que la gente abandone sus tontas supersticiones.

Y, sin embargo, ocasionalmente también tengo mis momentos oscuros y cínicos, cuando soy consciente de la existencia de millones de personas—incluso personas educadas y presumiblemente inteligentes—que aceptan un amplio espectro de sinsentidos que van desde la astrología hasta el creacionismo, enfrentándose así a todas las pruebas reunidas paciente y dolorosamente por los seres humanos racionales a través del curso de la historia de la civilización. . . Y entonces me siento como Roger Toomey.

La levitación es algo ideal para demostrar este cínico punto de vista, puesto que se trata de algo considerado por toda persona racional, consciente del moderno pensamiento científico, como imposible y opuesto a la ley natural. Ni siquiera las personas sin educación y supersticiosas creen que la levitación es posible, a no ser mediante la intervención divina (o demoniaca).

Quienes se enfrentan al hecho de la levitación deben buscar, por lo tanto, una explicación que implique algún tipo de brujería, o bien refugiarse en el terror ante lo que debe parecerles algo que implica la presencia de lo divino o de lo demoniaco.

Si usted acude a mí, por ejemplo, y me demuestra que puede levitar, y si yo no consigo encontrar los hilos que lo sujetan, probablemente terminaría por no creer en lo que ven mis ojos. Lo siento.

Así que, cuando Roger Toomey no puede encontrar a nadie que le crea, cuando no halla creencia (y éste es el título del relato), su vida debe seguir necesariamente un curso continuo de hundimiento para demostrar así, con la mayor fuerza posible, la tesis central del relato.

En la segunda versión, sin embargo, "el final de Campbell", hago que Toomey se enfrente racionalmente y paso a paso con la situación, de modo que, aun cuando no es un héroe asimoviano típico, se convierte finalmente en uno.

De todos modos, creo que no debería haber aceptado hacerlo.

Ultimo comentario

Los diversos relatos en los que he introducido cambios ante la insistencia de las editoriales y que he descrito aquí abarcan desde 1939 ("Pilgrimage") hasta 1958 ("The Ugly Little Boy").

Desde 1958—hace ya más de un cuarto de siglo—, no han vuelto a producirse tales incidentes. O bien lo que escribo es rechazado ~y les aseguro que eso sucede muy raramente), o bien es aceptado e impreso sustancialmente tal y como lo he escrito, introduciéndose únicamente la clase de correcciones de rutina que son el resultado de las desgracias del trabajo tipográfico editorial.

Esto no es necesariamente algo bueno, al menos por lo que respecta a algunos críticos. He leído reseñas de mis novelas recientes, por ejemplo, de las que parece desprenderse que sufro una ~alta de control editorial. La impresión que tratan de comunicar es que me he convertido en una especie de superestrella arrogante en el mundo de la ciencia ficción, y que los editores se encuentran acorralados ante mí, temiendo un fruncimiento de ceño por mi parte; que yo consigo imponer toda clase de embustes autoindulgentes, mientras que esos mismos editores se encogen de hombros (cuando yo les

miro) y se quejan de su incapacidad para controlarme.

Desearía que quienes escriben tales reseñas consultaran con mis editores con respecto a esta cuestión (en mi ausencia, si con ello se sienten mejor), pues estoy totalmente convencido de que les asegurarán que no es así.

Lo que sucede es que me voy haciendo viejo, que soy un experimentado escritor en ciencia ficción que ha aprendido su oficio en la dura escuela de editores tan poderosos e idiosincráticos como John W. Campbell, Jr., y Horace L. Gold, de modo que en la actualidad ya no hay tanta necesidad de obligarme a revisar un relato.

Puede que llegue un día en el que la edad avanzada y el deterioro

241

#### 16. Cuentos paralelos

mental (si es que vivo lo suficiente), me priven del filo aguzado de mi poder; y, en tal caso, me atrevería a decir que mis editores votarán para encontrar al encargado de decirme que ya no tengo ese poder.

Sé que su aversión a decírmelo no procederá de su temor a mí, sino (espero) de su renuencia a hacerme sentir mal, pues he entablado amistad con todos los editores que he tenido, y mis relaciones con ellos—con todos ellos, desde John Campbell, hace ya cuarenta y siete años, a Sam Vaughan, justo ahora—se han caracterizado por la amistad y el trato cordial, y las discusiones sobre revisiones tan sólo han agitado muy ligeramente la superficie de nuestra amistad, y eso sólo temporalmente.

Introducción .....

1. Envejece conmigo (versión original de la novela Un guijarro en el cielo) .....

2. El fin de la eternidad (versión original de la novela del mismo título) .....

3. Creencia (primera versión) . .

4. Creencia (versión publicada)

Ultimo comentario ....

Isaac Asimov (1920) es uno de los escritores de ciencia ficción que viven en la actualidad. Nacido en Rusia, su familia emigró a los Estados Unidos en 1923. Durante una primera etapa de actividad académica en bioquímica con la publicación de artículos de ciencia ficción en revistas populares, para pasar con el tiempo a la escritura en 1958. Su obra alterna la ciencia ficción, oc

en el relato de misterio y una ingente cantidad de obras de divulgación, que lo han convertido asimismo en uno de los ensayistas más populares del mundo. Recientemente ha desarrollado también una enorme actividad en el campo de las antologías, en muchos casos en colaboración con Charles W. Waugh y Martin H. Greenberg.

En la actualidad lleva publicados más de 300 libros. Su obra dentro de la ciencia ficción comprende los títulos siguientes:

#### NOVELAS:

1950—Pebble In the Sky (Un guijarro en el cielo, Ed. Martínez Roca, en preparación)

1951—The Stars Like Dust (En la arena este/ar, Ed. Martínez Roca. Super Ficción núm. 45, Barcelona 1979)

1952—The Currents of Space (Las corrientes del espacio, Ed. Martínez Roca, Super Ficción núm. 54, Barcelona 1980)

1955—The End of Eternity (El Jin de la eternidad, Ed. Martínez Roca, Super Ficción núm. 26, Barcelona 1977)

1966—Fantastic Voyage (Viaje Alocinante, Ed. Plaza y Janés, Gran Reno, Barcelona 1986)

1972—The Gods Themselves (Los propios dioses, Ed. Bruguera, Libro Amigo, Barcelona 1974)

#### SERIE DE LOS ROBOTS:

1954—The Caves of Steel/ (Bóvedas de acero, Ed. Martínez Roca, Super Ficción núm. 48, Barcelona 1979)

1957—The Naked Sun (El sol desnudo, Ed. Martínez Roca, Super Ficción núm. 51, Barcelona 1980)

1983—The Robots of Dawn (Los robots del amanecer, Ed. Bruguera, Cinco Estrellas, Barcelona 1984)

1985—Robots and Empire (Robots e Imperio, Ed. Plaza y Janés, Éxitos, Barcelona 1986)

#### SERIE DE LOS ROBOTS:

#### SERIE DE LAS FUNDACIONES:

1951—Foundation (Fundación, Ed. Plaza y Janés, Gran Reno, Barcelona 1986)

1952—Foundation and Empire (Fundación e Imperio, Ed. Plaza y Janés, Gran Reno, Barcelona 1986)

1953—Second Foundation (Segunda Fundación, Ed. Plaza y Janés, Gran Reno, Barcelona 1986)

1982—Foundation's Edge (Los límites de la Fundación, Ed. Plaza y Janés, Gran Reno, Barcelona 1986)

1986—Foundation and Earth

SERIE LUCKY STARR (juvenil):

1952—Lucky Starr: Space Ranger, como Paul French (Lucky Starr, el ranger del espacio, Ed. Bruguera, Barcelona 1977)

1953—Lucky Starr and the Pirates of the Asteroids (Lucky Starr y los piratas de los asteroides, Ed. Bruguera, Barcelona 1977)

1954—Lucky Starr and the Oceans of Venus (Lucky Starr y los océanos de Venus, Ed. Bruguera, Barcelona 1977)

1956—Lucky Starr and the Big Sun of Mercury (Lucky Starr y el gran sol de Mercurio, Ed. Bruguera, Barcelona 1977)

1957—Lucky Starr and the Moons of Jupiter (Lucky Starr y las lunas de Júpiter, Ed. Bruguera, Barcelona 1977)

1958—Lucky Starr and the Rings of Saturn (Lucky Starr y los anillos de Saturno, Ed. Bruguera, Barcelona 1977)

RECOPIACIONES:

1950—1, robot (Yo, robot, Ed. Edhasa, Nebulae núm. 1, Barcelona 1975)

1955—The Martian Way and Other Stories (A lo marciano, Ed. Martínez Roca, Super Ficción núm. 61, Barcelona 1981)

1957—Earth is Room Enough (Con la Tierra nos basta, Ed. Martínez Roca, Super Ficción núm. 65, Barcelona 1981)

1959—Nine Tomorrows (Nueve futuros, Ed. Martínez Roca, Super Ficción núm. 96, Barcelona 1985)

1964—The Rest of the Robots (Los robots, Ed. Picazo, Barcelona 1979)

1969—Nightfall and other Stories (Los ojos hacen algo más que ver, La máquina que ganó la guerra y Cuarta generación, Ed. Caralt, Ciencia Ficción núms. 7, 9 y 11 Barcelona 1977)

1972—The Early Asimov (Selección 1, 2 y 3, Ed. Bruguera, Libro Amigo. Barcelona 1975)

1975—Buy Jupiter (Compre Júpiter, Ed. Plaza y Janés, Gran Reno, Barcelona 1976)

1976—The Bicentennial Man (El hombre del Bicentenario, Ed. Martínez Roca, Super Ficción núm. 35, Barcelona 1978)

1982—The Complete Robot (Los robots, Ed. Martínez Roca, Gran Super Ficción, Barcelona 1984)

1983—The Winds of Change and Other Stories (Los vientos del cambio, Ed. Martínez Roca, Gran Super Ficción, Barcelona 1984)

1985—The Alternate Asimovs (Cuentos paralelos, Ed. Martínez Roca, Super Ficción núm. 101, Barcelona 1987)



#### ANTOLOGIAS TRADUCIDAS AL CASTELLANO:

- 1974—Before the Golden Age (La Edad de Oro de la ciencia ficción, Ed. Martínez Roca, Super Ficción núms. 7 y 12, Barcelona 1976)  
1981—The Best Science Fiction of the 19th Century (Lo mejor de la ciencia ficción del siglo XIX, Ed. Martínez Roca, Super Ficción núms. 78 y 79, Barcelona 1983)  
1983—Caught in the Organ Draft (Trasplante obligatorio, Ed. Martínez Roca, Super Ficción núm. 97, Barcelona 1986), con Waugh y Martin  
1983—Hallucination Orbit (Orbita de alucinación, Ed. Martínez Roca, Super Ficción núm. 98, Barcelona 1986), con Waugh y Martin

#### SERIE LOS PREMIOS HUGO:

- 1962—The Hugo Winners 1. 1955-1961 (Los premios Hugo 1955-1961, Ed. Martínez Roca, Gran Super Ficción, Barcelona 1986)  
1971—The Hugo Winners 2. 1963-1969 (Ed. Martínez Roca, en preparación)  
1977—The Hugo Winners 3. 1970-1975 (Ed. Martínez Roca, en preparación)  
1985—The Hugo Winners 4. 1976-1979 (Ed. Martínez Roca, en preparación)  
1986—The Hugo Winners 5. 1980-1982 (Ed. Martínez Roca, en preparación)

#### PREMIOS:

- 1966—Hugo especial por la Serie de las Fundaciones  
1973—Hugo, Nebula y Locus por Los propios dioses  
1977—Hugo, Nebula y Locus por "El hombre del Bicentenario"  
1983—Hugo y Locus por Los límites de la Fundación

246

247

~\_ =/

N.º 102

IAN WATSON

El jardín de las delicias

En busca de una colonia fundada por una expedición anterior, una astronave tripulada por tres hombres y tres mujeres queda inmovilizada en un planeta misterioso. El paisaje lujuriente que les rodea, con sus frutos y aves gigantes y su población de ociosos desnudos, es exactamente el del tríptico de Jerónimo Bosch El Jardín de las Delicias... La pintura fue convertida en paisaje por un ~Dios~, y todo forma parte de un plan. Pero, ¿qué es ese Dios? ¿Y cuál es el plan? Mientras recorren esa pintura fabulosa, los protagonistas ven claro que ese mundo, lo mismo que la pintura de Bosch, consta de tres partes. Para llegar ante Dios en el Paraíso, tendrán que pasar primero por un verdadero Infierno. Pero el resultado de su investigación es todavía más

sorprendente de lo que imaginan...

Una novela apasionante que desarrolla con maestría las ideas más provocativas que ha visto el género en los últimos años.

Ian Watson es en la actualidad el autor británico de ciencia ficción de más brillantez y coherencia en su país. Se dio a conocer a mediados de los setenta con *Empotrados* (n.º 22 de esta colección), novela que le valió el Premio Apolo. Desde entonces sus novelas no han dejado de alcanzar nuevas cotas de excelencia. El pasado año obtuvo el Premio Europeo de Ciencia Ficción por el conjunto de su obra.

G~

:

Las Obras Maestras  
de la Ciencia Ficción

Lo último de Asimov. 21 relatos de lo mejor y más actual del autor de ciencia ficción más famoso de todos los tiempos.

Por primera vez, reunidos en un solo volumen, todos los relatos de robots escritos por Isaac Asimov, desde su célebre "Yo, robot" hasta su más reciente producción.

Autor ganador del Premio Hugo

Obra galardonada  
con el "British SF Award"

John Brunner es el autor británico de ciencia ficción de mayor resonancia mundial. Ganador de los premios HUGO, APOLO y BRITANICO, su novela "Orbita inestable" forma, junto a "Todos sobre Zanzibar" y "El rebaño ciego", lo que el autor llama la "trilogía del desastre", basada en nuestro futuro más inmediato.

GRAN SUPER FICCIÓN  
ASIMOV

1 955-1 961

El premio Hugo es el más importante que se otorga a los escritores de ciencia ficción. Presentados por Asimov, en este volumen se reúnen los

autores premiados entre los años 1955 y 1961  
con los relatos que les consagraron:

Waite M. Miller, Eric Frank Russel, Murray Leinster, Avram Davidson, Clifford D. Simak, Robert Bloch, Daniel Keyes, Poul Anderson...

Primer volumen de una serie básica para los amantes del género.

Volúmenes en preparación, igualmente

presentados por ISAAC ASIMOV:

LOS PREMIOS HUGO 11:1963-1969

LOS PREMIOS HUGO 12: 1970-1975

LOS PREMIOS HUGO 13: 1976-1979

LOS PREMIOS HUGO 14: 1980-1982

COLECCION ~ , 13. PHILIP K. DICK

1. CLIFFORD D. SIMAK Los hijos de nuestros hijos
2. PHILIP K. DICK La penúltima verdad
3. GILLES D'ARGYRE El cetro del azar

.

4. BRADBURY, ASIMOV, Lo mejor de ~<Fantasy & Science Fiction~, LEIBER

5. JEAN P. ANDREVON Retorno a la tierra

6. PEDLER Y DAVIS El roecerebros

7. ISAAC ASIMOV

8. FRITZ LEIBER

La edad de oro de la ciencia ficción (I)

Los cerebros plateados

9. JACK WILLIAMSON La legión del espacio

10. FRED Y GEOFFREY HOYLE Infierno

- 11 GILLES D'ARGYRE

12. ISAAC ASIMOV

Los asesinos del tiempo

La edad de oro de la ciencia  
ficción (II)

33 BRIAN ALDISS

34 J. TRIGO

35. ISAAC ASIMOV

I

14. SAMUEL R. DELANY La balada de Beta-2

i

15. LARRY NIVEN Mundo anillo

16 THEA VON HARBOU Metrópolis

17. JAMES BLISH Un caso de conciencia

18. GORDON R. DICKSON Al estilo extraterrestre

15.

.

,...

MICHAEL ASHLEY

Los mejores relatos de ciencia ficción.  
La era de Campbell

. STANLEY G. WEINBAUM Lo mejor de Weinbaum

I

21. ROBERT A. HEINLEIN Hija de Marte

I

i, 22. IAN WATSON Empotrados

,

23. LEIGH BRACKETT La espada de Rhiannon

- ,
24. ROGER ZELAZNY      Tú, el inmortal
25. FRITZ LEIBER      Un fantasma recorre Texas
26. ISAAC ASIMOV      El fin de la eternidad
- |
27. ROBERT A. HEINLEIN    La desagradable profesión de  
Jonathan Hoag
28. FRANK HERBERT      El cerebroverde

29- JOHN BOYD

Mercader de inteligencia

30. ROBERT A. HEINLEIN    Las cien vidas de Lazarus Long

.

31. WILSON TUCKER    Los amos del tiempo

32. T. N. SCORTIA  
y G. ZEBROWSKI

,

El hombre-máquina  
Los oscuros años luz  
Desierto de niebla y cenizas  
El hombre del bicentenario